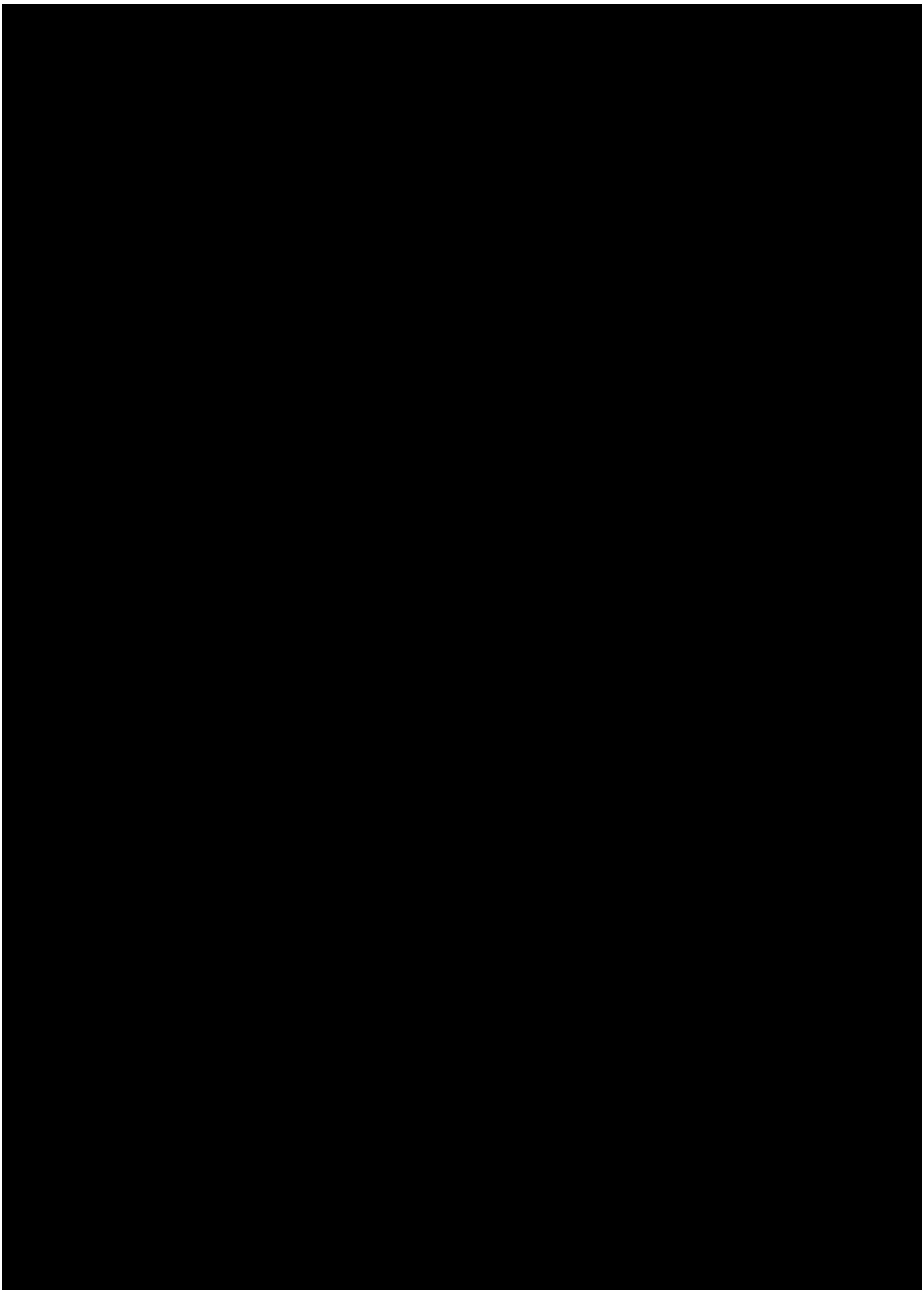

MARINA
Y EL REINO DE LOS
CARACOLES DE JADE
ROMY S.U.



© Romy S.U. México, 2026
Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, distribuida, transmitida o adaptada, total o parcialmente, por ningún medio o procedimiento, sin la autorización previa y por escrito del titular del *copyright*, salvo en los casos permitidos por la ley.

ISBN: 9798249208790

Los personajes, nombres, lugares, organizaciones y acontecimientos descritos en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos

reales, es coincidental.
romesamur1@gmail.com
Edición: Miguel L.
Monterrey, N.L., México. Febrero 2026
El mar no llama a cualquiera. Solo a quienes le pertenecen, aunque aún no lo sepan.

Este libro está dedicado a todos aquellos que alguna vez se han sentido como pez fuera del agua. Deseo que estas páginas se conviertan en un refugio para ustedes, así como lo fueron para mí a lo largo de este camino.

A mi familia, a mi esposo y a mi hija, gracias por ser una parte esencial de este proceso. Su amor, paciencia y apoyo sostuvieron cada paso y dieron sentido a este esfuerzo.

A mi padre y a mi madre, por su respaldo incondicional y por creer en mí desde el inicio.
A mis abuelos, figuras fundamentales en este viaje, cuya presencia y enseñanzas dejaron una huella profunda en mi vida.

A mis amigos Gaby, Fran, Alex, Tocho, Fer, Tony, Audi y Tania gracias por acompañarme, alentarme a seguir y creer en esta historia incluso

antes de que existiera.

A mi querida amiga Lety Robles, por ser guía, sostén y presencia constante durante todos estos años.

Al círculo de escritores Ave Fénix, por sus observaciones, críticas generosas y por contribuir a mi crecimiento como escritora.

Y, finalmente, a ustedes, lectores: gracias por estar aquí, por la confianza y por abrirle espacio a esta historia. Este libro también es suyo.

También agradezco profundamente a la persona que fui durante este proceso: a quien, aun con dudas y temores, eligió aprender, resistir y transformarse. A esa versión de mí que creció página a página junto a esta historia y no se rindió. Sin ese recorrido interior, silencioso y valiente, este libro no habría sido posible.

Romy.

HIJA DEL MAR

L

a luna se reflejaba en el océano como un brillo pálido y quebradizo. Sobre la superficie oscura, una recién nacida flotaba a merced del vaivén del agua. Sus grandes ojos ámbar permanecían abiertos, captando destellos sin comprenderlos. El mar, inmenso y antiguo, la sostenía.

La pequeña reposaba sobre una gran ostra entreabierta, llevada por la corriente. No había intención en su trayecto, solo movimiento: el pulso constante del océano guiando su deriva. Aún no podía saber que su llegada alteraría el equilibrio entre la tierra y el mar. Estaba sola.

Y, sin embargo, no del todo.

En la oscuridad de la noche, criaturas del océano se acercaron atraídas por su llanto tenue. Un pulpo la rodeó con cuidado, como si intentara protegerla del frío. Antes del amanecer, una manada de delfines empujó la ostra con suaves golpes, manteniéndola a flote. Cualquiera que hubiera presenciado aquella escena habría quedado desconcertado: una niña tan pequeña navegando sobre una ostra dañada, sin rastro alguno de presencia humana. Pero nadie estuvo allí. El mar guardó silencio.

Las estrellas comenzaron a desvanecerse, ocultas tras nubes densas y grises. El aire se volvió más áspero. Las olas crecieron. Un relámpago partió el cielo y, poco después, la lluvia cayó en hilos fríos que empaparon el diminuto cuerpo de la bebé.

La pequeña lloró. Tal vez por hambre, tal vez por cansancio, o por el frío que se filtraba hasta lo más hondo. Su llanto se perdió entre el viento. El océano la alzó y la dejó caer una y otra vez, hasta que la ostra y su carga se confundieron con la línea lejana del horizonte.

A

merlía hundió los pies descalzos en la arena tibia y soltó un suspiro mientras apartaba el cabello rojizo de su rostro. Era la sexta vez consecutiva que llegaba a la isla de Mahoo. El lugar no había cambiado, y ella tampoco: cada verano regresaba con la misma sensación de repetición inevitable.

Siempre pasaba allí las vacaciones con su padre, Joseph. Pero este verano era distinto. No volvería a casa al terminar agosto; se quedaba a vivir con él en Mahoo. Aunque agradecía escapar del calor sofocante, habría preferido quedarse encerrada antes que convivir con adolescentes desconocidos. Joseph insistía, como todos los años, en que debía socializar. Por eso la dejó al pie de la playa, con la esperanza de que esta vez no se aislara.

Ame dejó caer la mochila sobre la arena y se quitó la salida de baño. El mar se extendía frente a ella, brillante y abierto. Caminó hasta la

orilla. Las olas avanzaban con un murmullo constante, rompiendo en espuma blanca antes de retirarse. El sol caía con fuerza desde lo alto.

Entró al agua sin detenerse. El frío le recorrió las piernas, pero no retrocedió. Estaba acostumbrada. Había nadado desde niña, en piscinas donde la temperatura rara vez era agradable. Tomó aire y se sumergió de un solo impulso.

Bajo la superficie, el mundo se transformó. La luz descendía en haces irregulares que iluminaban peces de colores, algas en lento vaivén y corales inmóviles como esculturas vivas. Amerlía emergió solo lo necesario para llenar los pulmones antes de volver a hundirse. Nadó sin prisa, dejándose llevar por la calma espesa del agua.

Estaba a punto de seguir a una mantarraya cuando un destello captó su atención. Provenía de una cueva distante, un brillo extraño que no parecía reflejo del sol. Dudó apenas un instante antes de dirigirse hacia allí.

Tras varios minutos de nado, llegó a la entrada de la cavidad. El agua le cubría apenas el pecho. La cueva era angosta, con paredes de roca volcánica y algunos erizos adheridos. Nada fuera de lo común… hasta que algo la detuvo en seco.

A unos metros, tres figuras sobresalían del agua, apoyadas en unas rocas. Amerlía se quedó inmóvil. Eran hermosos. De una belleza que no encontraba explicación.

La primera figura era una joven pelirroja, quizá de su misma edad. Su cabello parecía captar la luz desde dentro. Escamas color jade cubrían su torso, ascendían por el cuello y alcanzaban parte del rostro. Una peineta de tres puntas adornada con perlas sujetaba su cabellera rizada.

A su lado había dos chicos rubios, no mucho mayores que ella. Uno llevaba el cabello liso hasta los hombros; el otro, corto y rizado, con un aire despreocupado. La piel de ambos era tan clara que recordaba

a la espuma del mar. Escamas blancas, de un tono lechoso, recorrían sus torsos.

El pulso de Ame se aceleró al fijarse en el joven del centro. Su cuerpo era fuerte, marcado, imposible de ignorar. No podía verles el rostro; hablaban de espaldas, ajenos a su presencia.

—No hay otro motivo —dijo él—. Ella está viva. Si no lo estuviera, Helvera ya habría tomado el trono. Nadie podría impedirlo.

—Es imposible, Bastian —replicó la joven—. Todo el reino lo sabe. Eres el único que se niega a aceptarlo.

De pronto, Bastian golpeó el agua con una cola enorme cubierta de escamas gris oscuro, como ónix. El impacto resonó en la cueva y levantó ondas que sacudieron la superficie.

—El localizador mostró lo contrario —respondió con dureza.

Amerlía abrió los ojos, sobresaltada. No solo sus cuerpos brillaban: el color de sus cabellos parecía alterarse con la tensión del momento.

—Alteza —intervino el otro chico, llevándose las manos a la cabeza—. Ese hechizo no es confiable. Fue creado para aprendices. Tiene demasiadas fallas.

El silencio se tensó. Ame no vio la mirada de Bastian, pero la reacción del muchacho fue suficiente para entenderla.

Un sonido áspero rompió la quietud. Amerlía alzó la vista y distinguió un gran cangrejo rojo avanzando por las rocas, aferrado con sus tenazas. Pasó a pocos metros de ella y se dirigió directo hacia la joven sirena, que lo notó al instante.

—Te habías tardado —dijo, extendiendo la mano—. Ven.

El cangrejo saltó sin dudarlo y se posó en su palma. Emitió un chirrido agudo. Murgen inclinó la cabeza para escucharlo, asintió y

sonrió.

—Dice que un humano encontró nuestra guarida. El frío recorrió a Ame de pies a cabeza. Las tres cabezas se giraron hacia ella.
—¿¡Qué haces aquí!? —rugió Bastian.
El miedo reaccionó antes que su mente. Se sumergió de inmediato y nadó hacia la salida con todas sus fuerzas.

—¡Espera! —escuchó detrás de ella.
No se detuvo.
—No escaparás —chilló Murgen.
Tres chapoteos violentos resonaron en la cueva. La seguían.

Amerlía nadó tan rápido como pudo, pero sabía que no podía compararse con ellos. El océano se extendía ante ella, inmenso, sin refugio. El ardor le subía por los brazos. Necesitaba llegar a tierra.

Entonces ocurrió. Una luz azul y roja estalló dentro de su cabeza. Voces desgarradas atravesaron el silencio.
—Marina… Marina…

Sus extremidades se volvieron pesadas, inútiles. El entumecimiento avanzó sin aviso. Intentó gritar, pero solo tragó agua salada que le quemó la garganta. Todo se volvió distante. Dejó de luchar.

El cuerpo comenzó a hundirse. Pensó en sus padres, en momentos simples, en risas que ahora parecían ajenas. Imaginó su cuerpo perdido en el mar, arrastrado por las corrientes, devorado por peces o hallado mucho tiempo después en una isla desierta.

Cerró los ojos. Y se entregó al silencio.
A

me despertó con el golpe seco de una pelota playera. Un niño corría tras ella mientras su madre se disculpaba con gestos exagerados, llevándose una mano a los labios.

Amerlía asintió sin decir nada y se incorporó sobre la arena. Se estiró con lentitud. Había dormido profundamente. El sol ya no estaba en lo alto: descendía hacia el mar y proyectaba sombras largas sobre la playa. No debía de faltar mucho para que su padre llegara.

Joseph pasaría a recogerla a las seis en punto. Al día siguiente comenzarían las clases en el instituto y, por fin, volvería a ver a Gabrielle, su mejor —y única— amiga desde la infancia. La sola idea le arrancó una sonrisa. Gabrielle había salido de viaje el fin de semana; de lo contrario, la habría invitado a la playa y no se habría aburrido lo suficiente como para quedarse dormida.

La espera se le hizo interminable. El cielo comenzaba a nublarse. El aire cambió, denso, cargado de humedad. Ame sintió un nerviosismo extraño, sin causa clara.

Un claxon sonó desde lo alto del malecón. Amerlía levantó la vista. Su padre se bajaba de la patrulla y agitaba las manos con ese gesto peculiar que siempre había hecho desde que ella era niña. Le devolvió la sonrisa.

Tomó la mochila, se la colgó al hombro y corrió hacia el auto. Abrió la puerta del copiloto, se sacudió la arena de las piernas y se acomodó en el asiento. Dejó la mochila a sus pies y le dio un beso rápido en la mejilla a su padre. El vehículo arrancó con suavidad.

—Ame, ¿cómo te fue? ¿Conociste a alguien nuevo? — preguntó Joseph.

Ella miró por la ventana. La bahía empezaba a oscurecer bajo la lluvia incipiente. Las olas golpeaban la orilla con un ritmo constante, casi hipnótico.

Entonces lo vio. Entre las rocas, una silueta observaba desde el agua. La piel y el cabello tenían un tono frío, casi irreal. No se movía. Ame parpadeó. La figura se desvaneció entre la bruma y las sombras.

—Bien, papá. No podría estar mejor —respondió.

Joseph sonrió y volvió la atención al camino. Amerlía no supo por qué, pero aquella silueta le resultó perturbadoramente conocida.

Bastian, Murgen y Marlí saltaron desde las peñas para perseguir a la humana que huía hacia la salida de la cueva. Nadaron apenas unos metros cuando la voz de Bastian los detuvo.

Murgen giró hacia él, exaltada. Marlí, siempre inexpresivo, mostró un destello de inconformidad en la mirada.
—La vamos a perder, alteza —dijo Murgen—. Hay que ir por esa rata.
—Piensa —respondió Bastian—. No es una sirena. Eso significa que es una cazadora. Pertenece al clan de los Drakyr.

—Sabes que ellos se dedican a cazarnos —intervino Marlí —. Somos su entretenimiento favorito. Y ahora nos descubrió. Va a revelarlo todo.

—No si la detenemos.
Murgen inclinó la cabeza, atenta.
—¿Qué tienes en mente?
—La interrogamos —dijo Bastian—. Después, la matamos.

El silencio se cerró sobre ellos. No estaba bien visto que los acuáticos invadieran las mentes humanas. Mucho menos que los mataran. Era una práctica antigua, atribuida a Los Primeros, ancestros lejanos que habían cazado humanos siglos atrás. Aquello pertenecía al pasado. Aunque el desprecio seguía intacto, nadie quería atraer la ira de los dioses.

Bastian percibió las dudas antes de que Marlí hablara.

—No es humana —dijo—. Para empezar, no debió vernos. La guarida está protegida por magia antigua. Solo alguien con el Don podría haberla encontrado.

Asintieron. La cueva había sido su punto de reunión durante más de doscientos años. Jamás había sido descubierta. —Voy por ella. Los espero en la isla de siempre —ordenó Bastian—.

Murgen y Marlí se sumergieron y giraron hacia un lado. Bastian continuó en línea recta. La visión de los tritones y sirenas atravesaba la oscuridad sin dificultad.

Bastian nadó a toda velocidad hasta distinguir un cuerpo que se hundía lentamente. Era ella. La reconoció por el olor, por la forma. Dudó. Si la dejaba morir, no habría riesgo. Pero una cazadora viva podía darle información. Podía revelar la ubicación del clan, los planes, los ataques.

Nadó hacia ella y la sujetó del brazo, impulsándola hacia la superficie. Su piel estaba tibia. El contacto le provocó un estremecimiento involuntario. Nunca había tocado a una humana. Ellos eran de sangre fría; los humanos, no. Ahora comprendía por qué tantos dioses los valoraban.

La sostuvo contra su pecho. La rabia le subió como un oleaje oscuro. Criaturas débiles. Destructoras. Apretó la mandíbula y nadó hacia la isla.

Arrastró el cuerpo hasta la orilla y la dejó sobre la arena. Amerlía giró de inmediato y comenzó a toser, expulsando agua con espasmos violentos. Murgen y Marlí emergieron a su lado, observándola con incredulidad. Cuando Ame logró alzar la vista y los vio, gritó. Se arrastró hacia atrás, clavando las manos en la arena, tratando de huir. Los tres intercambiaron miradas desconcertadas. No parecía reconocerlos.

Las colas azul grisáceas tocaron la arena y comenzaron a transformarse. Piernas humanas tomaron su lugar. Avanzaron mientras Amerlía retrocedía. Murgen la alcanzó y sujetó su tobillo. Ame gritó de nuevo, pataleando sin éxito.

—¿Todos los humanos son así de ruidosos? —preguntó Murgen.

Amerlía se quedó inmóvil.
—Por favor… no me coman.

Marlí estalló en carcajadas. Murgen y Bastian lo miraron, sorprendidos. Jamás lo habían visto reír.
—¿Crees que somos tiburones? —replicó Murgen—. ¿Qué te hace pensar que comeríamos tu cuerpo lleno de gérmenes? —No puede ser… —susurró Ame—. Existen. Son reales. Y me entienden.
Murgen resopló, ofendida.
—Claro que existimos. ¿Crees que tu especie tiene la imaginación para inventarnos?
Amerlía bajó la mirada y se dio cuenta de la desnudez de la joven sirena. Giró de inmediato.

—¡No me des la espalda! —ordenó Murgen.
—Entonces cúbranse —dijo Amerlía, con la voz quebrada.

Murgen se miró y se tapó con los brazos, incómoda de pronto. Murmuró unas palabras casi inaudibles y, sin dejar de cubrirse, extendió la palma hacia el mar. Una sombra se deslizó a toda velocidad bajo la superficie. Llegó hasta la orilla y le entregó una capa de algas color jade, bordada con perlas y piedras verdes y rojas. Murgen se la echó encima con un gesto brusco.

Los chicos hicieron lo mismo. Dos formas oscuras se movieron en el agua como mantarrayas y emergieron frente a ellos: capas negras salpicadas de zafiros, perlas negras y ámbar. Se las colocaron sin prisa.

—Ya —dijo Marlí.

Ame se estremeció. La voz, baja y limpia, le rozó la piel como un golpe frío. Se giró despacio. Los tres seguían húmedos; el agua les brillaba en el cabello y en los hombros. Primero miró a la pelirroja. Luego a Marlí. Por último, a Bastian.

Al encontrarse con él, algo le sacudió el pecho, como una descarga. Bastian la miró fijo. Sus ojos, verde miel, se clavaron en los de ella, ámbar. Por un instante, el aire pareció tensarse entre ambos, como si una memoria ajena intentara abrirse paso.

Bastian se endureció de golpe. La tomó del brazo con firmeza.

—¡Dime dónde se ocultan! ¿Cómo nos encontraron? Amerlía frunció el ceño, desconcertada.
—¿Ocultarnos?

—No te hagas la tonta, remedo de cazadora —interrumpió Murgen.
Ame tragó saliva. Miró a los tres, buscando una salida que no existía.
—No sé de qué hablan. Me están confundiendo. No soy ninguna cazadora.
—Entonces, ¿cómo encontraste nuestra guarida? ¿Cómo nos viste?

Bastian la jaló sin soltarla. Sus cuerpos chocaron y Ame quedó demasiado cerca. Vio sus labios tensarse de irritación; luego esos ojos fríos, intensos, sin parpadeo.

—No sé de qué me hablan —repitió, intentando zafarse. El dolor le torció la boca.
—Si no quieres hablar por las buenas —dijo él, acercándose un poco más—, te lo sacaré por las malas.
Ame lo miró, aterrorizada. Se retorció con todas sus fuerzas, pero él apenas parecía esforzarse para mantenerla inmóvil. —Murgen —llamó Bastian, sin apartar la vista de Ame—. Deténla mientras preparo mi tridente.

Murgen se colocó detrás y le sujetó ambas muñecas. Ame forcejeó, inútil. La sirena no se movió ni un centímetro. Bastian tomó el colgante de su cuello, una pieza dorada con forma de tridente, y lo desprendió del collar. Murmuró:

—*Antate tente*.

Lo lanzó al aire. El objeto se desplegó en pleno vuelo y creció hasta volverse un tridente dorado, incrustado con piedras azules. Dio un giro y regresó a sus manos como un bumerán. Bastian lo atrapó con seguridad.

Ame quiso gritar, pero el asombro y el miedo la dejaron clavada en la arena. Bastian se acercó y apoyó el metal frío contra su rostro. Ame cerró los ojos. Él miró a Marlí, dudando apenas. Marlí asintió. Bastian volvió la atención a la humana.

—*Menti Arendo*.

Del tridente emergió un humo verdoso, espeso, que se arrastró hacia la cabeza de Ame como si tuviera peso propio. En cuanto la tocó, ella gritó y se dobló, sacudida por el dolor. Sus piernas buscaron tierra firme, sus hombros se encorvaron, y el grito se le rompió en la garganta.

—¡Vamos! —insistió Bastian, con la voz tensa—. ¡Vamos! El sudor le perló la frente. La piel se le enrojeció. Se retorció más, arqueándose, como si algo dentro de ella quisiera escapar. —¡Detente, Bastian, la vas a matar! —gritó Marlí. —Un poco más… solo un poco más —murmuró él, como si hablara consigo mismo, forzando la magia.

Murgen soltó un alarido.
—¡Ah!

La sirena se apartó de Ame y corrió al mar. Hundió los brazos en el agua hasta los codos.
—¡Quema, quema! —chilló, aliviando el ardor.

Bastian se detuvo de golpe. Ame cayó desmayada sobre la arena. El príncipe estaba más pálido que antes. Miró a Marlí, todavía con el tridente en la mano, como si no entendiera lo que había ocurrido.

—¿Qué encontraste? —preguntó Marlí.
—Nada —respondió Bastian, con la voz quebrada—. No había nada.

—¿Qué? —Marlí lo miró, incrédulo.
Bastian se arrodilló junto a Amerlía. Ella yacía inmóvil, respirando apenas, exhausta.
—Es más poderosa de lo que parece —dijo, sin apartar los ojos de su rostro.

Murgen regresó desde el agua con algas en las manos, furiosa. Se inclinó sobre Ame, lista para abofetearla. Bastian la detuvo al instante, sujetándole la muñeca. Murgen lo fulminó con la mirada, pero retrocedió.

—Cambiaremos la táctica —dijo Bastian. Acercó el tridente una vez más y recitó—: *Ovdio*.
Ame exhaló un suspiro largo y siguió dormida, como si el cuerpo se rindiera por completo.
—¿"Cambiaremos"? —preguntaron Murgen y Marlí al mismo tiempo.
Bastian asintió sin despegar la vista de la humana. —Le borré la memoria. Voy a seguirla. Seré su sombra. Me ganaré su confianza hasta que me diga dónde están los Drakyr. Murgen y Marlí se miraron, sorprendidos.

—No es por nada, Bastian —dijo Marlí, encogiéndose de hombros—, pero no sabes quién es… ni cómo tratar con su especie.

Ir a tierra estaba prohibido. Convivir con humanos, peor. Y si alguien parecía incapaz de mezclarse con ellos, era Bastian. Él lo sabía.

El príncipe se giró hacia sus dos amigos. Se le levantó apenas una comisura en una sonrisa mínima, casi un gesto.

—Por eso voy a necesitarlos.
Miró primero a Marlí.

—Tú me ayudarás a estudiar su comportamiento. Quiero saber todo lo necesario para pasar por uno de ellos. Marlí asintió, todavía con el ceño tenso. Bastian volvió a Murgen.

—Y tú… investígala. Quiero saber quién es, dónde vive, a dónde va, con quién se junta. Todo. Su clan, sus hábitos, lo que le importa.

Murgen apretó la boca, sin entusiasmo, pero asintió. Bastian regresó la mirada a Ame. Por un instante, el endurecimiento se le aflojó. Allí, dormida en la arena, parecía demasiado frágil para el odio que le tenían.

—Marlí —preguntó al fin—, ¿cuál es la playa más cercana al escondite de la caverna de Makara?

Marlí pensó unos segundos.
—La playa de la isla de Mahoo.

—Bien —dijo Bastian, observando a la humana tendida—. Regresémosla.
A

merlía se levantó temprano para comenzar el día. La expectativa de volver a ver a Gabrielle en el instituto le mantenía el pulso ligero desde que abrió los ojos. Su padre le había dicho que antes de ir a la estación pasarían con la costurera del pueblo para tomarle las medidas del uniforme escolar. Como oficial de policía, para Joseph el horario nunca era flexible.

Mr. Ruffus, el gato de la casa, entró en la habitación con pasos silenciosos. Sus ojos amarillos brillaron en la penumbra. De un salto subió a la cama y se frotó contra ella, acompañado de un ronroneo insistente. Eran las cinco cuarenta de la mañana; el sol todavía no asomaba por la ventana.

Ame se incorporó, estiró los brazos y corrió las cortinas pesadas. Se asomó por el cristal. Mahoo despertaba despacio, pequeño y ordenado, con un encanto sencillo que no necesitaba esfuerzo. Abrió de par en par los marcos de madera y dejó entrar la brisa: sal marina mezclada con el aroma tibio del pan recién horneado. Aún se oía el canto disperso de los grillos.

—Sirenilla, ¿ya despertaste? —llamó su padre desde la cocina, entre el choque de los trastes.
Amerlía sonrió. Ese apodo se lo había puesto cuando empezó las clases de natación y jamás dejó de usarlo. —¡Ya voy! —respondió.

Sacó ropa al azar del cajón del buró y se cambió a toda prisa. Bajó las escaleras de dos en dos y se dirigió a la cocineta, donde Joseph servía el desayuno. Dudó un segundo antes de sentarse en el taburete largo.

Desde la sala llegó el maullido insistente de Mr. Ruffus, reclamando atención. Al no conseguirla, el gato terminó acomodándose en un rincón, resignado.

—¿Has hablado con tu madre? —preguntó Joseph, forcejeando con un pan tostado que se resistía a salir de la tostadora.

—Sí. Fue a visitar a la tía Elena, a Múnich —respondió Ame, sin levantar la vista del plato.
—¿Estás nerviosa?

Amerlía se encogió de hombros. Mientras Gabrielle estuviera ahí, nada más importaba. Nunca había sido sociable. Los demás solían mirarla como algo extraño, y ella jamás sintió la más mínima necesidad de encajar.

Terminó de desayunar rápido y volvió a su habitación. Cerró la puerta antes de entrar al baño. No entendía por qué, desde la tarde en la playa, el agua le provocaba una inquietud nueva. El contacto del líquido le cerraba el pecho, como si algo invisible la empujara hacia abajo.

Dejó correr el agua caliente hasta que el vapor llenó el espacio. Entró. Al sentir el chorro sobre la piel, clavó las uñas en la mampara y cerró los ojos. Pensó en Gabrielle, en el reencuentro, en el primer día de clases. Se aferró a esas imágenes hasta que la respiración volvió a acomodarse.

Afuera, Murgen aguardaba oculta frente a la casa, agazapada bajo un matorral silvestre. Se quejó en voz baja mientras aplastaba al décimo mosquito que le zumbaba alrededor del cuello. Detestaba que Bastian le hubiera encargado esa tarea. Él ya había seguido a la humana hasta ubicar su vivienda; ahora le tocaba a ella observar, aprender, husmear.

Arrojó la bicicleta al suelo con fastidio. Estaba rayada, torcida por las incontables caídas que había sufrido intentando pedalear. Se sobó las rodillas raspadas y aún sangrantes.

Salió de su escondite para alejarse de los insectos y se sentó frente a la puerta de madera. Todavía no se acostumbraba a las piernas humanas; permanecer de pie le exigía un esfuerzo constante. Lo único que tenía claro era que haría lo que fuera necesario para ganarse el favor de Bastian, incluso fingir ser humana y mezclarse con esas criaturas que tanto despreciaba.

Escuchó pasos. Luego, el sonido inconfundible de los pasadores de la puerta. Murgen abrió los ojos, alarmada, y se lanzó de nuevo a los matorrales. El movimiento terminó en un ruido agudo, seguido de un murmullo de quejas.

Amerlía y Joseph salieron de la casa rumbo al garaje. Cuando Murgen comprobó que se alejaban, emergió entre hojas y ramas, adolorida. Se quitó los restos del arbusto del cabello rojizo y se incorporó con torpeza. Tenía que seguirlos.

Joseph dio reversa a la patrulla para sacarla de la cochera. Y entonces se encontró frente a frente con Murgen, que avanzaba por la acera arrastrando la bicicleta maltrecha. El oficial frenó en seco. Bajó la ventanilla.
—Hola, jovencita, ¿estás bien?

Murgen se quedó rígida. Miró al hombre que la observaba y luego su reflejo en la carrocería de la patrulla: ramas enredadas en el cabello, la ropa rasgada por las caídas.

Joseph la recorrió con la mirada. Se detuvo en la peineta barroca de tres picos dorados que sostenía una gran perla brillante; apenas lograba sujetar algunos mechones, mientras el resto del cabello rojizo caía desordenado. Bajó luego la vista al vestido rojo de lunares blancos y, más abajo, a las rodillas, los codos y los brazos.

—Mírate nada más… —dijo, alarmado—. Estás llena de moretones.
Murgen bajó la mirada. La sangre ya se había secado; en su lugar, la piel comenzaba a oscurecerse.
—¿Qué te pasó?

Amerlía observaba a la joven en silencio. Algo en su rostro le resultaba familiar. Intentó recordar dónde la había visto antes, sin éxito. Murgen comprendió que no lograría deshacerse del interrogatorio.

—Me caí —respondió—. No es nada, humano. No te preocupes.
Joseph frunció el ceño apenas. El término le pareció extraño, pero lo atribuyó a alguna excentricidad juvenil.

—Vaya caída —murmuró, ladeando la boca; el bigote se le movió apenas—. ¿A dónde vas? Podemos llevarte. Tenemos tiempo. Ame, ayúdame con la bicicleta —ordenó.

Amerlía obedeció. Abrió la puerta del copiloto y se acercó. Murgen miró primero a Joseph, luego a la chica que avanzaba hacia ella. Ame tomó un extremo del manubrio, pero Murgen no lo soltó. Se produjo un forcejeo torpe.

—No es necesario —dijo Murgen, tensa—. No quiero molestarlos.
—Nada de eso —respondió Joseph con firmeza—. Insisto. Al ver que no cedería, Murgen soltó la bicicleta. Amerlía la colocó en la parte trasera y regresó a su asiento.
—Sube —pidió Joseph.

Murgen se quedó inmóvil. Miró el vehículo con recelo. Nunca había visto un carruaje sin caballos. Las pocas veces que había salido a la

superficie lo había hecho a escondidas; el reino era estricto con las normas. Solo los reyes y gobernantes podían pisar tierra en circunstancias extremas.

No tenía idea de cómo se suponía que debía subir. Tragó saliva. Joseph suspiró, apagó el motor y se quitó el cinturón de seguridad. Bajó del vehículo, rodeó la patrulla y abrió la puerta.

—Adelante.

Murgen le ofreció una sonrisa tensa. Avanzó con pasos inseguros, las piernas temblándole mientras intentaba mantener el equilibrio. Se detuvo frente al asiento, demasiado alto. *¿Cómo esperan que alcance eso?*, pensó, con un destello de fastidio.

Probó subir una pierna, luego la bajó. Intentó de nuevo. Nada funcionaba. Joseph y Amerlía intercambiaron una mirada breve, incrédula. La escena parecía absurda: aquella joven hermosa se movía como si nunca hubiera visto un auto.

Murgen soltó una carcajada forzada y se dio la vuelta. Caminó hacia atrás hasta chocar con el marco de la puerta. Joseph se rascó la nuca. Al final, Murgen se impulsó de golpe y terminó sobre el asiento, desordenada pero dentro. Joseph cerró la puerta con cuidado, regresó a su lugar y puso el vehículo en marcha.

—¿A dónde te diriges? —preguntó, mirándola por el retrovisor.

Murgen no respondió de inmediato. Estaba fascinada con el cinturón de seguridad. Tiró de él, observó cómo regresaba a su sitio y volvió a estirarlo, intentando descifrar su función. El auto avanzó hacia el pueblo, ajeno a la extraña pasajera que viajaba en su interior.

—A donde ustedes vayan —respondió Murgen, girando la cabeza.

Había dejado en paz la correa al comprobar que, por más que la estiraba, siempre regresaba a su sitio. Ahora miraba por la ventana.

En la acera, un niño de unos cinco años caminaba de la mano de su madre. El pequeño levantó la vista y se encontró con los ojos de Murgen. Ella le sacó la lengua con gesto de desprecio. El niño rompió en llanto. Murgen soltó una carcajada breve, satisfecha.

La patrulla dobló a la izquierda y se detuvo. Amerlía, Joseph y la joven desconocida bajaron y avanzaron por la calle empedrada. Murgen se quejaba en voz baja. Caminar ya era difícil; hacerlo sobre piedras resultaba casi imposible. Avanzaba mirando al suelo, cuidando cada paso. El contacto áspero del camino le arrancaba punzadas en las plantas de los pies.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Joseph.
Murgen se detuvo en seco. *¿Decir mi nombre real?* Dudó apenas un segundo. *No volveré a verlos*.

—Murgen —respondió, sin entusiasmo.
—Yo soy Joseph —dijo él—, y ella es mi hija, Amerlía.

Murgen miró a la chica de reojo, con un desdén mal disimulado. El oficial se detuvo frente a una pequeña tienda de madera. En la puerta, el dibujo de un hada sostenía un trozo de tela flotante. Un letrero tallado anunciaba: *El Telar Mágico*.

—Espérenme aquí. Tengo que hablar con la señora Pooth — indicó.

Abrió la puerta. Una campana tintineó. Murgen se sobresaltó. Amerlía esperó unos segundos antes de animarse a hablar.

—¿De dónde eres? No pareces de aquí —dijo, con una sonrisa cautelosa.
Murgen la observó con atención. La alegría le resultaba desconcertante. Iba a responder cuando Amerlía se adelantó: —Supongo que estás de intercambio, como yo.
Murgen la miró, sorprendida. Siguió su mirada hasta Joseph, que conversaba con la dueña del lugar. Luego volvió a Ame.

—¿Qué harás después? —preguntó.
La voz, suave y baja, le erizó la piel a Amerlía.

—Iré al Instituto Brightmore —respondió, sin ocultar el entusiasmo.

Murgen frunció el ceño. *¿Instituto?* Por primera vez miró a Amerlía con recelo. La humana parecía genuinamente animada. En el océano, las emociones no se mostraban así. Murgen sentía algo incómodo creciendo dentro del pecho: una mezcla confusa de irritación, hambre y una inquietud que no sabía nombrar. Como sirena, nunca había experimentado nada parecido.

Pasaron varios minutos en silencio. La puerta se abrió de golpe y dejó escapar una bocanada de aire fresco. Amerlía dio un paso al frente, lista para entrar, pero la voz de su padre la detuvo.

—¿Dónde está Murgen?
Amerlía se giró, sorprendida. Miró alrededor. No había nadie.
—Estaba aquí… —dijo, desconcertada—. Lo juro.

No supo cómo ni cuándo se había ido. Solo supo que, de algún modo, aquella chica extraña había desaparecido. Y la sensación de inquietud no la abandonó en todo el día.

CUATRO
B

astian se movía de un extremo a otro de la cueva mientras Marlí repasaba la información que había reunido sobre los humanos. El príncipe nadaba con brusquedad, como si cada giro fuera una forma de expulsar su irritación.

—¿De verdad tengo que dar las gracias cada vez que alguien me ayuda? —gruñó—. ¿Y pedir *por favor* si quiero algo?
Marlí asintió con calma.
—Nunca he tenido que agradecer nada —continuó Bastian—. Mucho menos pedirlo. La ayuda se me ofrece. Soy el príncipe.

—Majestad —respondió Marlí—, y eso es solo el comienzo. No has visto nada de las mujeres humanas. Son más complejas que preparar Patialgas.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Bastian, frunciendo el ceño.

Marlí tomó uno de los libros cubiertos de almejas. En la cubierta se leía: *Humanos: características y comportamiento*. Se aclaró la garganta.

—Según la página veinte —leyó—, cuando una mujer dice que no, puede significar sí. Y cuando dice sí... también es sí. Además, si afirma que no tiene nada, es porque tiene algo. Y si dice que tiene algo, puede ser porque lo tiene... o porque quiere pedirte algo.

—¿Qué estás diciendo, Marlí? —espetó Bastian.

—Eso no es todo —continuó, cada vez más desconcertado—. Si tú haces algo mal, debes disculparte. Pero si ellas hacen algo mal... también debes disculparte.
Bastian se detuvo en seco.

—¿Por qué tendría que pedir perdón por un error que no cometí, y menos si es culpa de una humana?
—No lo sé, alteza —admitió Marlí, cerrando el libro de golpe—. Es lo que dice aquí.
Antes de que pudieran seguir, Murgen apareció en la entrada de la cueva.
—¡Bastian! ¡Marlí!
—¿Qué haces aquí? —preguntó el príncipe, sin ocultar la dureza—. Se suponía que estabas investigando a la humana. Murgen inclinó la cabeza con respeto antes de responder.

—Tengo su nombre. Y sé a dónde irá. Algo llamado "instituto". Bastian, debes tener cuidado. No son tan torpes como pensábamos. Tienen cajas gigantes con botones que los transportan, caminan sobre piedras con dos patas y sus cuevas son enormes, llenas de luz.

—No me interesa —la interrumpió—. Dime lo que te pedí. Murgen apretó los labios, decepcionada.

—La lombriz con patas se llama Amerlía. Su padre... Josefo, o algo así.

—¿Amerlía? —repitió Bastian.
—Horrible nombre —comentó Murgen, burlona.

Bastian no respondió. Repitió el nombre en silencio, como si quisiera fijarlo en la memoria.
—Va a un instituto llamado Brightmore —añadió—. No pude averiguar más. La fórmula estaba perdiendo efecto.
Bastian se acercó y tomó la mano de Murgen, aún con forma de aleta. El gesto fue breve, pero suficiente para acelerarle el pulso. —Buen trabajo, Mumu —dijo—. Sé que debe ser insoportable convivir con esos monos. Estoy orgulloso de ti.

Murgen sintió que algo cálido le recorría el pecho al escuchar el apodo con el que Bastian la llamaba cuando eran pequeños. Antes de que pudiera responder, él la soltó y nadó hacia la salida de la cueva.

—¿A dónde vas? —preguntaron Marlí y Murgen al mismo tiempo.
—A prepararme —respondió—. Me iré al instituto la próxima semana.
—Es muy pronto —objetó Marlí—. No estás listo. Ya viste lo complicados que son.
Bastian se detuvo y miró por encima del hombro.
—No hay tiempo. La semana pasada desapareció Agatha. El mes pasado, Manti. ¿Quieren ser los siguientes?
Ambos negaron en silencio.
—Tenemos que actuar —añadió, con la voz baja y firme—. Esto ya es una guerra.
Luego se alejó, dejando a sus amigos solos, rodeados por la oscuridad profunda del océano.
J

oseph y Amerlía llegaron al instituto a primera hora. Pasaron primero por la dirección para presentarse con la directora, una mujer baja y regordeta, bastante simpática. El reconocimiento hacia Joseph, por ser el jefe de policía, no tardó en aparecer. A Amerlía le provocó el bochorno de siempre: sonrisas condescendientes de los adultos y miradas hostiles de algunos alumnos.

El uniforme no ayudaba a mejorar su ánimo. Era verde militar, de una tela rígida y áspera. No se permitía maquillaje y la falda debía caer por debajo de la rodilla. Más que un instituto, parecía un convento. Intentó ignorarlo.

Su humor mejoró apenas cuando Gabrielle apareció en la oficina para llevarla a recorrer las áreas comunes. Al verse, se fundieron en un abrazo largo, de esos que no necesitan palabras.

Gabrielle no era lo que nadie llamaría atractiva. Tenía una nariz peculiar, el cabello negro, lacio y cortado en un casquillo poco favorecedor. Usaba lentes gruesos, demasiado grandes, que se le deslizaban constantemente por la nariz; debía empujarlos de vuelta a su sitio a cada pocos pasos. Era baja, tan pequeña que parecía más joven de lo que era.

Pero tenía algo que imponía respeto. Su carácter era firme, seguro. Nadie se metía con ella. La última vez que alguien lo intentó terminó con la nariz rota. Según le había contado, su familia pertenecía a una comunidad aislada, dedicada al combate y a la protección de la naturaleza. Gabrielle lo tomaba muy en serio: jamás cargaba libros ni cuadernos, convencida de que usar papel era un pecado. Tampoco los necesitaba. Su memoria fotográfica suplía cualquier material.

Recorrieron la sala de química. Ame observó los tubos de ensayo alineados, el esqueleto blanco apoyado contra la pared. El aula servía también para anatomía; se notaba en los diagramas y modelos repartidos por el lugar.

Luego cruzaron el patio. A un lado se extendía una cancha de basquetbol; más allá, una pista de atletismo de arcilla rojiza rodeaba dos campos de fútbol americano. Diez carriles numerados daban la vuelta completa. Detrás, las gradas de concreto mostraban el desgaste de los años.

—Es más grande de lo que pensé —murmuró Amerlía. —Eso no es nada —respondió Gabrielle, sonriendo—. Dejé lo mejor para el final.

—¿Hay algo mejor que esto?
—Ven.

Siguieron la pista. Ame dudó unos segundos antes de hacerlo. Caminaron un par de minutos mientras los árboles altos aparecían al otro lado de la malla metálica que cercaba el instituto.

Un sendero se abrió a la derecha. Ame distinguió tres edificios: uno de ladrillo café con un letrero que decía *Biblioteca*; a su lado, un edificio colorido destinado a primaria; y, más apartado, un bloque blanco hacia el que Gabrielle se dirigió sin dudar.

Abrió la puerta de vidrio y se hizo a un lado. Amerlía se detuvo. Dentro había una piscina techada, amplia, con carriles separados por boyas azules. Tres trampolines de distintas alturas se alzaban al fondo. Detrás, una hilera de gradas recorría el muro.

El corazón le dio un salto desordenado. La respiración se le volvió corta.

—Ame —dijo Gabrielle con entusiasmo—, puedes seguir nadando. Hay equipo de natación. Las pruebas son la próxima semana. Deberías intentarlo.

Amerlía cerró los puños.
—¿Por qué me trajiste aquí? —estalló—. Vámonos. ¡No quiero estar aquí!

La voz resonó en el recinto. Gabrielle se quedó inmóvil. Ame siempre había amado el agua; era la última en salir de la piscina, la que no se cansaba nunca.

—Ame… ¿qué te pasa? —preguntó, alarmada.

Intentó tomarle la mano. Amerlía se soltó y apartó la mirada del agua. El suelo pareció inclinarse. Un mareo le nubló la vista. Estuvo a punto de caer. Gabrielle la sostuvo por la cintura.

—Por favor —susurró Ame, alzando la vista—. Tengo que salir de aquí.
Gabrielle asintió sin discutir. La rodeó con un brazo y la condujo hacia la salida.

La primera semana pasó rápido y sin sobresaltos. Aburrida. Como era de esperarse, Amerlía se equivocó de salón en dos ocasiones durante los primeros días, interrumpiendo clases y provocando carcajadas dispersas. No le importó. Estaba acostumbrada a ese tipo de miradas.

La primera vez que alguien la señaló como rara había sido cuando tenía seis años, durante una visita escolar a un acuario en California. Frente a una pecera cilíndrica enorme, donde nadaban decenas de tiburones punta negra, se había quedado absorta. Uno a uno, los animales se acercaron al cristal y la observaron con atención. Amerlía les devolvió la mirada, fascinada, y extendió la mano como si quisiera tocarlos. Las maestras se alarmaron. Sus compañeros retrocedieron.

Ese mismo día, en el área de mantarrayas, Ame intentó "hablar" con ellas. Llamaron a su madre. Le sugirieron llevarla con un especialista. En lugar de eso, la cambió de escuela.

La mala fama la siguió. A los once años, en un campamento de verano, se negó a salir del agua cuando anochecía y una tormenta se acercaba. Dijo que ahí se sentía en casa. Desde entonces, el apodo de "niña pez" la acompañó durante todo un ciclo escolar.

En el instituto nadie se burlaba abiertamente. Gabrielle se había encargado de eso. Una vez, cuando Lemus se rió de Ame tras verla tropezar con su banco, Gabrielle le lanzó el borrador de la pizarra directo a la cabeza. El chichón y los días de dolor bastaron como advertencia.

Esa mañana, el profesor de Historia no llegó. Por quinta vez, su auto se había quedado varado. Amerlía no podía creerlo. Cinco minutos a pie parecían una eternidad para alguien en ese pueblo. Recordó cuando, en California, tuvo que caminar casi dos horas hasta la escuela porque un neumático de su bicicleta se había pinchado. No se había quejado. Su madre estaba en Italia, recorriendo museos y ruinas como buena historiadora, y no había nadie más que pudiera llevarla.

Alzó la vista y vio a Gabrielle lanzar un avión de papel hacia Maya, en respuesta a la bolita de aluminio que esta le había arrojado antes. Gabrielle se retorcía de risa cuando la directora entró al aula.

—Alumnos, guarden la compostura. ¡Victoria! —llamó con voz firme —. Puedes pasar. Y no vuelvas a llegar tarde. No creas que ser hija del presidente del consejo estudiantil te va a salvar.

Victoria entró sin apuro, chupando una paleta de fresa. Se acomodó junto a Maya, justo frente a Amerlía. Ame la observó con una punzada de molestia: el uniforme de la chica era corto y ajustado, una versión claramente distinta al reglamento. Tener padres influyentes tenía sus ventajas.

Desvió la mirada hacia su otro costado. Calo dormía sobre el escritorio, roncando sin pudor. En uno de sus movimientos, invadió su espacio. Amerlía levantó los libros y los colocó como barrera. Prefería la saliva sobre el papel antes que sobre su brazo. Maldijo en silencio el orden alfabético de los asientos. Gabrielle estaba demasiado lejos.

Aburrida, comenzó a escuchar la conversación entre Maya y Victoria. Era más interesante que observar cómo a Calo se le formaban

burbujas de moco al respirar.

—No sabes el bombón que estaba en dirección —dijo Victoria, sacándose la paleta para mirarla antes de volver a llevarla a la boca.

—¿Nuevo alumno? ¿Crees que esté en nuestro salón? — preguntó Maya, nerviosa.
—Ni lo sueñes —respondió Victoria—. Yo lo vi primero. Ese chico será mi novio. Solo sé que estará en bachillerato. —Entonces no tendremos clases con él —dijo Maya, resignada.

—Eso se arregla —sonrió Victoria—. Además, me enteré de que será capitán de natación. Dicen que es rapidísimo... y con esos brazos.

El timbre sonó. Amerlía le dijo a Gabrielle que iría a la biblioteca para estudiar Matemáticas. Tomó sus libros y se dirigió hacia la salida, pero se detuvo frente a la gran puerta de cristal. Llovía. Las gotas resbalaban por el vidrio. Ame se quedó inmóvil, observándolas, cuando una voz áspera sonó a su espalda.

—¿Vas a salir o me vas a dejar pasar?

Se giró. Frente a ella estaba el chico más atractivo que había visto jamás. Alto, de piel muy clara, cabello ondulado y claro. Tenía ojos avellana y una complexión marcada. Sonrió con cierta timidez, mostrando una dentadura impecable. Su voz, grave y rasposa, le recorrió la espalda como un escalofrío.

—Perdón, no quise asustarte.
—N-no... no pasa nada —respondió Ame, desviando la mirada. El hipo le apareció de golpe.
—Soy Bastian —dijo, tendiéndole la mano.
Dudó unos segundos antes de estrechársela. Su piel estaba fría. El hipo empeoró. Se soltaron casi al mismo tiempo. —¿Qué... haces... aquí? —preguntó Ame entrecortada. —Voy a la alberca —respondió —. Si voy a ser capitán, tengo que conocer las instalaciones, ¿no?

Ame pensó en Victoria. *Así que era él*.
—Supongo —dijo, conteniendo la respiración.

Bastian la observó con atención. Recordó el cuerpo inconsciente en la arena, la mente imposible de leer.

—¿Te postularás para el equipo? —preguntó.
—No —respondió ella, sin mirarlo—. No me interesa.

—¿Cómo? —Bastian frunció el ceño—. Pero te gustaba nadar.
Amerlía alzó la cabeza de golpe.
—¿Cómo sabes eso?
El hipo desapareció. Bastian la recorrió con la mirada, como si buscara algo que no terminaba de encajar.
—Lo adiviné —dijo al fin—. Tengo que irme. Supongo que nos veremos más tarde. Adiós.

Empujó la puerta y salió bajo la lluvia. Ame se apartó con rapidez, observándolo alejarse, con una sensación extraña latiéndole en el pecho.

Bastian sonrió mientras avanzaba hacia la alberca. No había sido difícil convertirse en capitán del equipo. En los días previos a su ingreso al instituto, había seguido a Amerlía un par de veces. Siempre el mismo patrón: llegaba y se iba acompañada por Gabrielle. Nunca sola.

Cuando la vio dirigirse, como de costumbre, a la biblioteca, interceptó a la pequeña chica. No tuvo que insistir demasiado. Le ordenó que hablara. Así supo lo esencial: que Amerlía amaba a los animales, que era distraída, poco sociable, recién llegada al pueblo. Y, por encima de todo, que nadar era lo que más le importaba.

El resto fue sencillo. Convenció a Gabrielle de persuadirla para unirse al equipo de natación. Luego le borró la memoria con ayuda del tridente, sin dejar rastro. Repitió el procedimiento con la directora. Con un hechizo implantó la idea precisa: que él estudiaría allí, que

sería el capitán del equipo y que había sido campeón en más de una competencia.

Nada parecía forzado. Todo encajaba. El plan avanzaba con exactitud. Ahora solo era cuestión de tiempo. Amerlía estaba cada vez más cerca de donde la quería: en la palma de su mano.

SEIS

A

merlía despertó sobresaltada, atrapada otra vez en la misma pesadilla. Llevaba semanas repitiéndose. Siempre igual: los pulmones llenándose de agua, la luz desvaneciéndose, el cuerpo hundiéndose sin resistencia. Coincidía, sin excepción, con el inicio de su miedo al agua. Había intentado recordar qué ocurrió aquel día en la playa. No encontraba nada fuera de lo común. Solo un vacío.

Era domingo por la mañana. Dentro de poco llegarían Gabrielle y su tía Micaela, la pareja policial de su padre, para pasar el día en las tiendas del pueblo.

Ame se estiró y fue al baño. Mr. Ruffus la siguió con un maullido tenue, reclamando los mimos que siempre recibía al despertar. Ella se desnudó con lentitud y extendió la mano hacia la perilla de la regadera.

El agua comenzó a brotar. El pecho se le cerró. Hizo un esfuerzo consciente por no gritar ni romper a llorar, como había ocurrido cada vez durante las últimas tres semanas. Desde aquella tarde en la playa, el contacto con el agua desataba un pánico que no lograba controlar. Ni siquiera había llegado a mojarse ese día, pero el sonido de los truenos había bastado para paralizarla.

Entró en la regadera decidida a terminar rápido. Las lágrimas se mezclaron con el agua mientras los sollozos le sacudían el cuerpo. Sentía que el aire no le alcanzaba. Cerró la llave de golpe y salió casi

arrastrándose. Se tumbó en el tapete del baño, inmóvil durante unos segundos.

—Sirenilla, ¿cómo vas? —escuchó a Joseph desde la cocina —. Se te va a enfriar la comida.
—¡Ya voy! —respondió, con la voz quebrada.

Se incorporó, se limpió el rostro y se miró al espejo. Apretó los puños. Ya no estaba asustada ni triste. Estaba furiosa. No entendía cómo algo que había amado tanto se había convertido en una amenaza. Su padre le había contado que, de niña, había sufrido pesadillas y episodios de sonambulismo. Con terapia habían desaparecido. Ahora regresaban.

Se vistió y bajó las escaleras. Mr. Ruffus le pisaba los talones. —¿Por qué tardaste tanto? —preguntó Joseph, llevándose una rosquilla a la boca.
Ame se encogió de hombros y tomó una concha de chocolate de la charola. Le dio un mordisco generoso.
—Escuché que hay equipo de natación en tu escuela —dijo él—. ¿Te postulaste?
Amerlía dejó el pan sobre la mesa.
—Tengo que concentrarme en las materias. No tengo tiempo para eso.

Joseph asintió, sin convencerse. El cambio en su hija le resultaba raro. Antes no lograba sacarla del agua; ahora la evitaba.

El timbre sonó. Joseph fue a abrir. Micaela apareció en la puerta: alta, atlética, tatuajes visibles bajo la ropa. Detrás de ella, Gabrielle, pequeña, enfundada en prendas demasiado grandes. Ame se acercó de inmediato y la abrazó con fuerza.

—Hola, Micaela —saludó Joseph.

Ella le devolvió el abrazo. Él revolvió con cariño el cabello de Gabrielle, quien hizo una mueca y trató de acomodarlo. Ese gesto la

había acompañado desde la infancia; lo toleraba sin protestar.

Salieron de la casa. Amerlía giró la cabeza hacia los arbustos. Desde hacía días sentía que alguien la observaba, aunque nunca encontraba a nadie.

—¿Pasa algo? —preguntó Gabrielle.
—No... —dudó Ame, observando el movimiento del follaje —. Vamos.
Caminaban cuando Joseph preguntó a Micaela por su padre. La expresión de ella se ensombreció.
—No muy bien —respondió—. No creo que aguante mucho. Gabrielle respiró hondo. Joseph apoyó una mano en el hombro de Micaela, pero la retiró al notar la mirada de Amerlía.

Avanzaron en silencio por las calles del pueblo. El aire olía a pan, a césped recién cortado, a mar. El sonido de las olas llegaba amortiguado. A Ame, ese olor le seguía resultando familiar, casi reconfortante, aunque el miedo persistiera.

—Qué coincidencia.

La voz la recorrió como un escalofrío. Bastian se acercaba por el sendero. Llevaba una camisa blanca en V que marcaba su cuerpo y dejaba ver un collar con un tridente dorado. El pantalón de mezclilla le caía bajo, adornado con cadenas.

Joseph lo observó con recelo. Bastian sonrió.
—Mucho gusto. Soy Bastian.
Joseph le estrechó la mano, tenso.
—Joseph. Ella es Micaela.

Micaela sostuvo la mirada de Bastian con frialdad. Él inclinó la cabeza en saludo.

—¿Cómo se conocen? —preguntó Joseph, señalando a Ame. Bastian sonrió aún más.

—Vamos al mismo instituto. Soy el capitán del equipo de natación. He oído que Amerlía tiene talento. Debería unirse. Hay becas interesantes.

Joseph miró a su hija. Ame observaba el suelo.
—Lo hablaré con ella —respondió.
Bastian avanzó hasta quedar junto a Amerlía.
—Nos vemos —murmuró, apenas audible.
Luego siguió su camino hasta desaparecer.
—No me gusta nada —dijo Micaela.
—Es solo un muchacho —contestó Joseph.

Amerlía no dijo nada. Pero la sensación de ser observada no se fue.
L

as semanas pasaron y, desde la llegada de Bastian al instituto, todo parecía distinto. Algunas cosas, incluso, habían mejorado. Ninguna chica volvió a molestarla con comentarios o insinuaciones: estaban demasiado ocupadas siguiendo a Bastian hasta el área de la alberca para observar los entrenamientos. De forma casi milagrosa, todas las alumnas se inscribieron en natación como materia curricular.

Amerlía hizo lo contrario: eligió atletismo. Aún no entendía por qué. No era rápida, ni coordinada; pasaba más tiempo en el suelo que saltando obstáculos. Además, entrenaban al aire libre, lo que implicaba lidiar con la lluvia. Ya se estaba planteando cómo fingir resfriados o inventar excusas cuando llegara la temporada.

Bastian la buscaba cada vez que podía. Y ella, cada vez que lo veía acercarse, cambiaba de dirección. A veces ni siquiera hacía falta huir: bastaba con que él quedara solo un segundo para que un enjambre de chicas se le echara encima. Desde detrás de ese muro de cabezas, Bastian la veía alejarse hacia la biblioteca o el comedor, donde siempre terminaba refugiándose junto a Gabrielle.

En los pocos momentos libres que tenía, Amerlía intentaba entender su miedo al agua. Pensó que tal vez se trataba de algún trauma

olvidado, pero cada intento de recordar acababa igual: un dolor punzante en la cabeza y una sensación de vacío.

Ese día estaba en la cafetería, sentada con Gabrielle y otras tres chicas: Gema, fanática de los videojuegos; Gretel, devoradora de cómics; y Ginna, obsesionada con los dinosaurios.

Amerlía se sentía ligeramente fuera de lugar. Gabrielle y las otras formaban un grupo conocido como "las cuatro G", por la inicial de sus nombres. En los pasillos había escuchado que algunos alumnos las llamaban "las cuatro *Geeks*".

A Gabrielle no le hacía ninguna gracia. Cada vez que oía el apodo, repartía un coscorrón... o algo peor si encontraba qué lanzar. A Ame, en cambio, no le parecía tan grave. Le gustaba que fueran buenas en algo. Ella, por su parte, solo había sido buena nadando. Y ahora ni eso.

La carcajada de Gretel la sacó de sus pensamientos. —Entonces, ¿tú qué opinas, Amerlía? —preguntó.

Ame levantó la vista. Gretel se llevaba a la boca un trozo de chuleta.
—¿De qué? —dijo, desorientada.

—De Bastian —respondió—. ¿No te parece salido de un animé? Es perfecto. Voy a usarlo de referencia para un personaje.

—Yo creo que los niños se asustarían —bromeó Ame, logrando ensartar una salchicha en el tenedor.
—¿Por qué lo dices? —preguntó Gema, inclinándose para mirar hacia el otro extremo del comedor.

Bastian estaba allí, rodeado de chicas que lo observaban como si no existiera nadie más. Él solo prestaba atención a su comida. Amerlía bajó la mirada... y, sin querer, se encontró con la suya. La apartó de inmediato.

—No sé —dijo—. Hay algo en él que me incomoda. No sé qué es, pero me da miedo.
Gabrielle miró a Bastian de reojo. Victoria intentaba aferrarse a su brazo.

—Tienes razón —murmuró—. A mí tampoco me gusta. ¿No han visto documentales de criminales? Ese perfil del chico perfecto siempre termina siendo el psicópata.

Ame asintió. Las demás no parecían convencidas. Gabrielle se inclinó y le susurró al oído:
—¿Todavía te da miedo el agua?

Amerlía bajó la cabeza y asintió, avergonzada. Ya le había contado la verdad: que incluso en atletismo se sobresaltaba al sentir el sudor recorrerle la espalda. Si pasaban vacaciones juntas, no podría ocultarlo.

Gabrielle entrecerró los ojos, gesto que expresaba cuando pensaba. Luego la observó con atención. Desde que Bastian había mencionado las becas de natación, Joseph insistía todos los días en que cambiara de materia. Incluso la había amenazado: si no lo hacía la semana siguiente, se olvidaría de pasar las vacaciones con Gabrielle.

Ame levantó la vista justo cuando Bastian se levantaba de la mesa con sus libros para irse. Sintió una punzada de rabia. Si él no hubiera hablado con su padre, nada de esto estaría ocurriendo. Cada problema reciente parecía tener el mismo origen. Un solo nombre: Bastian.
—¿De verdad crees que es buena idea? —preguntó Amerlía.

E

staban en el jardín de su casa. Gabrielle sostenía una manguera gruesa y pesada que parecía demasiado grande para ella. Luchaba torpemente mientras sus lentes se le deslizaban por la nariz. La

escena tenía algo de cómico, y Ame sonrió a pesar de la tensión que le cerraba el pecho.

Bajó la mirada hacia su traje de baño negro, con olanes discretos. Se abrazó a sí misma.
—Si quieres vencer un miedo, primero tienes que enfrentarlo —dijo Gabrielle, caminando hacia la válvula. Ame comenzó a temblar. Cerró los ojos con fuerza cuando escuchó los pasos.
—¿Lista? —preguntó Gabrielle, con la mano ya sobre el grifo.

Amerlía negó, apretando los párpados. El agua empezó a correr. El sonido bastó. Gabrielle acercó la manguera y dejó caer el chorro sobre su cabeza. Amerlía se derrumbó sobre el césped. Se hizo bolita, gritando, llevándose las manos al cuello como si algo invisible la apretara.

Gabrielle reaccionó de inmediato. Apartó la manguera y la lanzó lejos. Se arrodilló junto a ella y la sujetó por los brazos.

—Tranquila, Ame. Estoy aquí. Estás a salvo.
Amerlía se aferró a ella con desesperación.
—¡No puedo, Gabrielle! ¡No puedo!

—¿Qué ves? —preguntó, conteniendo el temblor en la voz —. ¿Qué sientes?

—Todo está oscuro... —sollozó Ame—. No puedo respirar. El agua me quema la garganta. No puedo gritar. Veo unos ojos acercándose... tengo miedo.

Gabrielle la abrazó con más fuerza, cubriéndola con su propio cuerpo húmedo, dándole palmadas suaves en la espalda.

—Vamos a llegar al fondo de esto —susurró—. Te lo prometo.

Amerlía comprobó que no hubiera nadie alrededor y se acercó a la alberca. Había fracasado en todos los intentos por vencer el miedo.

Gabrielle insistía en que necesitaba descanso, que quizá los recuerdos de ese día en la playa volverían solos. Pero el tiempo no jugaba a su favor. Joseph estaba decidido a que regresara a natación. Si no lo hacía, podía olvidarse de las vacaciones con Gabrielle.

Ame no pensaba contarle la verdad. No quería preocuparlo. Mucho menos revivir la vigilancia constante de su infancia, las noches en las que él dormía a su lado por miedo a que se lastimara durante el sonambulismo. No iba a volver a eso. Además, roncaba como un oso.

Respiró hondo y entró a los vestidores. Se puso el leotardo azul marino, la gorra y los lentes. Caminó hasta el borde de la piscina. El agua reflejaba su rostro. Se inclinó y tocó la superficie con el dedo. Lo retiró de inmediato, el pulso desbocado. Giró sobre sí misma, a punto de salir corriendo... pero se detuvo.

—No puede ganarte —se dijo—. Eres más fuerte. Volvió al borde. Inhaló. Y saltó. El mundo se apagó.

Amerlía quedó inmóvil en el fondo. El sonido desapareció. La alberca dejó de existir. Estaba en el mar. El agua salada invadía su boca, le raspaba la garganta, le cerraba la voz. Intentó gritar. No salió nada. Se hundía, cada vez más.

Entonces los vio. Los ojos. Los mismos de sus pesadillas.

Bastian observó las burbujas extinguirse y no lo pensó. Se lanzó a la piscina. Sus miradas se cruzaron bajo el agua. El recuerdo golpeó a Amerlía con violencia. Bastian la sujetó por la cintura y nadó hacia la superficie. Ame tosió al recuperar el aire mientras él la sostenía contra su pecho y braceaba con el brazo libre. Salieron del agua y cayeron exhaustos sobre el piso frío.

—¿Estás bien? —preguntó él, aferrándole el brazo. Amerlía se soltó de golpe y se arrastró hacia atrás, jadeando.

—¡No te acerques! —gritó, levantando el brazo para detenerlo—. ¡Por favor, no te acerques!

Bastian se quedó inmóvil. La miró, pálido: *¿Está recordando? No puede ser. Nadie rompe un hechizo. Ningún humano. ¿Por qué me preocupa? ¿Por qué no puedo simplemente dejarla morir?*

Se incorporó de golpe y salió corriendo. Amerlía lo siguió con la mirada, temblando, hasta que desapareció.
No recordaba todo. Pero ya no tenía dudas. Lo que fuera que ocurrió aquel día en la playa... Bastian había estado ahí.
E

ra miércoles por la mañana cuando Gabrielle llamó a Amerlía. Lloraba. Entre palabras entrecortadas le contó que había recibido una carta de su familia: su abuelo Aka había fallecido. En su comunidad se celebraría la iniciación de Akona, junto con una conmemoración para despedirlo.

Al día siguiente, último de clases antes de las vacaciones, Ame acompañaba a Gabrielle, que seguía con los ojos hinchados. Caminaban hacia la biblioteca del instituto. Como examen final, les habían encargado investigar sobre mitología y entregar el trabajo a su regreso.

—¿Cómo se les ocurre dejar tarea en vacaciones? —se quejó Amerlía, hojeando libros de mitología escocesa.
Gabrielle apenas reaccionó. Asintió sin mirarla y respondió con la voz temblorosa:
—No puedo creer que tenga que ir a celebrar la iniciación de Akona mientras mi abuelo acaba de morir.

Habló más alto de lo debido. La encargada de la biblioteca les lanzó un *shhh* prolongado acompañado de gestos severos. Gabrielle siguió caminando sin reaccionar, algo poco habitual en ella.

—¿Una celebración? —preguntó Ame, sorprendida. —Sí. Nunca he estado en una iniciación, pero sé lo que significa.
—¿Cuándo tienes que ir? —insistió—. ¿Quieres que te acompañe?
Gabrielle levantó la mirada, con una chispa de esperanza, y se limpió la nariz con la manga del suéter café.
—¿De verdad vendrías conmigo?
—Claro —respondió Ame, rodeándola con los brazos—. Siempre estoy contigo, lo sabes.
Gabrielle asintió, más tranquila.
—Solo hay algo que me preocupa —dijo Ame, incorporándose y avanzando entre las estanterías.
—¿Qué? —preguntó Gabrielle, siguiéndola con pasos rápidos.
—Shhh… —susurraron ahora varios estudiantes desde las mesas cercanas.
—Lo siento —murmuró Gabrielle, sin dejar de seguirla. Ame ya había salido de la biblioteca y comenzaba a bajar las escaleras hacia el patio.
—¡Espérame! —protestó Gabrielle, alcanzándola jadeante. —Perdón —dijo Ame, al darse cuenta de que la había dejado atrás—. Pensé que venías conmigo.
—¿Qué te preocupa? —preguntó Gabrielle, olvidando el incidente.

—Se supone que no permiten gente ajena a la familia — respondió Ame—. Siempre me has dicho que su comunidad es muy reservada.

Gabrielle pensó unos segundos.

—Tú eres mi familia —dijo al fin—. Mi tía te considera como una hija. Nos conocemos desde los cuatro años. Además, no pueden decirme nada si están organizando una fiesta mientras mi abuelo acaba de morir.

La miró fijamente por unos segundos esperando alguna reacción.

—¿Cuándo es la iniciación? —preguntó Ame.
Gabrielle sonrió.

—El catorce de diciembre.
—¿En dos días? —exclamó Ame—. ¿Y qué me voy a poner?

—Eso es lo de menos —replicó Gabrielle—. Por favor, acompáñame.

Amerlía se encogió de hombros y asintió. Gabrielle dio un par de palmadas y saltó con entusiasmo, por primera vez desde la llamada.

—Ahora solo falta convencer a mi padre —dijo Ame, un poco preocupada.
—Déjamelo a mí —respondió Gabrielle, pasándole un brazo por los hombros.
Sonrieron juntas mientras se dirigían al comedor.
E

l día de la iniciación llegó más rápido de lo que Amerlía habría querido. Desde temprano, el nerviosismo se le había instalado en el cuerpo. Conocer al resto de la familia de Gabrielle le imponía más de lo que admitía. Temía decir algo fuera de lugar, equivocarse, no estar a la altura.

Gabrielle tuvo que suplicarle a Joseph para que las dejara ir. Casi hincarse. A cambio, prometió hacer todo lo posible para que Ame regresara a la natación. Le aseguró que se trataba de una excursión de unos días con compañeros del instituto, a unas cabañas para pasar las vacaciones. Joseph aceptó sin demasiadas preguntas. Pasaba la mayor parte del tiempo en la estación y no tenía margen para comprobar nada. Sabía que, si mencionaba que la comunidad estaba en dirección al llamado *Bosque de las Almas*, no habría permiso alguno.

Cuando Amerlía preguntó por el nombre, Gabrielle le explicó que, según la leyenda, quienes no pertenecían al clan solían perderse allí y no regresar jamás, quedando atrapados en el bosque para siempre.

Luego se apresuró a restarle importancia. Dijo que eran historias viejas, inventadas por los adultos para evitar que los jóvenes

provocaran incendios o destrozos. Aunque lo cierto — admitió con cautela— era que muchas personas habían desaparecido en ese lugar. Sobre todo niños y adolescentes.

Desayunaron ligero y salieron cerca de las once. Micaela pasó por ellas. Había visto a Gabrielle entrar y salir del bosque desde que era niña; confiaba en ella sin reservas.

—Si Joseph se entera de esto, me mata —comentó al bajar del auto.

Llevaba pantalones de cuero negro y una polo ajustada. En la cintura, una pistola pequeña. Parecía salida de una revista. Ame no pudo evitar pensarlo: Micaela debía ser el sueño de muchos.

Gabrielle rodó los ojos y subió al coche. Las tres habían compartido muchas locuras juntas, como la vez que escondieron un caimán huérfano en el sótano de Joseph durante meses, sin que él lo notara.

Gabrielle llevaba una bolsa atada a la cintura: bocadillos, agua, una navaja, cuerda y un pequeño botiquín. A Ame le pareció exagerado.

Tras recorrer montañas y lagos, Gabrielle le indicó a su tía que se detuviera en medio de la carretera. Micaela se orilló. Gabrielle bajó de inmediato. Amerlía se quedó inmóvil unos segundos.

—Vamos, Ame. Rápido —la apuró.
—Cuídense —dijo Micaela, con voz apagada—. Dile a Padre que... — no terminó la frase.
Abrazó a Gabrielle y se fue. Ame la siguió con la mirada hasta que desapareció.
—¿Por qué no viene con nosotras? —preguntó—. Es su padre.

—No sé las razones —respondió Gabrielle entre suspiros—, pero ella decidió irse sin más. Fue desterrada de la comunidad y no puede volver.

Amerlía miró alrededor. No había casas, ni cabañas, ni señal alguna.

—¿Seguro que es aquí?
—Confía en mí.

Gabrielle se internó por un camino de tierra al borde de la carretera. Ame la siguió. A medida que avanzaban, el ruido de los autos se apagó. La luz del mediodía se filtraba cada vez menos entre los árboles.

Las chicharras cantaban al unísono. El aire olía a musgo húmedo. Telarañas largas colgaban de las ramas, cargadas de rocío. El silbido lejano de un búho hizo que Ame se estremeciera.

—¿Y si hay víboras? —susurró—. Mejor regresemos. —¿Quieres volver? —preguntó Gabrielle.
Ame se giró. Ya no reconocía el camino.
—Mejor no —dijo, nerviosa.
—Falta poco.

Gabrielle bebió un sorbo de agua y le ofreció la cantimplora. Ame la aceptó agradecida, apoyándose en una piedra cubierta de musgo. Derramó un poco sobre su playera amarilla.

Siguieron descendiendo hasta que se encontraron frente a un árbol enorme, antiguo, cubierto de raíces largas y entrelazadas. Eran de un tono rojizo oscuro que Ame jamás había visto.

—Espera —dijo Gabrielle.

Sacó la navaja y se cortó la palma de la mano. Ame se llevó las manos al rostro. Gabrielle dejó caer la sangre sobre la tierra mientras murmuraba palabras incomprensibles. El suelo absorbió el líquido. Las raíces se iluminaron. Se movieron. Se abrieron. Una cavidad apareció ante ellas.

—Vamos.
Entraron. Las raíces volvieron a cerrarse tras ellas con un crujido profundo. El suelo vibró. Ame tropezó.

Dentro, el aire era caliente. El árbol parecía respirar. El viento agitaba su cabello. Gabrielle se vendó la mano con calma. Amerlía observó, sin palabras. El interior palpitaba.

—Sígueme.

Descendieron por un túnel formado por raíces que parecían escalones. Gabrielle encendió una linterna. Ame imitó el gesto con su teléfono. El ecosistema subterráneo se desplegó ante ellas: gusanos, ciempiés, caracoles, insectos adheridos a las paredes húmedas. Caminaron durante largo rato hasta que el espacio se abrió.

Amerlía alzó la vista. Un cielo oscuro, cubierto de luces enormes, en movimiento constante.
—¿Dónde estamos? —preguntó, sin poder apartar la mirada.

—Este lugar se llama Omega.
—¿Son estrellas?

—No. Luciérnagas. Aquí no hay sol ni energía. Ellas iluminan el camino.

Amerlía negó lentamente, abrumada.
—No lo intentes entender —dijo Gabrielle—. Solo mira. Ame asintió. Y siguió caminando.

P

asaron dos horas. Amerlía y Gabrielle avanzaban por un sendero rocoso, envueltas en una oscuridad casi total. Al principio, la falta de luz había puesto a Ame al borde del pánico; después de la primera hora, su cuerpo comenzó a adaptarse. Ya no tensaba los hombros a cada paso.

Giró la cabeza y distinguió pequeños hongos de un verde luminiscente que brillaban dispersos a lo largo del camino, como señales silenciosas. Ambas estaban cansadas. Se escuchaban cantos

lejanos de aves desconocidas y, entre ellos, el estómago de Ame protestó con un sonido seco. Hacía más de media hora que se habían terminado los bocadillos de Gabrielle, pero el hambre no cedía.

Ame había perdido la noción del tiempo. Apenas sentía los pies. Estuvo a punto de quejarse cuando escucharon el murmullo de un río, seguido del estruendo constante de una cascada.

—Ya estamos cerca —dijo Gabrielle, sonriendo.

Ese anuncio le devolvió algo de ánimo. Entraron en una cueva estrecha de piedra. Las paredes estaban cubiertas de musgo y finas raicillas. Ame iluminó con el teléfono y entonces las vio. Pinturas antiguas.

Las imágenes narraban una historia fragmentada. En un extremo, una figura humana en una canoa dialogaba con un ser gigantesco que emergía de lo que parecían nubes. Más adelante, la escena se volvía brutal: criaturas con aletas atacaban a humanos, los despedazaban, los decapitaban. De las heridas brotaba sangre que corría como un río rojo.

Ame tragó saliva. Pero una imagen la detuvo. En el centro del muro, una mujer pintada en dorado se alzaba sobre una roca. Su cabello largo cubría el rostro. Con los brazos extendidos, contenía un muro de agua que amenazaba con caer sobre un conjunto de pequeñas casas a su espalda.

Gabrielle se acercó y apoyó una mano en el hombro de Ame. —Es la diosa Ulani —dijo con una sonrisa suave. —¿Ulani? —repitió Ame, sin apartar la vista del mural.

—Está destinada a salvar a la humanidad —explicó Gabrielle—. Pero solo puede hacerlo si se conecta con los seis elementos. Es la única capaz de controlarlos.

—¿Salvarla de qué? —preguntó Ame—. ¿Y qué significa controlar los seis elementos?
—Cuando lleguemos, le pediré a Padre que te lo explique —respondió Gabrielle—. Él conoce la profecía.

—¿Profecía? —Ame frunció el ceño.
Gabrielle soltó una carcajada breve.

—Vamos, Ame. Si seguimos hablando aquí, no llegaremos nunca.
Y continuó avanzando por la cueva.
—¡Espérame! —llamó Ame, apresurándose tras ella.

Al final del túnel, el sonido de los tambores se hizo más claro. Se mezclaba con el rugido de la cascada. A Ame se le erizó la piel. Vio cómo Gabrielle corría directo hacia la cortina de agua. Ella se detuvo en seco. Gabrielle regresó al notar su vacilación.

—Ven —dijo—. Confía en mí.
—Sabes que el agua me da miedo —respondió Ame, con la voz tensa.

Gabrielle le tomó la muñeca.
—¿Confías en mí?

Ame levantó la mirada. Dudó apenas un instante antes de asentir.
—Entonces sígueme.

La jaló suavemente hacia la cascada. Ame cerró los ojos y avanzó. No sintió el golpe del agua. Abrió los ojos. El salto se había detenido, suspendido en el aire, inmóvil. El agua no caía. Ame extendió un dedo y tocó el líquido: estaba húmedo, frío... pero quieto.

Gabrielle la apuró y cruzaron juntas. En cuanto pasaron, la cascada retomó su curso con un estruendo. La luz las obligó a cerrar los ojos. Tardaron unos segundos en adaptarse. Cuando lo hicieron, Ame vio a dos hombres apostados a cada lado del camino, golpeando tambores con las manos desnudas. Tenían el torso descubierto, cubierto de

tatuajes negros con símbolos similares a los de Micaela. Vestían faldas de hojas verdes y coronas hechas con plumas y flores.

Ambos clavaron la mirada en Amerlía. Sus expresiones se endurecieron. Luego miraron a Gabrielle. La tensión se disipó. Una sonrisa casi imperceptible cruzó sus rostros. Los tambores no dejaron de sonar.

Siguieron el sendero de piedra y subieron una pequeña colina. Desde lo alto, Amerlía pudo ver el asentamiento. Eran casas de madera, bajas, dispuestas muy cerca unas de otras. Frente a ellas, el suelo formaba una gran esfera de piedra incrustada en la tierra, rodeando un símbolo de estrella blanca. Un círculo negro delineaba el astro, como si lo protegiera.

Ame sacó el teléfono por reflejo. La pantalla seguía encendida, pero no marcaba la hora. No había señal. *Joseph me va a matar*, pensó, aunque el cansancio pesaba más que la preocupación.

A lo lejos, un grupo de personas avanzaba hacia ellas. Los hombres vestían igual que los guardianes de los tambores: torso desnudo y faldas de hojas verdes. Las mujeres llevaban collares de flores y hojas que les cubrían el busto.

El que encabezaba al grupo era mayor. Su cabello platinado le caía hasta la espalda. Caminaba con dificultad, apoyándose en un bastón grueso de madera tallada con la figura de un venado coronado por grandes astas. Una capa blanca, bordada con símbolos, lo cubría casi por completo.

El anciano fijó la mirada en Gabrielle y sonrió. Ella juntó las manos, una sobre la otra, e inclinó la cabeza.
—Padre.
—Naná —respondió él, rodeándola con un abrazo cálido. Luego se apartó y dirigió su atención a Amerlía, que permanecía rígida, sin saber dónde poner los ojos.
—Padre —dijo Gabrielle—, ella es Amerlía, mi mejor amiga. Antes de

que el anciano pudiera responder, una voz iracunda rompió el aire.
—¿¡Cómo te atreves a traer a una extraña al campamento, Naná!?

Thariel, el hermano de Gabrielle, avanzó con furia. Era atlético, de piel aperlada, con ojos oscuros y penetrantes. El cabello negro y liso le caía como el de su hermana. Sus labios, delgados, estaban tensos por la rabia. Varios hombres lo sujetaron antes de que llegara más lejos.

—¡Es una falta de respeto para el gran Aka y para Akona! — vociferó, forcejeando—. ¡No puede estar aquí!

Se sacudía con fuerza, logrando zafarse por momentos. El anciano golpeó el suelo tres veces con el bastón. El sonido bastó. Thariel se detuvo de inmediato.

—Ella jamás me traicionará, Padre —dijo Gabrielle, dando un paso al frente.
El anciano levantó la mano, pidiéndole silencio, y se acercó a Amerlía.
—Amerlía —dijo—, ¿verdad?

Ame tragó saliva y asintió sin levantar del todo la mirada. Las manos le sudaban. Las frotó contra el pantalón, torpemente.
El anciano comenzó a rodearla despacio.

—Puedo confiar en que no revelarás nuestro paradero, ¿cierto?

Amerlía alzó la vista y sostuvo la mirada del jefe. —Tiene mi palabra, señor.

Un murmullo recorrió al grupo. Incluso Gabrielle se tensó. Nadie se dirigía así al gran jefe. El anciano soltó una carcajada profunda.

—Muy bien —dijo—. Bienvenida, Amerlía.
Se dio media vuelta.

—Pero, Padre... —insistió Thariel, incrédulo—. Es un peligro.

—Yo soy el jefe —respondió el anciano sin girarse—. Cualquier amiga de los nuestros es nuestra amiga. No quiero más disturbios. ¿Está claro?

Thariel apretó los dientes. Se liberó con brusquedad del último hombre que lo sujetaba, juntó las manos e inclinó la cabeza.

—Sí, Padre.
Luego se marchó. Antes de irse, lanzó a Amerlía una mirada cargada de ira.
L

os hombres habían partido al bosque para cazar. Amerlía observaba cómo las mujeres adornaban el asentamiento para los preparativos de la iniciación. Colocaban telas, símbolos y flores con movimientos precisos, casi ceremoniales. Los niños corrían y se perseguían entre las casas, riendo.

Ame, en cambio, no lograba apartar de su mente la mirada cargada de odio de Thariel. Había algo en él que la inquietaba profundamente. Le recordaba a Bastian. La misma rigidez, la misma violencia contenida. Si quería entender su miedo al agua —si quería volver a nadar—, necesitaba averiguar qué relación tenía él con su trauma.

Cuando Gabrielle se alejó para ayudar a una mujer con los objetos del ritual, Amerlía aprovechó para internarse en el bosque. Necesitaba despejar la cabeza.

Apenas avanzó unos metros, se encontró rodeada de mariposas gigantes, las más grandes que había visto jamás. Cubrían los troncos de los árboles como un manto vivo. El suelo estaba tapizado de musgo espeso que delineaba el sendero entre las raíces.

Siguió caminando hasta que el bosque se abrió frente a un lago de agua dulce, cristalina. El estanque estaba cubierto de enormes flores

de loto, tan altas que le llegaban al ombligo. Eran de un rosa intenso, casi irreal.

Amerlía se quedó inmóvil, contemplándolo. Entonces escuchó el crujido de unas ramas. El corazón le dio un vuelco. —¿Hola? —preguntó con la voz entrecortada—. ¿Hay alguien ahí? ¿Quién está ahí? Por favor… salga.

El silencio se tensó. Y entonces lo vio. Un zorro blanco emergió entre los troncos. Era distinto a cualquier animal que hubiera conocido: tenía nueve colas anilladas que se desplegaban tras él como un abanico. Sus ojos azules se clavaron en los de Ame. Ella avanzó despacio. El animal no se movió. Permaneció inmóvil, observándola.

Estaban a pocos pasos cuando una voz rompió el momento. —Ame… —llamó Gabrielle—. ¿Estás aquí?

El zorro reaccionó al instante. Echó a correr y desapareció entre los árboles antes de que Ame pudiera decir una palabra.

—Sí, aquí estoy —respondió, volviéndose hacia su amiga. Gabrielle llegó hasta ella con el ceño fruncido.

—¿Qué haces aquí sola? —dijo—. Es peligroso. Los animales y las plantas aquí no son como afuera. El bosque no es un juego. Ya va a comenzar la iniciación. Vamos.

Le tomó el brazo y la condujo de regreso. Ame volteó un par de veces, buscando algún rastro del zorro de ojos azules. No encontró nada.

La comunidad ya estaba reunida. Los integrantes se encontraban sentados sobre tapetes de piel dispuestos alrededor de la figura de estrella. Padre ocupaba el centro. El anciano levantó la vista al verlas llegar y le hizo una seña a Thariel para que se moviera y les cediera espacio. Él obedeció, tenso.

—Como saben —comenzó el jefe—, hoy tenemos una invitada de honor. Amerlía, nueva entre nosotros. Antes de iniciar, quiero darle la bienvenida formal a nuestro clan.

Las miradas se posaron en ella. Aplausos, silbidos y comentarios cruzaron el círculo. Ame se removió incómoda y bajó la vista, fijándola en la fogata encendida en el centro de la estrella.

—Cuéntale nuestra historia, Padre —pidió un niño desde el regazo de su madre.
—Sí, cuéntala —añadió una joven de trenzas largas—. Nunca me canso de escucharla.

El anciano sonrió y miró a Amerlía.
—¿Te gustaría oírla?

Ame recorrió el círculo con la mirada. Todos la observaban con expectación. Todos, excepto Thariel. Asintió.

El murmullo cesó. El jefe sacó de una pequeña bolsa de terciopelo un puñado de polvos multicolores y los arrojó al fuego. Las llamas se alzaron. De ellas comenzaron a surgir figuras de luz, danzando en el aire.

La historia estaba a punto de comenzar.
—Antes de que el mundo aprendiera a dividirse —comenzó el jefe—, cuando la tierra y el mar aún compartían el mismo aliento, los hombres vivían bajo la mirada de los dioses. No eran justos, pero eran protegidos. Y esa protección, con el tiempo, se volvió permiso.

El fuego osciló, proyectando sombras largas.

—Hubo uno entre los dioses que observaba en silencio. Y al hacerlo vio algo que los demás eligieron ignorar: que los hombres, aun amparados, podían ser crueles; que tomaban más de lo que necesitaban y llamaban derecho a lo que era abuso; que se adoraban

a sí mismos con la misma devoción con la que devastaban lo que no comprendían.

Nadie habló.

—Cuando ese dios lo dijo en voz alta, no lo contradijeron. Lo apartaron. No por mentir, sino por señalar aquello que sostenía el orden. Fue arrojado a la profundidad, lejos de la luz. Y en la oscuridad, su claridad se volvió amargura.

Las llamas crujieron.

—Desde el destierro volvió al mundo de los hombres. No con ejércitos, sino con palabras. Rescató del mar a un hombre que solo confiaba en su propio reflejo. Bello, admirado, vacío. Le prometió que jamás volvería a hundirse, que su forma no se marchitaría ni sería olvidada. El hombre aceptó sin dudar. No por lealtad, sino porque no sabía amar nada que no fuera a sí mismo.

Un murmullo recorrió el círculo.
—Luego buscó a una mujer cuya mirada nadie podía sostener. Su cabellera no reposaba: se deslizaba, viva, en un murmullo de escamas. Serpientes atentas, enlazadas a su pensamiento, se alzaban y se replegaban como si el mundo a su alrededor fuera una amenaza constante. Había sido marcada por el mar, algo que ella no eligió... y castigada por ello. No necesitó promesas. Su rencor ya estaba despierto.

Amerlía sintió un frío en la nuca.

—De esos pactos nacieron criaturas del mar. Bellas hasta desarmar la voluntad. Su voz atraía, su presencia detenía el cuerpo. Quien se quedaba demasiado tiempo bajo su mirada perdía el movimiento, el juicio… y la vida. Máquinas de matar que no conocían la culpa ni la piedad. No deseaban ser humanos ni convivir con ellos. Solo reconocían su propia forma.

—¿Monstruos? —susurró Amerlía.
El jefe negó con la cabeza.
—Sirenas y tritones.
El silencio se volvió espeso.

—Durante siglos, las costas quedaron vacías. Los niños desaparecían atraídos por cantos que prometían maravillas. Los padres aprendieron a cubrir oídos y ojos, a vivir sin mirar de frente aquello que más deseaban. No era cacería por hambre. Para ellos, era corrección. El mundo reclamando equilibrio.

Amerlía apretó los labios.
—Con el tiempo, algunos humanos dejaron de caer en el encanto. Y al hacerlo, respondieron con miedo. Envenenaron aguas. Arrasaron playas y ahuyentaron de ellas toda vida marina. No por maldad… por supervivencia.

El jefe suspiró.

—Algunos soberanos del océano dudaron. Buscaron a Primer Padre Drakyr, un hombre que aún creía que el mundo podía sostenerse sin exterminio. Él les ofreció un elixir: ocultar su verdadera forma, caminar entre los humanos sin ser reconocidos, con la condición de la paz.

Levantó la vista lentamente.
—Pero quien aprende a ocultarse aprende también a cazar mejor.
El fuego iluminó su rostro con dureza.

—La traición fue total. Aldeas enteras desaparecieron. Y cuando asesinaron a la compañera de Primer Padre, el último intento de equilibrio se quebró. Él huyó con sus hijos, pactó con la tierra refugio a cambio de cuidado… pero el dolor lo venció. Maldijo a los dioses que habían mirado hacia otro lado y se arrojó al vacío.

Un niño contuvo el aliento.

—Entonces, los dioses intervinieron. Arrojaron sobre nuestro linaje un don: la capacidad de ver más allá del disfraz, de no quedar atrapados por la voz ni la forma, de reconocer el olor del mar bajo la piel ajena.

El jefe se irguió.
—Serían pocos. Siempre siete. Uno por cada linaje Drakyr.

Cuando uno de los nuestros cae, otro despierta.
Su voz se volvió más grave.
—Nosotros descendemos de Akahata.
Algunos inclinaron la cabeza.

—Y ahora que Padre Aka ha muerto, Akona será quien reciba el Don.

Un niño sonrió, inquieto.
—Padre… ¿y la profecía?

El anciano abrió la boca, pero una figura emergió de las sombras y le habló al oído. Asintió despacio.
—Después —dijo—. La iniciación está por comenzar.
A

merlía y Gabrielle se internaron en el bosque, seguidas por el resto de la comunidad. Caminaron unos veinte minutos entre árboles cerrados y senderos húmedos hasta que el terreno se abrió en un claro natural.

Allí se encontraban los manantiales. Eran cuatro en total, de distintos tamaños. En el centro, el más grande rodeaba una explanada de piedra que permitía avanzar sin mojarse los pies. Frente a ella se alzaba una mesa tallada, colocada ante lo que parecía un altar. Figuras de alebrijes, esculpidas en madera, custodiaban el lugar.

Sobre la mesa reposaba un hombre mayor. Estaba cubierto de flores, con los brazos cruzados sobre el abdomen, inmóvil.

Amerlía se acercó a Gabrielle.
—¿Gabrielle…?
La joven alzó la vista. Tenía los ojos enrojecidos. —Perdón… —murmuró Ame—. ¿Él es…?
—Es nuestro abuelo.

La respuesta no vino de Gabrielle. Thariel caminaba justo detrás de ellas. Al pasar, le dio un leve empujón en el hombro a Amerlía para abrirse paso. Ella guardó silencio, avergonzada, sin saber qué decir. Se detuvieron.

El jefe del clan levantó los brazos y comenzó a hablar. Su voz grave cortó la incomodidad y atrajo la atención de todos. —Antes de iniciar la ceremonia, los hombres de la tribu danzarán para honrar a Padre Aka.

Las mujeres se sentaron en el suelo. Amerlía permaneció de pie unos segundos más, hasta que alguien tiró suavemente de su playera. Giró, sobresaltada. Todas las mujeres ya estaban sentadas. Imitó el gesto con torpeza.

Ocho integrantes de la comunidad avanzaron hacia el centro. Comenzaron una danza ritual, acompañada de palabras antiguas y movimientos precisos alrededor del cuerpo de Aka. Akona, el elegido para la iniciación, lideraba el baile. Amerlía observó, sobrecogida. Cada paso parecía medido, cargado de peso.

Al finalizar, Akona se acercó a la mesa de piedra donde reposaba el hombre inerte. Padre se dirigió hacia ellos y comenzó a agitar un palo santo, esparciendo el humo entre ambos cuerpos. Luego acercó un balde de madera. Dentro se retorcían ocho criaturas grandes, parecidas a sanguijuelas negras.

Las tomó con la mano y las colocó sobre el cuerpo de Akona. Las criaturas se aferraron al instante. La sangre comenzó a fluir. A medida que lo hacía, tatuajes negros emergieron en la piel del

iniciado: figuras, símbolos, animales. Cuando terminó el ritual, las sanguijuelas habían cambiado de color, tornándose verdosas.

Akona avanzó hacia la multitud y se plantó en el centro. La tribu estalló en aplausos y gritos. Después regresaron al patio donde se alzaba la estrella. Esta vez, el lugar estaba dispuesto para el convivio. Mesas cubiertas de comida ocupaban el espacio. Había sardinas, truchas y otros pescados. Amerlía hizo una mueca involuntaria.

—Hola, ¿no piensas comer?
Thariel se detuvo frente a ella con un plato rebosante.

—No… gracias. No me gusta el pescado —respondió Ame, incómoda, acomodándose el cabello.

—¿Por qué?
—No lo sé —dijo—. Nunca me ha gustado.

Thariel la observó con atención por primera vez. Su expresión cambió.
—Yo… —dudó, rascándose la cabeza—. Solo quería disculparme.
Amerlía alzó la vista.
—Me comporté como una bestia —continuó—. Estaba sensible por lo de mi abuelo. Espero que lo entiendas. —Sí. No te preocupes —respondió ella, esforzándose por no mirar el plato—. Lo entiendo.

—Espero que podamos ser amigos —dijo Thariel, sonriendo. Sus ojos se entrecerraron, revelando una expresión más abierta.

—Claro —contestó Amerlía, devolviéndole la sonrisa. —Entonces veré si hay algo más —añadió—. ¿Te gustan las verduras, verdad?

—Sí —rió Ame, un poco apenada—. Mucho.
—Perfecto. Ahora vuelvo.

Thariel se alejó hacia las mesas, y Amerlía se quedó observando el lugar, todavía con el pulso alterado por lo que acababa de presenciar.

A

merlía escuchó un sonido a lo lejos. No supo por qué, pero la atrajo de inmediato, como un imán. Alzó la cabeza y miró alrededor. Nadie parecía haberlo notado. Las risas y las voces de la comunidad seguían intactas, ajenas.

Thariel, con un plato de setas, nueces y zanahorias, había sido interceptado por una joven de la tribu que intentaba entablar conversación. Amerlía no dudó. Se alejó del grupo y se internó en el bosque, siguiendo aquel llamado invisible.

Caminó durante varios minutos. La aldea quedó atrás, aunque aún alcanzaba a oír, cada vez más débiles, los festejos de la iniciación. El ambiente cambió poco a poco. El bosque se volvió más seco, más oscuro. El aire era pesado. Entonces la vio. Una cabaña deteriorada, casi devorada por la vegetación. El sonido provenía de ahí.

Se acercó a la puerta. Estaba cerrada con candado. Rodeó la construcción hasta distinguir una ventana alta. El llamado volvió a resonar, más claro. No eran palabras. Era algo parecido al eco de un delfín o una ballena. No lo entendía, pero sabía, con una certeza inquietante, que alguien necesitaba ayuda.

Buscó en el suelo cualquier objeto que pudiera servirle. Se hincó entre hojas húmedas, ramas y musgo. Algo áspero y punzante rozó su mano. Era una piedra. La lanzó contra la ventana. El vidrio estalló con un ruido seco. *¿Qué estoy haciendo?,* pensó. Pero ya no había vuelta atrás.

Trepándose a la pared de madera, alcanzó la ventana. Con cuidado, empujó los fragmentos restantes y se deslizó al interior.

La habitación era espeluznante. Arpones. Cuchillos de gran tamaño. Trampas metálicas. Jaulas. Armazones oxidados. En frascos de vidrio descansaban partes de animales: peces que Amerlía jamás había visto, órganos conservados, restos disecados. Libros escritos en

lenguas antiguas cubrían estantes torcidos. Tomó uno, pero lo soltó de inmediato cuando una araña salió de entre las páginas. Se apartó, respirando rápido.

Avanzó hacia otra sección. Estuvo a punto de tocar algo parecido a dientes de tiburón cuando el sonido volvió, más intenso. Provenía de abajo.

Descendió con cautela por unas escaleras estrechas. En la planta baja, distinguió una enorme pecera cubierta con una tela negra. Desde arriba colgaban cadenas gruesas que sujetaban dos brazos que sobresalían del agua. Se movían, forcejeando.

Amerlía se acercó. Extendió la mano para retirar la tela. Un gruñido agudo la hizo retroceder de golpe. Antes de que pudiera reaccionar, voces irrumpieron desde el bosque.

—¡Ame! ¡Ame!
Miró por una pequeña rendija. A lo lejos brillaban las antorchas. La tribu la estaba buscando.

Se volvió hacia la habitación, sobresaltada. Afuera ya estaba oscureciendo. No se dio cuenta de cuánto tiempo había pasado allí dentro, pero era suficiente para que la echaran en falta.

No podían encontrarla allí. Rápidamente subió por la escalera, se impulsó por la ventana rota y cayó al exterior. Corrió sin mirar atrás, siguiendo las voces hasta que distinguió a Gabrielle.

—¡Aquí está! ¡Ya la encontré! —gritó Gabrielle para detener la búsqueda.
Los demás se acercaron poco a poco. Amerlía sintió el calor subirle al rostro.
—¿Dónde estabas? —preguntó Gabrielle, alterada—. Te buscamos por todas partes. ¿Qué te pasó? ¡Estás sangrando! Ame miró su mano. La herida comenzaba a arder. Algún fragmento de vidrio debió cortarla al salir.

—Me piqué con una rama —mintió—. Fui a explorar y me perdí. Lo siento.
Gabrielle frunció el ceño, molesta, pero sacó un vendaje de su bolsa y le envolvió el brazo con cuidado. Luego la abrazó. —Lo importante es que estás a salvo.

Amerlía asintió. Caminaron juntas de regreso al pueblo. Gabrielle la sostuvo con firmeza, como si temiera que desapareciera otra vez.

Ame no dejó de pensar en la cabaña. En las armas. En la pecera. En aquello que se movía encadenado bajo la tela. Y una pregunta no dejó de martillarle la cabeza mientras avanzaban entre los árboles: ¿De verdad estaban a salvo allí?

A

merlía yacía sobre el suelo, cubierta con mantas, en la casa de Gabrielle. El techo de madera crujía suavemente con el viento nocturno, pero ella no lograba conciliar el sueño. Las imágenes regresaban una y otra vez. La cabaña. Las armas. La pecera.

—Algo ocultan —pensó—. Si no, ¿por qué merodean tanto ese lugar? Los he visto ir y venir una y otra vez.

Un nudo le cerró el estómago.
—Estoy segura de que vi unos brazos. ¿Tendrán un rehén?

Se giró, inquieta, buscando una posición cómoda. Fue inútil. El presentimiento no cedía. No quería regresar jamás a ese sitio. Poco a poco, el cansancio venció a la inquietud y sus párpados se cerraron. Entonces escuchó la voz. Tenue. Persistente. Mezclada con el murmullo de la brisa.

—Marina… Marina… Marina…

Amerlía despertó sobresaltada. Estaba en el bosque. La noche había caído por completo. Solo se oía el viento entre los árboles. Llevaba

puesto el pijama lila de Gabrielle, enorme para su cuerpo.

—¿Cómo llegué aquí…? —murmuró, girando sobre sí misma —. Estoy sola…
—Llegaste caminando —respondió una voz desde las sombras.
Amerlía dio un salto. Tomó una rama del suelo y la empuñó con torpeza.
—¿Quién dijo eso? —preguntó, con la voz temblorosa—. ¿Hola?
—Aquí abajo. Detrás de ti.

Giró lentamente. El zorro blanco de nueve colas la observaba desde el suelo. Sus ojos, de un azul eléctrico imposible, parecían brillar en la oscuridad. Era difícil apartar la mirada. Amerlía se quedó paralizada un segundo… y luego intentó huir.

—No tengas miedo —dijo el animal—. Quiero ayudarte.

—¿¡Ayudarme!? —exclamó ella, alterada—. No necesito ayuda. Bueno… tal vez un psicólogo. ¡Me estoy volviendo loca! —se llevó las manos a la cabeza—. No puedo creer que esté hablando con un animal.

—Perdón —respondió el zorro, enderezándose con orgullo —. Soy un alquimista. No un animal.
—¿Un alqui… qué? —balbuceó Amerlía.

El zorro se cubrió con sus colas, que se transformaron en una túnica blanca. Su forma cambió con rapidez. Frente a ella apareció un hombre calvo y albino, de ojos azul eléctrico y cejas blancas, desordenadas. Sonreía, divertido por su reacción.

—Tú… tú… eras… y ahora… —Amerlía no logró terminar la frase.
—Un alquimista —repitió—. Como tú eres una sirena. Se inclinó para recoger unas piedras y las lanzó sin interés, como si acabara de decir algo trivial.

—¿Cómo me llamaste? —preguntó ella, incrédula. —Sirena.
Amerlía se quedó quieta. Luego soltó una risa nerviosa.

—Estoy soñando —se dijo—. Claro que sí. ¿Yo, una sirena? No existen. Además, le tengo miedo al agua. Solo sigue el sueño… ya despertarás.

—Te sentiste atraída por la cabaña —continuó él—. Escuchaste la voz. Te llamó. Algo que no supiste explicar. Caminó hacia el río.
—¿A dónde vas? —Amerlía lo siguió—. ¿Cómo sabes lo de la cabaña? ¿Me viste?

Tropezó con una piedra.
—Te hemos estado esperando todos estos años.
—¿A mí?
—Sí. Siéntate.

El alquimista se sentó en el suelo. Amerlía lo imitó a regañadientes. Él sacó de su túnica un anillo con el símbolo de una estrella, igual al de la tribu de Gabrielle.

—Es tuyo.

Le tomó la muñeca y lo colocó en el índice de su mano derecha. Amerlía lo observó de cerca. Estaba cubierto de símbolos desconocidos.

—¿Qué es esto?

—Un Alquinian. Solo existen siete. Cada uno pertenece a un alquimista. He decidido darte el mío. Te permitirá cambiar de forma… humana o sirena, según lo necesites.

La observó con atención.
—Métete al agua.
Amerlía se puso de pie, nerviosa. Avanzó hacia el río. —No puedo —susurró—. Me da miedo.

—Pamplinas —resopló él—. Ninguna sirena teme al agua. Es como respirar. Entra.
—¡Pero soy humana! —gritó—. ¿Cuándo voy a despertar? El alquimista suspiró, impaciente. Sujetó su muñeca y giró el anillo hacia el símbolo del agua.
—Eso te ayudará. No sufrirás.

Amerlía, temblorosa, se quitó la ropa y entró al estanque. El agua se iluminó de un azul eléctrico. El miedo desapareció. Los recuerdos regresaron.

Las olas la envolvieron y, al disiparse, Amerlía se encontró reflejada en el lago: cabello rojizo y ondulado hasta la cintura, piel clara cubierta de escamas color jade, ojos ámbar brillantes. Una cola gris de más de metro y medio emergió del agua y se agitó con fuerza. Alzó la vista, aterrada.

—No es casualidad —dijo el alquimista—. Hablar con animales. Entenderlos. Amar el mar. Las sirenas son guardianas por naturaleza. ¿Nunca sentiste la necesidad de volver al océano?

Amerlía asintió sin pensarlo.
—¿Soy la única en mi familia?
—No —respondió él—. Es imposible.
—¿Entonces mis padres… no son mis padres?
Las lágrimas brotaron.
—Lo siento —dijo el alquimista, bajando la mirada. —¿Qué dirán cuando sepan que soy una sirena…?

—No puedes decírselo a nadie. Pondrías en riesgo tu vida y la de los tuyos.
—¿Hay más como yo? —preguntó, de pronto.
El alquimista asintió. Todo encajó. Bastian. La cueva. La memoria perdida. El miedo al mar.
—Tienes que irte —advirtió—. Este no es un lugar seguro. Los aldeanos son peligrosos.

—¿Por qué?
—Vuelve a la cabaña. Mira la pecera. Lo entenderás. —¿Pero no dijiste que era peligroso…?
El alquimista había desaparecido.

Amerlía observó el anillo. Giró el símbolo. La cola se desvaneció y sus piernas regresaron. Salió del agua, se vistió y respiró hondo.

No estaba sola. Gabrielle la observaba, horrorizada, desde detrás de un árbol.
A
merlía llevaba una semana entera con los Drakyr y aún no se atrevía a regresar a la cabaña. Lo que había visto allí la perseguía incluso despierta.

La mañana posterior a su encuentro con el alquimista se había desperezado convencida de que todo había sido un sueño extraño, demasiado vívido. Pero al incorporarse, lo primero que vio fue el anillo en su dedo. Frío. Real.

Gabrielle no había vuelto a aparecer desde aquella noche. Padre, el jefe de la tribu, explicó que la muerte del abuelo la había sumido en una depresión profunda y que, por ahora, no quería ver a nadie. Amerlía aceptó la explicación, aunque algo en su interior no terminaba de encajar.

Sin Gabrielle, pasó más tiempo con Thariel. Descubrió que no era el cretino que había imaginado. Era distinto a su hermana: más torpe, más ligero, incluso gracioso. No tenía su agudeza, pero sí una fuerza descomunal y una rapidez sorprendente. La invitó a observar los entrenamientos de combate. Allí los miembros del clan rompían madera y piedra con las piernas, practicaban con lanzas y espadas. Ame se sentía incómoda. Aquello le recordaba, sin descanso, que ellos eran enemigos naturales de su especie.

Cada vez que decidía que esa noche volvería a la cabaña para ver qué había realmente en la pecera, algo lo impedía. Los aldeanos

organizaban patrullas nocturnas. Y siempre, cuando el sol caía, se oía el lamento de aquella criatura. Un sonido desesperado que le atravesaba el pecho. No sabía por qué, pero cada vez que lo escuchaba sentía el corazón desgarrarse.

Desde que se había transformado en el lago, el cuerpo le exigía agua. La piel le ardía, se le tensaba, como si fuera a quebrarse. Con luna llena era peor. En aquella aldea, la luna parecía no irse nunca.

Ahora comprendía muchas cosas. Por qué amaba la naturaleza. Por qué nadar había sido siempre su refugio. Por qué detestaba el pescado. La idea de comerlo le resultaba insoportable. *Canibalismo*, pensó. Si era una sirena, los peces debían de ser, de algún modo, familia.

Las preguntas se acumulaban. ¿Quiénes eran sus verdaderos padres? ¿Por qué la habían abandonado? ¿ Joseph y su madre sabían la verdad? ¿Quiénes la habían estado esperando durante años? ¿Por qué?

Necesitaba volver a casa. Pero no tenía el valor de hacerlo sola. Ni el coraje de enfrentar lo que pudiera descubrir. Aun así, la curiosidad pesaba más que el miedo. Esa noche volvería a la cabaña.

El día transcurrió rápido. Lo pasó con Thariel y la comunidad. Le enseñaron a tejer collares y coronas con flores silvestres. Asistió a las clases de los niños del clan, donde hablaron sobre hongos mutantes: sus puntos débiles, sus toxinas, cuáles eran carnívoros y cuáles venenosos.

Después presenció una práctica de control animal. Grandes jaulas contenían criaturas enormes, una mezcla grotesca entre avestruz y dinosaurio. Los llamaban *Moa*. Eran gigantescos, peludos, del tamaño de un elefante adulto. Rápidos. Letales. Con patas gruesas y picos en forma de gancho.

Amerlía observó, asombrada, cómo los niños los dominaban. Algunos se lanzaban sobre sus lomos, otros los inmovilizaban con sogas. Los más astutos simplemente colocaban comida dentro de las trampas y esperaban.

Thariel se acercó a ella. Ame estaba sentada en una pequeña barda de piedra, ausente. Los niños se habían ido al bosque a buscar *Zonombus*, una variante de girasol negro cuyo polen inducía el sueño. Pensó, con amargura, que quizá eso podría ayudarla a descansar. Llevaba noches sin dormir.

Thariel le dio un leve codazo. Ella parpadeó y volvió en sí. Él le tendió una taza de café y se sentó a su lado. A lo lejos se oían los golpes de las bestias contra las rejas.

—No te preocupes —dijo él, sonriendo—. Las van a liberar. Bebió un sorbo. Ame lo imitó.
—Te noto distraída —añadió—. ¿Estás bien?

No lo estaba. No sabía quién era. Estaba triste. Enojada con Joseph. Con el alquimista. Con ella misma. Suspiró, conteniendo las lágrimas.

—Estoy preocupada por Gabrielle —dijo al fin—. Tiende a guardarse todo. Eso puede volverla impulsiva.
No era mentira.
—Entonces no son tan distintas —respondió Thariel, encogiéndose de hombros.

Amerlía lo miró en silencio. No lo contradijo. Tenía razón. No podía confiar en nadie. Mucho menos en Bastian o en sus aliados. Habían intentado matarla una vez.

—Sabes que puedes contar conmigo —dijo Thariel, tomándole la mano.
Ella la retiró de inmediato. Él fingió no notarlo.
—Lo sé —respondió Ame—. Pero ahora no quiero hablar de eso.

Thariel asintió, dándole un empujón ligero, casi infantil. —Thariel…
—¿Sí?
Amerlía dudó un segundo.
—¿Qué hay en la cabaña del bosque?

El chico escupió parte del café, sobresaltado. La miró, nervioso.
—Nadie lo sabe —dijo—. Solo los iniciados pueden entrar. No preguntes eso en la aldea. Es un secreto.
—Entonces, ¿cómo sabes que existe?
—Seguí una vez a Akona —admitió—. No entré, pero… me intrigaba.

Amerlía cruzó los brazos.
—Si supieras que no soy quien crees… ¿qué harías?

Thariel la observó. El viento agitaba el cabello rojo de Ame. Levantó la mano para apartarle un mechón, pero se detuvo antes de tocarla. Se aclaró la garganta.

—Nada cambiaría —dijo—. No te preocupes por eso.

Amerlía sonrió, apenas. Ambos quedaron sentados en silencio, acompañándose sin palabras, mientras el bosque comenzaba a oscurecer. Y la noche se acercaba.

E

sa noche, para sorpresa de Amerlía, no había nadie patrullando. Desde la ventana de la recámara no se veía el brillo de una sola antorcha. La oscuridad era limpia, casi demasiado. Pensó que era su oportunidad.

Esta vez no iría a ciegas. Metió en una mochila pequeña una antorcha, fósforos, vendajes, una cuerda y una navaja corta, por si se topaba con algún depredador. Luego observó la casa de Gabrielle, con sus dos cuartos.

En el primero dormía Gabrielle… o debería. Ahora lo ocupaba solo Amerlía. Su amiga seguía ausente. En el segundo, los ronquidos de Thariel llenaban el silencio. Dormía profundamente.

Gabrielle le había contado que perdieron a sus padres cuando ella tenía apenas dos años. Les dijeron que habían sido atacados por animales salvajes. Akona, el mayor, se hizo cargo de ellos, aunque ya tenía su propia casa.

Ame miró a Thariel, boca abajo, inmóvil. No parecía que fuera a despertar. Caminó de puntillas y salió de la vivienda.

El lamento volvió a guiarla. Ese sonido desesperado la arrastraba hacia el bosque con una precisión cruel. Entre más avanzaba, más claro se volvía. Cuando se internó lo suficiente, encendió la antorcha.

El corazón le golpeaba las costillas. La adrenalina le tensaba los dedos. La cabaña apareció entre los árboles: demacrada, torcida, como si el bosque intentara tragársela. La ventana seguía rota. Amerlía apagó la antorcha, la aseguró en la mochila y trepó por la pared de madera. Con cuidado, se deslizó y cayó dentro.

Todo seguía igual. El libro que había soltado la vez anterior seguía tirado en el suelo. Lo recogió, lo abrió con rapidez. Ilustraciones de monstruos marinos. Sin pensarlo, lo guardó en la mochila. El lamento volvió a escucharse.

Bajó las escaleras sin hacer ruido. La pecera ocupaba casi toda la planta baja, enorme. Se acercó despacio, atraída por el peso oscuro que dominaba el lugar. Entonces sonaron cadenas. Pesadas. Arrastrándose. Un golpe seco, como uñas rascando una puerta. Amerlía se detuvo.

—¿Dónde está esa asquerosa criatura? —preguntó una voz masculina, áspera, desconocida.
—En el tanque —respondió Padre.

La puerta de madera se abrió de golpe. Amerlía miró alrededor, buscando dónde esconderse. Los estantes pegados a las paredes no servían. En la parte trasera, frente a la pecera, había un piano viejo usado como repisa: libros, objetos, un florero con ramas secas. No estaba pegado del todo a la pared; dejaba un hueco estrecho.

Ame se metió detrás sin pensarlo. Escuchó pasos. Cuatro, quizá cinco. Reconoció a Padre por el golpeteo de su bastón. —Padre Abazor, aquí está esa escoria —dijo otra voz, también áspera, pero conocida.

Amerlía asomó apenas la cabeza. Padre estaba ahí. Frente a él, un hombre muy alto, encorvado, de espaldas. Akona, el hermano mayor de Gabrielle, permanecía cerca. A un lado, los dos hombres robustos que Ame había visto con los tambores el día de la llegada.

Padre avanzó hacia el piano. Amerlía se tapó la boca con ambas manos para no gritar. Pero antes de llegar, el anciano encendió un interruptor. La luz inundó la planta baja. Ame soltó el aire que no sabía que estaba reteniendo. Padre se dio la vuelta y regresó junto al hombre alto.

—Te doy el honor, Abazor.
El hombre gruñó y caminó hacia el tanque. De un tirón arrancó la tela negra. Amerlía se quedó helada.

Dentro había una sirena. Hermosa, furiosa, encadenada al techo por grilletes gruesos. Su piel era pálida. Las escamas, blancas. Se parecía a Bastian y a su amigo, como si compartieran la misma sangre. Su cola, verde esmeralda, parecía un faldón corto con membranas finas, como de medusa. El cabello era blanquecino… hasta que vio las manos del hombre acercándose. Entonces, como si la luz la atravesara, se tornó dorado.

—¡Suéltenme! —chilló, forcejeando.
Abazor la sujetó sin esfuerzo y la arrancó del agua.

—Vas a decirme qué está pasando con los niños —gruñó, apretándole la cabeza con odio—. ¿Para qué los quieren? —No sé dónde están —jadeó ella—. Ya se los dije. Por favor. —Sé que su especie planea algo —escupió Abazor—. No temen a los dioses. Son una vergüenza.
La abofeteó. La sirena gritó.
—Por favor —sollozó—. Nosotros también queremos saber qué pasa. Créeme.

Dejó caer la cabeza, vencida.
—¿Dónde la encontraron? —preguntó uno de los hermanos.

—En el Ártico —respondió Abazor, jalándola del cabello—. Nadando cerca de la superficie. Seguramente acechaba a los niños para comérselos.

El cabello de la sirena cambió de nuevo, volviéndose amarillo brillante. La luz fue tan intensa que los hombres cerraron los ojos. Abazor la soltó con un gruñido.

—¿Qué ibas a hacerles? —volvió a gritar, levantando la mano para golpearla otra vez.
El cabello se apagó, regresando al blanco. Padre dio un paso al frente.
—Los detesto tanto como tú —dijo, con voz controlada—, pero golpearla no resolverá nada.
Abazor lo miró con furia.
—Sé hacer mi trabajo, Argo. No me digas cómo. Yo no te digo cómo cuidar tu bosque.
Padre inclinó la cabeza y retrocedió, cediendo. Abazor volvió hacia la sirena, que miraba de uno a otro con terror. —¿Cuál es tu nombre, bestia? ¿Y qué hacías tan cerca de la superficie?
Sacó de su túnica un cuchillo pequeño, con forma de anzuelo, y lo mostró. La sirena apretó los labios.

—Maralma —dijo al fin, con voz temblorosa—. Soy una sirvienta. Fui a buscar algas… solo cumplía órdenes. En verdad no sabemos quién

está matando a esos niños. Nosotros también buscamos respuestas. Solo queremos paz. ¡Por favor!

Su cuerpo estaba cubierto de moretones. Estaba demasiado flaca.
—Mientras ustedes sigan con vida, no habrá paz —dijo Abazor.

Caminó hacia un estante. Tomó un busto de acero negro con forma de pez espada. Lo levantó… y lo arrojó contra la pecera. El pico metálico se incrustó en el vidrio. Una grieta se abrió. Luego otra. El tanque se fisuró en varios puntos, hasta que el vidrio explotó.

El agua se desbordó con violencia. Las cadenas se soltaron. Maralma cayó al suelo con el estruendo del cristal rompiéndose. Se agitó, intentando moverse, pero sus brazos seguían encadenados. Se arrastró sobre las tablas mojadas, y los fragmentos de vidrio le abrieron la piel. Era inútil.

Abazor se acercó, despacio, y la hirió con el anzuelo. Maralma se retorció, ahogando un grito. Los otros hombres se quedaron inmóviles. Incluso ellos parecían sorprendidos. —Vámonos —ordenó Abazor.

Limpió el anzuelo con la túnica, como si fuera un gesto cotidiano. Maralma quedó tendida, desangrándose. Akona dio un paso al frente.

—Padre Abazor, no podemos dejarla así —dijo, con furia contenida—. Será un monstruo, pero nosotros no somos asesinos.

Padre lo sujetó, impidiéndole avanzar. Abazor escupió al suelo.

—Todo cambió cuando su especie se metió con los nuestros. Tienes valor, Akona, no lo niego. Serás un buen líder algún día. Pero esa cosa debe morir.

—¡Es inocente! —insistió Akona.
El rostro de Abazor se torció.

—¡Nuestros niños también lo eran! —rugió—. Inocentes van a morir para lograr un fin. Y el nuestro es que vengan a buscarnos por venganza. Así los sacaremos de sus escondites y acabaremos con cada apestado.

Se volvió hacia la puerta.
—¡En marcha!

Akona miró a Padre. Padre le suplicó en silencio que obedeciera. Akona hizo una reverencia rígida y salió. Los hermanos lo siguieron. Padre fue el último.

Abazor se detuvo y esperó un instante. Entonces regresó y se agachó junto a Maralma. Tomó un pequeño frasco de uno de los gabinetes y lo presionó contra la herida. El vidrio se llenó con un líquido negro, espeso. Cuando estuvo casi lleno, lo selló y lo guardó bajo la capa. Miró a la sirena. Sonrió. Luego atravesó el umbral. Al poco, la puerta se cerró con fuerza. Los candados volvieron a su sitio. El silencio quedó clavado al interior.

Cuando Amerlía estuvo segura de que se habían ido, salió de su escondite. Las piernas le temblaban. Caminó hacia Maralma. El suelo estaba cubierto de agua, vidrio y sangre oscura. La pecera, hecha añicos.

Ame se hincó junto a la sirena y, al ver el charco que seguía extendiéndose, se le rompió el aliento. Las lágrimas le salieron sin permiso. Pasaron minutos. Al intentar ponerse de pie, sintió una mano aferrarse a su tobillo. Amerlía se giró. Maralma seguía viva, apenas.

—Por favor… —susurró, con la voz rota—. No quiero morir sola. Quédate conmigo… te lo imploro.

Amerlía tragó saliva y se sentó junto a ella. Con cuidado, acomodó la cabeza de Maralma sobre su regazo para que pudiera mirarla.

—Lo siento —dijo Ame, ahogada—. De verdad… lo siento.

Intentó presionar la herida con las manos, inútilmente, intentando contener la sangre y el horror. Maralma sonrió apenas. Con esfuerzo, su mirada cayó sobre la muñeca de Amerlía, sobre el anillo.

—Tú también eres de las nuestras… —murmuró—. Tienes que salir de aquí. Asegúrate de que sepan lo que pasó… pero diles que no vengan. Es una trampa.

Lloraba, pero no parecía por dolor. Era miedo. Por Ame. —Lo haré —susurró Amerlía—. Te lo prometo.

No se movió de su lado. Sostuvo su cabeza mientras la vida se le iba apagando, lento, inevitable.

Amerlía lloró como nunca, con una rabia que no sabía dónde poner, lamentando a una desconocida que, aun así, pudo haber sido una amiga… o una hermana. Eso nunca lo sabría.

A

merlía salió por la ventana con el cuerpo todavía temblando. Cayó al exterior y el aire frío del bosque la golpeó en la cara. La escena de la cabaña le seguía ardiendo detrás de los ojos. Maralma. El vidrio. La sangre oscura.

No entendía cómo la gente que la había recibido con sonrisas podía volverse tan cruel. Y, sobre todo, no entendía por qué Padre no detuvo a Abazor. ¿Quién era ese hombre para hablar con esa autoridad, para imponer su voluntad incluso por encima del jefe del clan?

Avanzó a través de los pastizales y la maleza, frotándose los brazos y las manos contra la ropa, contra las hojas, intentando quitarse la sangre. El bosque estaba demasiado quieto. Calculó que debía ser ya

de madrugada. Iba repasando lo que acababa de ver cuando una voz ronca rompió el silencio.

—¿Quién está ahí?

A lo lejos, una sombra levantaba una antorcha hacia ella. Amerlía aceleró el paso. El guardián giró y comenzó a avanzar en su dirección, apuntando con la llama.

—Está prohibido andar por estos rumbos. ¿Quién eres? Ame caminó más rápido. Luego, cuando lo escuchó acercarse, echó a correr.
—¡Detente! ¡Es una orden!

Corrió entre troncos húmedos, piedras y barro. El corazón le golpeaba la garganta. Detrás de ella, el crujido de ramas y la grava delataban los pasos del hombre.

Tenía que escapar. Si la reconocían, si veían el rastro de lo que había hecho, la confrontarían. Y si descubrían lo que era, terminaría como Maralma.

Dobló hacia una zona donde los árboles levantaban raíces gruesas, expuestas, entrelazadas como garras. El terreno se volvió traicionero. Tropezó, se raspó las manos, se incorporó y siguió.

En una de las raíces, un hueco oscuro se abría entre la madera y la tierra. Una mano la jaló hacia él. Amerlía se giró, lista para golpear.

—Shh.
Esa voz. Se detuvo en seco.
—¿Thariel? —susurró, incrédula.

—¿Qué haces aquí? —murmuró él, duro—. Es peligrosísimo que te vean cerca de la cabaña. Métete. Ya.

Amerlía se deslizó en el hueco con una agilidad que ni ella misma reconoció. Quedó pegada a Thariel, sin espacio para moverse.

El guardián pasó a pocos metros. La antorcha iluminó las raíces como sombras vivas. Se detuvo, miró alrededor y, al no ver nada, masculló una maldición. Dio un manotazo al aire y volvió sobre sus pasos.

Amerlía soltó el aire de golpe, como si recién recordara cómo respirar. Thariel esperó unos segundos más. Luego habló, muy bajo.

—Ahora me vas a decir qué hacías tan cerca de la cabaña… a las tres y media de la madrugada.

Ame parpadeó, como si apenas recordara que no estaba sola. —Ahora no, Thariel —susurró—. Tengo que salir de aquí.

Se escabulló del hueco con cuidado, se incorporó y se sacudió tierra y hojas de la ropa.

—¡No! —Thariel alzó la voz, pero se corrigió de inmediato y la alcanzó, rápido, cerrándole el paso—. Te salvé. Me lo debes. ¿Qué está pasando?

Amerlía lo miró. En sus ojos había algo que él no había visto antes: tristeza y pánico mezclados. El gesto de Thariel cambió. —¿Estás llorando? —preguntó, más suave—. ¿Qué te pasa?

Se acercó con la intención de protegerla. Amerlía apretó la boca, intentando sostenerse, pero las lágrimas se le escaparon igual. Se las limpió con la manga, torpe, como si eso pudiera borrar lo que llevaba por dentro.

—Thariel… no puedo decírtelo —dijo con la voz rota—. Pero tienes que confiar en mí.
Dio media vuelta para irse. Thariel la detuvo otra vez. —¿Ah, sí? ¿Y a dónde vas a ir? No conoces el bosque. Te vas a perder. Y no es seguro.
Amerlía vaciló. Tenía razón. No conocía esos caminos y, con su suerte, cualquier cosa podía encontrarla primero.

—No puedo quedarme —dijo, y le tomó las manos, como si el contacto pudiera sostenerla—. Te prometo que cuando pueda te lo contaré. Pero ahora… tengo que salir de aquí.

Thariel bajó las manos de ella con cuidado.
—Voy contigo —decidió—. No sobrevivirías ni cinco minutos sola.
—Pero… ¿qué van a decir si te vas? Y Gabrielle te necesita.

—Gabrielle necesita estar sola —respondió él, sin dudar—. La conozco. Cuando se aísla, solo el tiempo la devuelve. Y sobre el clan… créeme, están demasiado ocupados con sus asuntos internos como para notar que no estoy.

Amerlía respiró hondo. Lo pensó unos segundos. Thariel tenía un punto: lo necesitaba para encontrar una salida, y la oscuridad no iba a perdonarle un error. Además, su presencia le daba algo parecido a una cuerda en medio del caos. Asintió. Thariel le devolvió una sonrisa breve. Extendió la mano, dispuesto a guiarla.

—Tendremos que irnos por el camino largo —dijo en voz baja—. Ya se corrió la voz de que hay un intruso cerca del clan. El sendero conocido va a estar lleno de guardianes.

Amerlía bajó la mirada, avergonzada. Lo más probable era que, en ese momento, la odiaran. Que estuvieran culpando a Gabrielle por haberla llevado. Lo último que Ame quería era causar problemas. Siempre había preferido pasar desapercibida, ser invisible, huir.

Pero ¿cómo iba a imaginarlo? Una sirena. En medio de una tribu de cazadores. Con el bosque tragándose la noche alrededor.

A
ntes de internarse en la zona pantanosa, Thariel se detuvo de golpe y soltó la mano de Amerlía. —Vamos a entrar en un área peligrosa —dijo en voz baja—. No apartes la vista. Toma esto.
Le tendió un pequeño cuchillo. Amerlía lo observó con alarma.

—No lo vamos a usar —se apresuró a añadir él al ver su expresión—. Es solo por si acaso. Además… yo te voy a cuidar.

Volvió a tomarla del brazo y la guió hacia adelante. Avanzaron varios minutos en una oscuridad espesa. Thariel intervenía cada tanto para evitar que Ame resbalara con una piedra húmeda, se enredara con una raíz o pisara alguno de los enormes sapos que se confundían con el lodo. De pronto, él se detuvo otra vez.

—Tenemos que cruzar el pantano para llegar al otro lado — dijo—. Sé que le tienes miedo al agua… ¿estás lista?

Amerlía lo miró y asintió. El miedo al agua había quedado atrás desde la primera vez que se transformó, pero no pensaba decírselo. Sabía que eso abriría preguntas para las que aún no tenía respuestas.

Thariel avanzó por un puente largo y estrecho que atravesaba el estanque. Los peldaños de madera estaban cubiertos de lama verde y resbalosa. Ame lo siguió con cuidado, midiendo cada paso. Para aliviar la tensión, él hablaba.

—¿Thariel? —dijo Ame, intentando mantener el equilibrio. Él giró apenas la cabeza.

—¿Cómo haces para ver tan bien en la noche? Yo apenas distingo sombras.
Thariel soltó una risa baja.
—Vivimos aquí. Conozco este lugar como la palma de mi mano — respondió.

Cruzaron el puente y dejaron atrás el pantano. El paisaje cambió de inmediato. A su izquierda, una gran cascada caía con un murmullo constante. A su alrededor crecían flores enormes, de formas imposibles y colores intensos, tan grandes que parecían capaces de tragárselos.

Un aleteo suave llamó la atención de Amerlía. Hadas. Pequeñas, luminosas, se movían de flor en flor como abejas. Ame las observó fascinada: recolectaban miel sobre hojas grandes que luego entregaban a otras, que las transportaban hasta un enorme panal incrustado en el tronco de un árbol gigantesco. La estructura era cilíndrica, de piedra blanca, con incontables ventanas diminutas. En cada una había algo distinto: macetas, telas secándose, pequeños insectos asomándose con curiosidad.

—Esta es solo una de muchas colonias —comentó Thariel al notar su asombro.
—¿Son… hadas? —preguntó Ame sin apartar la vista.

Las criaturas pasaban sobre sus cabezas sin prestarles atención, como si la presencia humana no fuera una rareza. Su aspecto era vegetal: piel entre café y verde, como cubierta de musgo, alas traslúcidas y cabellos trenzados como raíces finas.

—Pasaremos la noche aquí —anunció Thariel.

Amerlía salió de su trance y bostezó largamente. El cansancio le cayó encima de golpe. Su estómago protestó con un ruido estrepitoso. Thariel rió. Ame se sonrojó. Él sacó un trozo de chocolate del bolsillo de su bermuda y se lo ofreció. Amerlía lo devoró sin pensar.

—¿Dónde dormiremos? —preguntó, bostezando otra vez. —Aquí —respondió él, señalando hacia arriba.

Ame levantó la vista. Un enorme tulipán rojo se alzaba frente a ellos, con los pétalos casi cerrados.
—¿No es peligroso? —susurró—. ¿Y si viene una abeja asesina… o un hada?
Thariel miró el cielo. Las nubes se habían cerrado y el primer trueno retumbó a lo lejos. Las hadas regresaban a su refugio. —Estaremos bien —dijo—. Confía en mí.

Escarbó en la base de un árbol cercano y tiró con fuerza de una raíz gruesa. Esta se desprendió y cayó formando una especie de escalera trenzada. Thariel comenzó a subir y le hizo señas para que lo siguiera.

Amerlía ascendió con cautela. El trayecto le pareció eterno. Cuando por fin entraron en la flor, Thariel cerró el pétalo justo cuando empezó a llover.

El interior era cálido, suave, como si estuvieran sobre telas de seda. La lluvia no traspasaba. En el centro se alzaba el pistilo, con siete filamentos. Thariel dobló uno y lo acomodó como almohada. Ame lo imitó. Quedaron uno junto al otro, boca arriba. A través del pétalo traslúcido, Ame distinguía estrellas difusas.

—¿Thariel? —susurró.
—Mmm —respondió él, con los ojos cerrados.

—¿Cuánto tardaremos en salir de aquí… y llegar al Bosque de las Almas?

—Unos cuatro días.
—¡¿Cuatro días?! —exclamó Ame, incorporándose un poco.

Cuatro días. No le quedaría tiempo para entregar su trabajo final de mitología. Y había prometido estar en casa, con Joseph. —Estoy muerta —murmuró, dejándose caer otra vez.

—No te preocupes —dijo Thariel—. Yo le explicaré a tu padre. Es el camino más seguro… aunque todavía no me dices por qué huías de casa.

Abrió los ojos y giró hacia ella. Amerlía también giró el rostro, pero no habló. Respiró hondo.
—No puedo decírtelo —susurró.

Thariel frunció la boca, molesto.
—Ni que fuera tan grave —dijo, esperando una respuesta.

No la hubo. Amerlía se giró hacia el lado contrario, encorvándose para evitar su mirada. Thariel suspiró, frustrado, y se dio la vuelta también. Quedaron espalda con espalda, apenas tocándose. Ame abrió los ojos en la oscuridad. *No te imaginas cuánto*, pensó.

A
merlía despertó con el canto de las aves. Abrió los ojos despacio, se incorporó dentro de la flor y se estiró. A su lado, el espacio estaba vacío. Thariel no estaba.

El estómago se le encogió. Empujó el pétalo y descendió con cuidado por la escalera de raíces hasta tocar el suelo. Las hojas y el tronco estaban cubiertos de enormes gotas de rocío, algunas tan grandes como su mano. Sin pensarlo, inclinó el rostro y bebió una.

Recordó el silencio incómodo de la noche anterior y una corriente de miedo le recorrió el pecho. ¿Y si Thariel se había arrepentido de ayudarla? ¿Y si le había pasado algo?

—¿Thariel? —llamó primero en voz baja.
No hubo respuesta.
—¿Thariel?
Nada.
—¡Thariel!

Una pequeña hada salió disparada de su refugio, furiosa. Aleteó frente a ella, gesticulando con las manos mientras emitía un zumbido agudo y enfadado. Amerlía no entendió una sola palabra, pero el mensaje era claro.

—Lo siento —murmuró, avergonzada.

La criatura puso los ojos en blanco, dio media vuelta y regresó a su hogar. Fue entonces cuando Ame vio a Thariel acercarse, cargando

algo en la espalda. Caminaba tranquilo, casi alegre.

—¿Dónde estabas? —refunfuñó ella, avanzando hacia él, más aliviada de lo que quería admitir—. Pensé que te había pasado algo.

Thariel sonrió.
—¿Estabas preocupada por mí?
—No —respondió Ame demasiado rápido.
La sonrisa de él se hizo más amplia.
—Bueno… sí, un poco —admitió ella.

Thariel dejó caer lo que llevaba a la espalda. No era un caparazón, como Ame había pensado al principio, sino una torta compacta, oscura y densa, hecha de nueces machacadas, bayas maduras y miel espesa, aún tibia por el sol.

—Perdón —dijo él—. No hay comida cerca. Es lo que encontré.

El estómago de Ame rugió en respuesta.
—Gracias, Thariel —dijo, sentándose junto a él.

Él partió la torta con las manos y le tendió un trozo. Amerlía dio un bocado con cautela. El sabor era intenso y reconfortante: dulce, terroso, con una leve sensación cálida al final. Tenía tanta hambre que comió sin pensar, aunque no logró terminar su porción. Thariel envolvió lo que sobró en una hoja ancha y la guardó para el camino.

Con el estómago lleno, reanudaron la marcha bordeando la cascada. Caminaron durante una hora en silencio. A Ame no le molestó. Sabía que, si hablaban, Thariel insistiría en saber la verdad… y ella no podía dársela.

Un resoplido de frustración la sacó de sus pensamientos. —¿Qué pasa? —preguntó.

Thariel se detuvo. Miraba al frente con el ceño fruncido. El sendero había colapsado. Ante ellos se abría un barranco profundo, cubierto

por una neblina espesa que impedía ver el fondo. Desde abajo ascendía un aire frío, húmedo, con un murmullo constante que no lograba identificar.

—Hasta aquí llega el camino —dijo Thariel.
Amerlía dio un paso atrás.
—¿No hay forma de rodearlo?
Thariel negó con la cabeza.

—Solo hay una manera de seguir —respondió—. Y no es segura.

—¿Cuál?
Él tardó en contestar.
—Cruzar por su territorio.
Amerlía frunció el ceño.
—¿El de quién?
Thariel respiró hondo.
—De los Observadores del Abismo.

El nombre le produjo un escalofrío inmediato, aunque no sabía por qué.

—¿Seguro que no hay otra forma? —insistió—. ¿Ninguna? Thariel miró hacia la neblina.
—La hay —dijo al fin—. Pero no voy a exponerte a eso.

Amerlía comprendió que no hablaba de un simple desvío. Retroceder significaba volver a la aldea. Volver a un lugar donde ya no se sentía a salvo. Apretó los labios.

—Sigamos —dijo finalmente.

Thariel la miró con sorpresa. Conocía bien a los Observadores. Sabía lo que implicaba atravesar su dominio. No entendía qué podía ser tan grave como para que Ame prefiriera ese riesgo antes que regresar.

—Está bien —cedió—. Pero harás exactamente lo que yo diga y seguirás mis pasos. No toleran a los extraños.

Amerlía asintió. Juntos retomaron la marcha, con el barranco a un lado y el peso de la decisión sobre los hombros, sin saber todavía hasta dónde los llevaría.

C

aminaron casi media hora entre árboles apretados. El bosque se cerraba sobre ellos como si quisiera devorarlos. Thariel iba adelante, sin mirar atrás, murmurando cosas para sí con la boca apenas abierta. Ame no distinguía las palabras, pero el tono le bastaba: estaba calculando, midiendo, ensayando un plan.

El aire cambió primero. Se volvió más húmedo, más frío. Luego Ame escuchó el sonido. Agua. Un golpe profundo, rítmico, como si algo enorme respirara en la oscuridad. Las olas chocaban y retrocedían en algún punto más allá del follaje, repitiendo el mismo lamento hacia el interior del abismo.

Thariel se detuvo y señaló.
—Allá.

Amerlía siguió la dirección de su mano y lo vio. En medio del mar se alzaba una roca gigantesca, como una montaña nacida del agua. Por más que forzó la vista, no distinguió nada fuera de lo normal: solo piedra negra, húmeda, rodeada por espuma.

—No veo nada —dijo—. ¿Seguro que… están ahí? A lo mejor se mudaron.
Thariel soltó una risa breve.

—No se mudan —respondió—. Llevan aquí desde antes de que existieran nuestros nombres. Lo único que cambia es el mar.
Ame frunció el ceño.

—¿El mar?
—La marea —aclaró él—. Tenemos que esperar. —¿Esperar qué?

Thariel miró hacia el horizonte. La luna todavía no estaba alta, pero su claridad ya se marcaba sobre el agua.

—Cuando la luna esté en su punto más alto, el mar cambia —dijo—. Las olas se levantan como muros. Luego se retira de golpe, como si el mundo se quedara sin agua por unos minutos. Es ahí cuando corremos.

Amerlía miró la roca otra vez, inquieta.
—¿Correr a esa cosa?

—Debajo hay una entrada —confirmó Thariel—. Ahora no se ve. Está cubierta. Y el acceso es profundo. Por eso tenemos que esperar a que el mar la suelte.

Ame tragó saliva.
—¿Y eso pasa solo cuando la luna está arriba?

—Sí —dijo él—. Es su forma de ocultarse. De mantenerse fuera del mundo. Ya te dije que no son sociables.
Amerlía apretó los dedos contra la tela de su ropa. El rumor del agua le golpeaba el pecho, como si la llamara.
—¿Y cómo vamos a pasar sin que nos descubran? — preguntó.
Thariel no contestó de inmediato. Su expresión le dijo a Ame que ya tenía la respuesta… y que no era algo lindo.
—No te va a gustar —admitió—. Espera aquí. Ya vuelvo.

Antes de que Amerlía pudiera protestar, él se internó de nuevo en el bosque y desapareció entre las sombras. Ame se quedó sola frente al mar. La orilla era piedra y espuma. El agua, oscura. Metió los pies. La heló al instante. No se apartó. Bajó la mirada, como si buscara algo en esa superficie que no dejaba de moverse. Y, casi sin decidirlo, se sumergió.

El frío se le cerró alrededor del cuerpo. Luego se acomodó boca arriba y dejó que el mar la sostuviera. Flotó sin esfuerzo. Arriba, las estrellas parecían más cercanas que nunca. La luna, redonda y blanca, colgaba del cielo como un ojo abierto.

Ame cerró los ojos un momento. Entonces pasó. Una luz dorada le atravesó la mente. Un destello que no venía del cielo. La voz volvió, suave, insistente, como un hilo tensado dentro de ella. *Marina… Marina…*

—¡Amerlía!

Abrió los ojos, sobresaltada. Había flotado a la deriva. Su espalda rozaba una roca a pocos metros. El golpe era suave, casi cariñoso, como si el agua la hubiera arrullado hasta ahí.

Thariel estaba en la orilla, mirándola con una mezcla de molestia y alivio.
—¿Qué estás haciendo?
Ame nadó de vuelta y salió del agua, empapada. Se estrujó el cabello con ambas manos para que escurriera.
—Perdón —dijo, avergonzada—. Me quedé dormida.

—Me di cuenta —respondió él, y una sonrisa mínima le levantó una comisura—. Pero… ¿quién es Marina? La estabas nombrando mientras dormías.

Ame se quedó quieta un segundo.
—No tengo idea —mintió con facilidad—. Fue un sueño.

Thariel la observó, pero no insistió. Dejó en el suelo dos sapos gigantes, del tamaño de un gato, pesados y húmedos. Junto a ellos, dos plantas largas, viscosas, que Ame no había visto nunca. Su estómago se revolvió antes de que pudiera controlarlo.

Thariel se agachó y, con una piedra afilada, abrió uno de los sapos. Sacó vísceras gruesas, desproporcionadas para un animal así. Luego

tomó las plantas y comenzó a frotar los cuerpos con ellas, empapándolas en la secreción espesa que soltaba la piel.

Ame dio un paso atrás, con una mueca.
—¿Qué… estás haciendo?

—Cenando primero —dijo Thariel, como si fuera obvio. Golpeó dos piedras hasta sacar chispas y encendió el fuego—. Para que no se desperdicie.

—¿Desperdicie? —repitió Ame, tensa—. Thariel… Él alzó la vista.

—¿Te acuerdas que me preguntaste cómo íbamos a pasar sin que nos notaran? ¿Y te dije que no te iba a gustar? Ame tragó saliva y asintió. Thariel señaló las plantas empapadas en secreción.

—Sombravela —dijo—. De noche suelta feromonas. Mezcladas con esto… —tocó la baba del sapo con la punta de un dedo y lo retiró con gesto de asco controlado— …disfrazan el olor.

Amerlía frunció el ceño.
—¿Disfrazan?

—Es lo único que tenemos —continuó—. Ellos no ven bien. Se guían por el oído y por el olfato. Si caminamos lento y olemos a esto, no van a distinguirnos del resto del lugar.

Ame abrió los ojos, horrorizada.
—No —dijo con firmeza, dando pequeñas vueltas como si así pudiera apartarse de la idea—. No. Definitivamente no. —Es eso o que nos huelan —replicó Thariel, sin levantar la voz—. Y si nos huelen, no vamos a salir.

Ame miró las plantas como si fueran animales vivos. Al final asintió, derrotada. Thariel atravesó los sapos con un palo y los puso sobre el fuego. El olor fue extraño al principio, pero cuando el hambre volvió, Ame descubrió que podía soportarlo.

—Siéntate —dijo él—. Come.

Comió. A regañadientes, lo admitió: no sabía mal. Tenía un sabor parecido al pollo, aunque más seco, con una nota amarga que se quedaba en la lengua. Cuando terminaron, Thariel se levantó.
—Duerme un poco. Te despertaré cuando sea el momento.

Ame se recostó sobre la arena húmeda, con el rumor del mar como un techo. Se durmió rápido.

No supo cuánto tiempo pasó. Despertó cuando Thariel le tocó el hombro. Él ya tenía la sombravela encima, pegada a la piel, como una segunda capa brillante. Olía fuerte, a humedad vieja y sal.

Thariel acercó la planta que le correspondía. Ame se arqueó cuando una gota de secreción cayó al suelo.
—No mires —dijo él, práctico—. Solo aguanta.

La envolvió con la planta como si fuera una bufanda. El contacto fue frío, viscoso. Ame sintió el impulso de vomitar y desvió la mirada hacia la luna para no perder el control.

—¿Lista? —preguntó Thariel.

Ame tragó saliva. Asintió. Fueron hacia la orilla. El océano estaba sereno, golpeando con paciencia las rocas. La luna había subido más; su luz parecía tensar el agua como una cuerda. Thariel alzó la cabeza.

—Ahora.

Amerlía no entendió al principio. Entonces vio cómo el mar empezaba a retirarse. No de golpe, sino como un animal enorme que retrocede sin prisa, dejando al descubierto un camino que no debía existir. La espuma se arrastraba hacia atrás. La arena quedaba expuesta, negra y brillante.

—¡Corre! —ordenó Thariel.

Ame lo siguió. La arena estaba pegajosa, pesada, todavía líquida por debajo. Cada paso se hundía como si caminara sobre algo vivo. Los pies se le enterraban hasta el tobillo y tenía que arrancarlos con esfuerzo para avanzar. La roca se acercaba. A lo lejos, el mar rugió.

—¡Date prisa! —gritó Thariel—. ¡Ya viene de regreso!

Él ya había alcanzado la entrada de la cavidad. Ame sintió el suelo vibrar. El ruido creció con rapidez, como si el océano estuviera despertando de mal humor. Por un segundo, se quedó quieta, atrapada por ese sonido.

—¡Ame! ¡Ahora!

Levantó la vista y vio el muro de agua acercándose. Corrió. Era un juego mortal: ella contra el mar. Estaba a unos pasos de la cavidad cuando algo se enredó en su tobillo. Un coral rojo asomaba de la arena como un gancho. Ame tropezó y cayó de rodillas. Tiró de su pierna, desesperada. No cedía. El viento ya traía el golpe salado del agua.

Thariel regresó sin dudar. Pateó el coral con fuerza hasta romperlo y le arrancó el pie de la trampa. La jaló por el brazo y la arrastró los últimos metros. Entraron. Thariel tiró de ella con tanta fuerza que ambos se estrellaron contra la pared fría de piedra y quedaron frente a frente, demasiado cerca.

La cavidad, que antes tenía luz, se cubrió de pronto con una cortina de agua. El sonido fue brutal. Sus corazones latían con violencia. Respiraban rápido, como si el aire les costara. Un segundo más y el mar los habría tragado.

—Lo siento —dijo Ame, temblando—. Soy… soy muy torpe.

Thariel no respondió de inmediato. La cercanía le tensó el cuerpo. Sintió un hormigueo extraño, distinto al miedo. Se apartó rápido, como si el contacto lo hubiera quemado.

—Sígueme —dijo, sin mirarla demasiado.

Amerlía avanzó y se quedó sin aliento. Dentro de la roca había un mundo completo. Vegetación espesa cubría las paredes. En distintos puntos sobresalían viviendas formadas por piedra, como estalagmitas moldeadas con intención. El suelo estaba húmedo, resbaloso, cubierto de musgo y raíces.

El aire olía mal. Una fetidez densa, animal. Ame giró la cabeza y lo vio. El primer observador del abismo dormía recostado en el suelo, usando una roca cubierta de musgo como almohada. Era enorme. Con cada exhalación liberaba un aliento putrefacto que mareó a Amerlía.

Thariel la sostuvo por los hombros, firme.
—Camina —susurró—. No respires hondo.

Avanzaron despacio, dejando atrás la vegetación y las viviendas. La piedra se volvió más rígida bajo sus pies. Más resbalosa. Entonces escucharon el golpe de metal. Martillos. Un choque rítmico, obstinado.

Siguieron el sonido hasta asomarse a un claro interior. Varios observadores trabajaban con piezas metálicas, golpeándolas una y otra vez. Cada impacto lanzaba una luz dorada, tan intensa que Ame tuvo que desviar la mirada. Entre ellos había algo más: plumas. De todos los colores. Blancas, negras, rojas, manchadas. Al ser manipuladas, también destellaban oro, como si guardaran luz por dentro.

Algunos de los observadores llevaban sobre su gran ojo un lente oscuro, tosco, como un escudo contra el brillo. Ame observó, sin poder evitarlo. Eran monstruosos. Los más bajos medirían cinco metros, tal vez menos solo los más jóvenes. Todos eran varones. La piel, porosa, entre gris y verde, recordaba a la de un sapo. Eran calvos. La boca, enorme, repleta de dientes amarillos y afilados. La baba se les escurría a veces, cayendo al suelo con hilos espesos.

Vestían pieles curtidas y faldones pesados. Algunos portaban armaduras que, al moverse, dejaban ver pequeñas partículas doradas brillando entre las placas.

Thariel la jaló detrás de una roca.

—Este es el plan —susurró, sacándola del trance—. Voy a tirar una piedra para distraer a los guardias de esa cavidad. Cuando se vayan, entramos.

Ame parpadeó. Recién entonces notó el hueco oscuro en la pared, custodiado por dos de esas criaturas con mazos de metal. Respiró hondo y asintió.

—Cuídate… por favor.

Thariel sonrió apenas. Le gustaba demasiado escucharla decir eso. Salió con movimientos lentos, medidos. Tomó una roca filosa y la lanzó cuesta abajo. La piedra rodó con velocidad, golpeando otras, provocando un estruendo seco.

Los guardias giraron. Gruñeron. La saliva les saltó de la boca. Alzaron los mazos y corrieron tras el sonido. El suelo tembló bajo su peso. Thariel hizo una seña.

Entraron por la cavidad. El túnel estaba iluminado por antorchas. A ambos lados se alineaban celdas pequeñas, apenas visibles en la penumbra. Ame avanzaba rápido cuando un ruido la detuvo. Un golpe sordo. Un forcejeo contenido.

Se acercó y bajó una antorcha para iluminar. Lo que vio le heló la sangre. Un caballo colgaba boca abajo, amordazado con una correa que le sujetaba el hocico y el mentón. Sus cuatro patas estaban atadas con gruesas cuerdas de yute. Su pelaje negro brillaba como obsidiana y de sus costados sobresalían alas enormes, de más de dos metros, plegadas con violencia.

Un viento súbito salió de la celda, sacudiendo la llama de la antorcha. Thariel se quedó inmóvil a su lado.

—Es un… —susurró Ame, incapaz de apartar la mirada. Thariel asintió.
—Sí. Un pegaso.

Amerlía recorrió las celdas. Había más. Muchos más. Blancos, cafés, pintos. Todos atados. En cada movimiento, las plumas desprendían destellos dorados que obligaban a cerrar los ojos.

—Tenemos que sacarlos —dijo, ya moviéndose hacia una puerta.
—No nos va a dar tiempo de liberar a todos —advirtió Thariel—. Tenemos que salir antes de que regresen. —No —respondió Ame, firme—. No me voy sin ayudarlos.

Thariel la observó. La determinación le encendía el rostro. Hermosa. Peligrosamente valiente. Y él sabía que, cuando Amerlía decidía algo, no había fuerza que la moviera.

—De acuerdo —cedió—. Pero rápido.

Ame abrió la puerta. No tenía candado. Sacó la navaja pequeña que llevaba escondida y cortó las cuerdas del primer pegaso. Luego del segundo. Del tercero.

Poco a poco fueron liberándolos. Pronto había más de veinticinco ejemplares agolpados en el túnel, respirando fuerte, temblando.

—Silencio —susurró Ame.

Los pegasos la miraron… y no emitieron un solo sonido. Thariel avanzó primero. Tras él, Amerlía. Detrás, los caballos alados.

Más adelante apareció un puente: conectaba el túnel con otra montaña de piedra, más alta y distante. A ambos lados, paredes rocosas y, debajo, el vacío. El mar golpeaba con furia entre las murallas, salpicando el aire con agua helada.

Uno a uno, los pegasos batieron las alas y se elevaron, cruzando hacia el cielo. Sus plumas doradas brillaron en la oscuridad como estrellas vivas, alejándose hasta perderse de vista.

Amerlía y Thariel los siguieron con la mirada, respirando aliviados. No vieron al gran observador del abismo que se levantaba detrás de ellos.

E

l gruñido los trajo de vuelta. Thariel y Amerlía apenas alcanzaron a girar cuando el hedor les golpeó la cara, denso, caliente. El monstruo estaba encima de ellos. Su aliento se les clavó en el cuerpo como cuchillas.

En un movimiento brusco, la criatura atrapó a Thariel con una mano y, con la otra, a Amerlía. La palma enorme le envolvió el torso completo, aplastándola contra sus dedos como si fuera un insecto.

Ame forcejeó, inútil. Entonces recordó la navaja. La tenía aún apretada en el puño. Hundió la punta en la palma del monstruo, entre pliegues de piel gruesa. Picó una y otra vez, buscando una rendija. No lo lastimó de verdad, pero el dolor bastó para irritarlo.

El observador del abismo rugió. Abrió la mano de golpe y volvió a sujetarla por la ropa, como quien toma un trapo sucio. La alzó hasta su boca, enfurecido, y su gruñido le vibró en los huesos. Luego la soltó. Amerlía voló.

Golpeó las rocas afiladas en su caída y una punzada le abrió la pierna derecha, caliente y profunda. Alcanzó a engancharse con una mano en una saliente húmeda. Se quedó colgando, tambaleante, con el vacío bajo sus pies.

El mar rugía abajo. Logró sujetarse con ambas manos, temblando. Alzó la cara justo cuando una ola enorme subía hacia ella. No llegó a

golpearla. La envolvió. Como un cuerpo tibio, protector, la cubrió un instante… y se retiró, dejándola pegada a la roca, viva.

Ame miró hacia abajo. Los cuerpos de varios pegasos flotaban destrozados entre las sombras. Las alas, arrancadas. Los habían arrojado al vacío como si fueran basura.

Se le apretó el pecho, pero apartó la mirada antes de que el dolor la devorara. Escuchó la voz de Thariel, cada vez más lejos, y el eco de sus propios intentos por responderle.

—Thariel… —susurró—. Thariel…
La respuesta salió tan baja que parecía tragada por el viento. El monstruo se lo llevaba.

Thariel y el observador del abismo desaparecieron rumbo a la estructura oscura que dominaba la roca, un castillo de piedra y sombras. Amerlía se quedó sola, clavada a la pared, con la culpa ardiéndole más que la herida.

Si Thariel estaba en peligro era por ella. Por huir. Por no enfrentar al clan. Por aparecer en la vida de Gabrielle como si nada. Seguramente habían puesto a su amiga en aprietos. Seguramente la buscaban. Tal vez ya la daban por muerta.

Había escuchado historias: el norte era duro, sí, pero el sur era otra cosa. Un territorio que ni los suyos cruzaban si podían evitarlo. Ahí se hablaba de criaturas que no dejaban rastro, de sombras pequeñas como insectos, de dientes finísimos que abrían la piel sin que uno lo sintiera, hasta que ya era tarde.

La pierna le latía con rabia. El corte no había alcanzado el hueso, pero ardía como si lo hubiera hecho. Aun así, no tenía opción. Tomó aire. Estiró el brazo, buscó apoyo con la punta de los dedos y trepó.

El mar golpeaba furioso, incluso más alto que el puente, y sin embargo no la tocaba. Las olas se quebraban a su lado y se

apartaban, como si la respetaran. Como si la cuidaran. Ame no quiso pensar en eso. Siguió subiendo. No podía extender bien el pie. Cada paso era una punzada. La debilidad ya la perseguía: sentía la pierna arder. La sangre le resbalaba y dejaba un rastro escarlata. Pero la urgencia era más fuerte que el dolor.

No podían morir ahí. No después de todo lo que había pasado. No después de todo lo que había descubierto. Se impulsó con un gruñido que se le escapó como un grito, mezcla de coraje y sufrimiento, y por fin alcanzó el puente.

Cayó boca arriba. Las piedras húmedas se le pegaron a la espalda y al cabello. Olía a sal, a musgo… y a muerte. El cielo era de un gris espeso, como humo. A lo lejos, relámpagos cortaban el horizonte y conectaban el mar con las nubes.

Ame tanteó a un lado, buscando su mochila. Milagrosamente seguía ahí, raspada, rota, con un agujero grande, pero entera. Hundió la mano, sacó el vendaje blanco y apretó los dientes. Se lo colocó contra la herida y tiró con fuerza hasta improvisar un torniquete. El dolor la hizo perder la visión por un instante.

Se incorporó con dificultad. Caminó hacia el castillo. El puente estaba empapado por el agua que las olas lanzaban, y esa humedad le daba una extraña sensación de fortaleza, como si el cuerpo reconociera algo en ese frío. A mitad del trayecto vio su reflejo en un charco: raspada, sucia, con el cabello enredado en lodo y sangre. Tenía la nariz y el mentón abiertos, la frente lastimada cerca del nacimiento del cabello, un ojo hinchado. Los labios, partidos. Al menos los dientes seguían en su lugar. El miedo por Thariel le sostuvo el cuerpo cuando la pierna quiso fallarle.

Llegó a la entrada del castillo. El hedor allí era peor. Instintivamente se cubrió la nariz con la orilla de la blusa. Vio una roca suelta en el puente y la lanzó cuesta abajo, hacia el océano. Dos guardias se giraron, gruñeron y corrieron hacia el borde para buscar el origen del ruido. Ame aprovechó. Se escabulló hacia la entrada.

La fachada brillaba con intensidad, forrada de un cuarzo oscuro. Entre las grietas crecía musgo. A lo largo del camino, grandes cangrejos grises, de tenazas azules, trepaban por las piedras y mordían plantas húmedas.

Amerlía avanzó hacia un patio. Y lo vio. Thariel estaba atado de pies y manos a un tronco, como si fuera un animal listo para el fuego. La cabeza le caía hacia un lado. Dormía… o estaba inconsciente. No había nadie cerca. Ame se acercó en silencio.

—Thariel —susurró.
No se movió.
—Thariel.

Lo sacudió apenas del hombro. Él reaccionó con un gesto de dolor, como si la vida le pesara.

—¿Quién…? —murmuró sin abrir del todo los ojos. —Ame — respondió ella, y se le quebró la voz.

Thariel abrió más la mirada. Luego intentó incorporarse, inútil. Tosió. La voz le salió débil.
—¿Qué haces aquí? —exclamó, y el aire se le quebró en un sollozo—. ¡Pensé que habías muerto!
Las lágrimas le resbalaron por las mejillas, cayendo sobre la piedra. Amerlía forzó una sonrisa.

—No te puedes deshacer de mí tan fácilmente.
Thariel soltó una risa breve que se le cortó por el dolor.

—Tienes que irte, Ame —dijo, casi sin fuerza—. Déjame. Es una orden.
—No te voy a dejar.

Sus manos temblaban, pero desató las muñecas y los tobillos. Cuando soltó el último nudo, Thariel cayó de bruces y gritó. El sonido le raspó la garganta a Ame.

—¿Qué te hicieron?
—No puedo caminar —murmuró él, apretando los dientes —. Creo que… me rompieron costillas.
Respiró hondo, y el intento lo hizo palidecer.
—Escuché a los observadores hablando —añadió—. Creo que planean algo conmigo.

Ame frunció el ceño.
—¿Los entiendes?
—No del todo… pero sí lo suficiente —dijo.
Amerlía se tensó, pero él no la miró.

—El más difícil es el draki —continuó, con un hilo de voz—. El idioma de los dragones. Es el más antiguo. Por eso nuestro clan se llama Drakyr, en su honor…

Ame lo cortó.
—Suena increíble —susurró—, pero primero tenemos que salir de aquí.
Thariel asintió. Intentó ponerse de pie. Se tambaleó. Ame lo sostuvo por un hombro, usando el cuerpo como palanca.

Y entonces escucharon pasos. Golpes pesados. Voces graves. Thariel reaccionó con lo que le quedaba. Empujó a Ame detrás de una roca cercana y cayó de rodillas, ahogando un grito. Amerlía quiso salir, pero Thariel negó con desesperación, haciendo señas bruscas.

Ame se pegó a la piedra. Desde ahí vio el acantilado: el castillo estaba en la parte más alta de la roca. Abajo no había nada, solo caída libre y el mar golpeando furioso.

Los observadores del abismo llegaron en grupo y rodearon a Thariel en media luna. Uno se acercó al tronco vacío y, al ver las cuerdas sueltas, gruñó. Luego golpeó en la cabeza a otro más pequeño, como castigo.

—¡Bakistarán uâ kirtân! —rugió.
Amerlía no entendió nada. Sonaban más a gruñidos que a palabras. Thariel sí lo entendió: *¿Por qué lo dejaste escapar?* El otro se frotó la cabeza y gruñó, resignado.
—Bakâshi, makkoro tö shî kirtân… —*Lo até bien. Me aseguré de que no pudiera escapar.*
El primero respondió con otro gruñido áspero.
—Mahôshôri tokôshi mâhôborî… —*Si el rey lo ve, nos matará.*

Otro intervino desde un costado.
—Mâhorony tokôshi… —*Más vale que no lo vea.*

Thariel tragó saliva. El terror le endureció la cara. Sabía que no tenía salida. Apenas podía sostenerse en pie y eran demasiados. Aun así, lo intentó.

—Atakkâra… kale tî messhî ta wâ… —*Por favor, no me hagan daño. Ya me iré de la isla* —dijo, con la voz quebrada. Los observadores se miraron entre sí… y estallaron en risas. Thariel insistió, más desesperado.
—Atakkâra… do shemirî o koshômi… —*Por favor, no volveré nunca.*

El que parecía el líder se acercó. Lo sujetó con un brazo enorme y lo levantó hasta quedar frente a frente. Sonrió, y su sonrisa era peor que un golpe.

—Takummå nâtami… ô shemirã koshômi… åe mê takaråe metî... —*Tienes razón. No regresarás nunca. Yo me encargaré de eso.*

Amerlía no entendía las palabras, pero entendió el rostro de Thariel. El líder lo arrastró hasta el borde del risco, abrió la mano y lo dejó caer hacia el abismo.

T

odo ocurrió en cámara lenta: el cuerpo de Thriel alejándose del borde, la silueta recortada contra el vacío, el mar esperando abajo

como una boca abierta. Amerlía no pensó. El dolor en la pierna ni siquiera alcanzó a detenerla. Saltó tras él.

En el aire giró el anillo hacia el símbolo del agua. El cambio le atravesó el cuerpo como una corriente: la piel se le erizó, el mundo se volvió más nítido, más salado. Sus piernas cedieron y una cola larga apareció en su lugar, cubierta de escamas verdes. El peso cambió. La caída dejó de sentirse como muerte y se convirtió en descenso. Alcanzó el brazo de Thariel y lo sujetó con fuerza. Él la miró con terror, sin comprender.

Y entonces el mar hizo lo imposible. Una ola se elevó y los atrapó a ambos como si fueran livianos, como si el agua los reconociera. Los sostuvo un instante en el aire, amortiguando el golpe, y los dejó caer sin violencia. Aun así, el impacto los separó.

Thariel resbaló de su agarre y comenzó a hundirse, lento al principio, luego más rápido, tragado por la profundidad. Amerlía se lanzó tras él. Nadó con una velocidad que no sabía que tenía. Lo alcanzó, lo rodeó por la cintura y lo atrajo contra su cuerpo. Thariel alcanzó a mirarla unos segundos, aún consciente, antes de que la oscuridad le cerrara los ojos.

Ame subió hacia la superficie impulsándose con una sola mano, arrastrándolo. Cuando emergió, lo acomodó boca arriba para que las olas sostuvieran su peso. El oleaje, sin embargo, era brutal. Ella podía resistirlo, pero no estaba segura de que Thariel aguantara mucho tiempo así.

Miró alrededor. No podían volver por donde habían llegado. Estaban demasiado lejos, y el mar no iba a darles tregua. Tampoco podían regresar al risco; las sombras allá arriba seguían moviéndose.

Ame observó la oscuridad hasta distinguir, no muy lejos, una roca pequeña que sobresalía del agua. Era lo único. Con todas sus fuerzas, arrastró a Thariel hacia allí. Lo subió a la piedra,

empujándolo centímetro a centímetro, y se quedó un segundo inmóvil, jadeando, con la sal quemándole los labios.

Miró el pecho de su amigo. Subía y bajaba. Amerlía soltó el aire aliviada. Estaba vivo.

No tuvo tiempo de sostener el alivio. Un gruñido retumbó a lo lejos. A unos cien metros, en lo alto del acantilado, los observadores del abismo se recortaban contra el cielo. Los miraban. Y ese simple hecho —verlos vivos— parecía enfurecerlos.

El primer rugido fue una advertencia. Luego llegó la primera roca. Venía prendida en fuego, una esfera oscura con brasas abiertas, y pasó silbando a pocos metros antes de estrellarse contra el mar. El golpe levantó espuma hirviendo. El calor le rozó la cara a Ame.

Después vino otra. Y otra. Rocas volcánicas enormes, del tamaño de una mesa, volando como meteoritos. Cada impacto hacía temblar el agua alrededor de la piedra donde estaban. Era cuestión de tiempo.

Amerlía miró a Thariel, inmóvil, y lo rodeó con los brazos. Cerró los ojos un instante, apretando la mandíbula, esperando el golpe inevitable. Entonces el cielo destelló. Una luz dorada le quemó un segundo la vista. Y, tras ella, relinchos.

Ame alzó la mirada. El firmamento, ahora de un azul intenso, se llenó de alas. Cientos, tal vez miles de pegasos se acercaban en formación, majestuosos, como si marcharan entre las nubes. Sus plumas brillaban incluso en la tormenta.

El primero descendió hacia ella. Era negro como la medianoche. Amerlía lo reconoció. El pegaso sobrevoló la roca, bajó el cuello y apoyó el hocico en la palma de su mano. Ame lo acarició, hipnotizada. Donde su piel lo rozaba, el pelaje cambiaba de color: del negro profundo a un amarillo luminoso, como oro vivo. Los demás pegasos se mantuvieron a distancia, girando en el aire.

Otra roca ardiente pasó y golpeó el borde del risco donde estaban. La piedra tembló. Un fragmento se desprendió y cayó al agua con un estruendo. El pegaso relinchó, nervioso, y se acomodó de inmediato, bajando el cuerpo para ofrecerles el lomo. Amerlía entendió. Giró el anillo y la transformación regresó como un tirón. Su cola se desvaneció y las piernas volvieron. Y con ellas, el dolor. La herida de la pierna derecha reapareció con toda su fuerza, como si el cuerpo le reclamara el engaño. Ame apretó los dientes. Se apoyó en las rocas y arrastró a Thariel. Con esfuerzo lo subió al lomo del animal y luego montó delante de él. El pegaso desplegó las alas, preparándose para el vuelo.

Una roca pasó rozando una de sus alas. Plumas doradas cayeron al agua. El pegaso relinchó, agudo, y se elevó. Amerlía sujetó a Thariel con una mano para que no se deslizara y con la otra se aferró al cuello del animal. El aire les golpeó el rostro. El mar rugía debajo.

Los gruñidos del acantilado se volvieron más violentos. Los observadores del abismo estaban furiosos. No solo los habían dejado vivos: los pegasos habían regresado, y su vuelo era una burla luminosa frente a sus ojos.

Más y más rocas comenzaron a cruzar el cielo. Los pegasos las esquivaban con movimientos rápidos, alas tensas, cuerpos inclinándose en el aire. Algunos proyectiles pasaban tan cerca que el calor se sentía como una bofetada.

Una última roca silbó a su costado. El agua estalló cerca. Ame se encogió instintivamente y escuchó, atrás, un coro de rugidos frustrados. Luego… nada. Solo el viento.

Amerlía dejó escapar el aire, temblando, y apretó más fuerte a Thariel contra su espalda. Estaban vivos. Y, por primera vez desde que todo comenzó, el camino de regreso parecía posible.

T

hariel abrió los ojos sobresaltado cuando los primeros rayos del amanecer se filtraron entre las hojas. El aire era frío y húmedo, y durante unos segundos no supo dónde estaba. Luego recordó el mar, la caída, los rugidos… y el vacío.

Giró la cabeza con cuidado. A unos metros de él, Amerlía dormía profundamente. Estaba recostada sobre la hierba, envuelta de forma improvisada con una manta vegetal. Su cabello rojizo estaba enredado y su piel mostraba raspones, moretones y restos de sal seca. Thariel la observó en silencio, recorriéndola con la mirada, tratando de entender cómo seguían con vida.

La imagen regresó a su mente sin pedir permiso: Ame bajo el mar, envuelta en luz, con una cola verde jade resplandeciendo entre las olas. Tragó saliva.

Volvió a mirarla. Lastimada. Exhausta. Vulnerable. No había forma —se dijo—. No podía ser un monstruo. Nadie así habría terminado en ese estado.

Intentó incorporarse, pero un dolor punzante le atravesó el costado. Dejó escapar un gemido involuntario. Amerlía abrió los ojos de inmediato.

—¿Thariel? —dijo, incorporándose con dificultad—. ¿Estás bien?

Él apartó la mirada, incómodo.
—Perdón… no quería despertarte.

Ame lo observó con atención. Desde que abrió los ojos había estado tensa, preparada para lo inevitable. Estaba segura de que Thariel la había visto transformarse. No había forma de que no lo hubiera hecho. Y sabía lo que él pensaba de las sirenas. Pero algo no cuadraba. Thariel no la miraba con miedo. Ni con rechazo. Al contrario, parecía más preocupado que nunca.

—¿Cómo… cómo salimos de ahí? —preguntó él finalmente, frotándose la sien—. Todo está muy borroso. Me duele la cabeza.

Amerlía avanzó hasta él y apoyó con suavidad una mano en su hombro.
—Los pegasos nos salvaron —respondió con voz firme—. Si no hubiera sido por ellos, no estaríamos aquí.

No era una mentira. Y, por ahora, era suficiente. Thariel asintió lentamente, aún confundido. Giró la cabeza hacia el sonido del agua. A pocos metros, una cascada caía en un remanso tranquilo. En la orilla, varios pegasos dormían plácidamente. Sus alas descansaban plegadas sobre el suelo, como enormes mantos.

—Entonces… no fue un sueño —murmuró.
—¿Dónde crees que estemos? —preguntó Ame, agotada. Thariel la miró y soltó una risa breve.
—¿Quieres que les pregunte?
Ella frunció el ceño.
—¿Sabes hablar pegaso?

—No hablan —respondió él con una sonrisa burlona—. Son animales.

Amerlía ladeó la cabeza.
—¿Y los observadores qué son?
Thariel dudó.

—Monstruos. Más cercanos a los humanos que a los animales.
—Los dragones también son animales —replicó Ame, cruzándose de brazos.
Él se quedó pensativo.
—Tienes razón… —admitió—. Pero su lenguaje es distinto. Yo puedo entenderlos, aunque no sea hablado.

—¿Entonces cómo se comunican los pegasos?
—Telepatía.
Amerlía alzó las cejas, interesada.

—En clases practicábamos telepatía con sapos, arañas y otras criaturas —continuó Thariel—. Sabíamos que en la antigüedad se usaba para comunicarse con pegasos y unicornios, pero… creíamos que estaban extintos.

—Aun así, quiero intentarlo —dijo Ame en voz baja. Thariel se puso de pie con dificultad. El dolor en las costillas lo hizo tambalearse y cayó de rodillas con un quejido. —¡Thariel! —Ame se apresuró a ayudarlo.

Lo rodeó con un brazo y lo sostuvo para que pudiera apoyarse en ella. Caminaron despacio hasta la orilla del río. A pocos pasos, un pegaso blanco bebía agua. Al notar su presencia, levantó la cabeza bruscamente. Sus ojos eran de un marrón tan oscuro que apenas se distinguía la pupila.

El animal dudó. No sabía si huir o quedarse. Thariel chistó suavemente. El pegaso permaneció inmóvil. Con cuidado, Thariel apoyó la mano sobre su hocico y lo acarició despacio. El animal se relajó. Cerró los ojos. Thariel movió la mano hacia la base de las orejas y respiró hondo, concentrándose. El mundo quedó en silencio. Amerlía solo escuchaba la respiración de su amigo, el murmullo del agua y el canto lejano de los pájaros.

Pasaron unos minutos. Cuando Ame empezaba a pensar que todo era inútil, Thariel abrió los ojos y sonrió. Besó con suavidad la cabeza del pegaso y regresó junto a ella.

—Vamos bien —dijo—. Estamos en el camino correcto. Si cruzamos este último bosque, llegaremos al Bosque de las Almas.

Amerlía soltó el aire, agotada.
—¿Cuánto falta?
—Un par de horas.

Ame cerró los ojos un segundo. Tenía hambre, dolor y demasiadas preguntas sin respuesta. Pero estaban vivos. Y eso, por ahora, era

suficiente.

E

l Bosque de las Almas estaba más silencioso de lo habitual. No se escuchaba el canto de los búhos ni el murmullo del viento entre las hojas. Aquel mutismo absoluto lo volvía aún más inquietante, como si el lugar contuviera la respiración.

Bastian merodeaba alrededor del árbol. Había perdido la cuenta de los intentos fallidos por atravesar el hueco del tronco y dar con las cazadoras. No había sido difícil seguirlas hasta allí la primera vez. Vio a Gabrielle cortarse la palma. Vio la sangre hundirse en la tierra y el tronco abrirse como una herida viva.

Desde entonces regresaba cada noche al mismo punto, probando una y otra vez la abertura. Había probado fórmulas antiguas, hechizos con el tridente, incluso fuego. Pero las llamas siempre se extinguían a los pocos segundos, como si el árbol las rechazara.

Desesperado, había imitado el ritual de Gabrielle y vertido su propia sangre. Observó, perplejo, cómo el oscuro líquido se evaporaba al tocar la tierra, igual que agua sobre piedra caliente.

Un crujido entre los árboles lo hizo girarse. Antes de desenvainar el tridente, distinguió las siluetas que emergían de la penumbra: Murgen, con un vestido de lino blanco, y detrás de ella Marlí, en shorts claros y camiseta. Humanos. Demasiado humanos. Bastian torció el gesto con desagrado.
—¿Qué hacen aquí? —preguntó, seco.

Murgen lo observó con sus ojos profundos. Había enojo en ellos.
—Empiezo a pensar que esa humana te importa más de lo que admites.

Se acercó hasta quedar a su lado, atenta a cualquier reacción. Bastian la miró con frialdad. Murgen sonrió, satisfecha.

—Lo único que quiero es encontrar su guarida y matarlos a todos.
Marlí dio un paso al frente.
—No puedes entrar si no perteneces a la comunidad de los Drakyr —dijo, encogiéndose de hombros.
Era el único que se atrevía a contradecirlo. Y, aunque no lo admitiría, eso era precisamente lo que Bastian respetaba de él.

El príncipe volvió la mirada hacia el árbol. Su corteza rojiza parecía empapada de sangre antigua. Ya no tenía dudas. Amerlía era una de ellos. Una enemiga. Una cazadora. Y, le gustara o no, debía acabar con ella antes de que lo hiciera su gente. Sangre por sangre. No había lugar para dos mundos. Uno tenía que desaparecer.

—Vuelvan a la costa —ordenó sin mirarlos—. No se dejen ver. Si aparece un Drakyr, me avisan.
—¿Y qué piensas hacer, majestad? —preguntó Marlí con ironía—. ¿Esperar aquí hasta que regresen?
Bastian se sentó en el suelo, sin apartar la vista de la cavidad del tronco.
—Exactamente eso.
El crujido de ramas se fue apagando entre la neblina hasta que el bosque volvió a quedar inmóvil.

Tras unos instantes, un zumbido lo sacó de sus pensamientos. Sobresaltado, sintió vibrar el pantalón. Con gesto irritado, sacó el pequeño artefacto humano que le habían regalado el señor y la señora McKenzie. Un mensaje.

Era de Imma McKenzie. Preguntaba —otra vez— por qué llevaba semanas escabulléndose a mitad de la noche. Bastian apretó la mandíbula.

Llevaba casi dos meses viviendo con aquel par de humanos: entrometidos, sí, pero de un corazón desconcertantemente blando. Imma lo había encontrado la primera noche, tirado en la playa, apenas capaz de mantenerse en pie tras su transformación.

Convertirse en humano le había resultado repulsivo. Sentir la arena bajo los pies, húmeda y pegajosa, lo había llenado de asco. Su piel, excesivamente blanca, tampoco ayudaba a pasar desapercibido. Sus pensamientos regresaron a aquel momento.

—¡Muchacho! —había exclamado la mujer—. ¡Qué barbaridad! ¿Qué te pasó?
Bastian la había mirado con desconfianza. Era la primera humana con la que interactuaba.
—Estás todo magullado —insistió ella—. ¿Tuviste un naufragio?

Intentó tocarlo. Bastian retrocedió de inmediato. Miró su propio cuerpo y notó aquella sustancia roja y caliente que brotaba de sus rodillas y piernas, producto de las caídas contra las rocas. Era la primera vez que veía algo así.

—Ven, acompáñame —dijo la mujer sin darle opción—. ¿Comiste algo?
¿Nunca se calla?, pensó él, irritado. Tenía una misión. Un objetivo. Y aquella sanguijuela con patas lo estaba retrasando. —Mira nada más lo flaco y pálido que estás —continuó Imma—. Pareces muerto.
Bastian observó su reflejo en el agua. Sus bíceps, su abdomen perfectamente marcado. Sonrió con soberbia. *Debe de ser ciega*, concluyó. *Y además, igualada. ¿Cómo se atreve a hablarle así a un príncipe?*
No tuvo tiempo de reaccionar cuando ella lo abrazó. El contacto lo dejó petrificado.
—Debes estar asustado —dijo Imma—. Vamos a mi casa. Antes de que pudiera huir, lo tomó del brazo y lo arrastró por las calles del pueblo.

La vivienda era modesta, pero cálida. Subía por una pequeña colina cercana a la costa. Las ventanas tenían cortinas que parecían manteles viejos, y el interior estaba lleno de objetos extraños. Uno en particular llamó su atención: una caja ruidosa con imágenes en movimiento. Se acercó fascinado. Un hombre montaba a caballo,

agitaba un sombrero y se perdía en la lejanía. Bastian imitó el gesto sin darse cuenta.

Un destello dorado en la pared atrajo su mirada. Fotografías. Rostros humanos. Una imagen lo detuvo. Un niño regordete, de bucles castaños, sonreía mostrando dos grandes dientes separados.

—Era mi hijo —dijo Imma con suavidad—. Rowan. Murió hace unos años. Tendría tu edad ahora.

Bastian observó, intrigado, las gotas de agua que brotaban de los ojos de la mujer. ¿Agua? ¿Por qué? Nunca había visto algo semejante.

—Ven, siéntate —le indicó ella.

La silla rechinó cuando lo empujó y Bastian cayó de golpe, tambaleándose. Estuvo a punto de levantarse y huir, pero la mujer ya llamaba a su esposo.

—¡William!
Un gruñido respondió desde arriba. Bastian sintió una punzada de lástima por aquel desconocido.

Cuando el hombre bajó, lo analizó con frialdad. Si Imma le recordaba a un elefante marino, William era como un pulpo: huesudo, sudoroso, con extremidades largas y una calva prominente. Apático. Áspero.

—¿Quién es este tipo y por qué está vestido así en mi casa? —gruñó.
Bastian bajó la vista. Seguía envuelto apenas en una toalla. Se cubrió instintivamente.
—Ese pobre muchacho está desorientado —intervino Imma —. ¡Necesita ayuda!
William lo inspeccionó con desprecio.
—Una campamocha —sentenció—. En mis tiempos, los flacuchos como él morían primero.

Bastian lo fulminó con la mirada.
—¿Cómo te llamas, muchacho? —preguntó William. Silencio.
—¡Responde! —gritó, golpeando la mesa.
Bastian se levantó de golpe, pero Imma lo detuvo.

—Es mudo —mintió ella con rapidez—. O no entiende nuestro idioma. Pobrecito.

William resopló.
—¿Cuánto tiempo se quedará?

—Lo necesario —respondió Imma—. Hasta saber quién es y de dónde viene.
—Un mes —gruñó él—. No más.
Bastian asintió.
E

l señor y la señora McKenzie observaban, atónitos, cómo el joven —tan pálido y silencioso— devoraba langosta tras langosta sin molestarse en pelarlas. Las rompía con los dientes, trituraba el caparazón y tragaba con una urgencia casi animal.

Imma lo miraba con compasión. En su mente, aquel apetito voraz solo podía ser el reflejo de una vida marcada por el hambre y la carencia. William, en cambio, fruncía el ceño. No veía necesidad, sino mala educación. Ni un gesto de gratitud. Ni una pausa.

Cuando intentó alcanzar una de las piezas restantes, Bastian se adelantó con rapidez y se abalanzó sobre la bandeja. William gruñó, apretó el pequeño tenedor entre los dedos y lo dobló hasta inutilizarlo antes de dejarlo caer sobre la mesa, muy cerca del rastro de migajas que el muchacho había ido dejando.

Con las gambas ocurrió lo mismo. El joven parecía no tener fondo. Imma y William intercambiaron una mirada: temieron quedarse sin cena. Pero todo cambió cuando ella llevó a la mesa el bacalao.

Bastian se quedó inmóvil. Los ojos vidriosos del pez lo miraban desde el plato. El mareo lo golpeó de lleno. El estómago se le cerró, la garganta se le contrajo. Era la tercera vez que presenciaba algo así.

La primera había sido de niño, cuando un cazador sacó del agua al padre de Murgen y lo mató frente a ellos. La segunda, cuando Agatha fue capturada. Ahora, aquel cuerpo inerte, servido como alimento, volvía a recordarle lo mismo: para los humanos, el mar no tenía rostro. *Salvajes*, pensó. *Bárbaros.*

Imma, que apenas le llegaba al hombro, se acercó y le tocó con cuidado los brazos.
—Ven —dijo con suavidad—. Será mejor que te bañes y te pongas algo limpio.

Bastian se levantó aún tembloroso, sin apartar la vista del bacalao, como si el pez lo juzgara desde el plato. Luego se dejó guiar escaleras arriba.

El baño de visitas tenía una bañera pequeña, blanca, cubierta por una cortina verde deslavada. A Bastian le pareció el lugar perfecto.

Apenas se quedó solo, cerró la puerta con seguro y bajó la mirada hacia el collar oculto bajo la tela. El tridente en miniatura colgaba del cordón junto a un pequeño compartimento sellado. Dentro, quedaban restos de un polvo oscuro, fino como ceniza: algas deshidratadas del fondo marino. Sin ese polvo, su cuerpo no podría sostener la forma humana por mucho tiempo.

Llenó la bañera y dejó caer una mínima porción. La reacción fue inmediata. El agua se enturbió y comenzó a espesarse. Filamentos verdes brotaron desde el fondo, multiplicándose con rapidez, adhiriéndose a la porcelana, trepando por las paredes. El baño se impregnó de un olor salobre y denso. Durante unos minutos, el espacio dejó de parecer una habitación humana y adquirió el aspecto de un estanque profundo y oscuro. Bastian respiró con lentitud. La tensión en sus hombros cedió. La piel dejó de arderle.

Cuando el crecimiento alcanzó su punto máximo, recogió con cuidado el residuo concentrado que flotaba en la superficie y lo dejó secar sobre el borde de la bañera. Una vez reducido de nuevo a polvo, lo guardó en el compartimento del collar.

Abajo, las voces de Imma y William se filtraban amortiguadas por el piso de madera. Bastian miró la ventana. La noche había caído por completo.

Esperó. Contó los pasos. Escuchó cómo la casa se aquietaba. Y cuando todo quedó en silencio, se vistió en la oscuridad, aseguró el collar bajo la camisa y salió sin hacer ruido.

H

abían caminado las dos horas completas cuando el bosque cambió. Este era distinto al anterior. Más denso. Más oscuro. Una neblina baja emergía del suelo como humo frío, arrastrándose entre las raíces. La ceniza cubría la maleza y las copas, como si un volcán invisible respirara bajo la tierra. Los troncos se alzaban demasiado rectos, demasiado juntos, formando hileras que confundían la orientación. No se distinguía el final de nada. No se oía absolutamente nada.

Ese silencio envolvía a Amerlía con una sensación de vacío que la angustiaba. El frío se le metía en los huesos como agujas. Cada paso le hacía recordar las heridas que aún no cerraban del todo. A veces, el crujido de una raíz o el lamento lejano de un tronco al tensarse bastaban para erizarles la piel.

—¿Puedes decirme qué hacías en la cabaña? —preguntó Thariel, rompiendo por fin el silencio.
No solo quería una respuesta. También necesitaba distraerse del lugar. Amerlía suspiró.

—¿No vas a dejarlo pasar, verdad?
—No —respondió él, sin titubear.

Ella lo sabía. También sabía que no podía decirle todo. Ni del alquimista. Ni de lo que había descubierto sobre sí misma. Tenía que elegir bien las palabras.

—Escuché un ruido —dijo al fin—. Quería saber qué había dentro.
—¿Y qué encontraste? —preguntó Thariel, con un dejo de curiosidad infantil.

Amerlía bajó la voz, aunque no supo por qué.
—Tenían a una sirena… amarrada.
Thariel frunció el gesto.

—¿Era fea, verdad? —comentó—. Nunca he visto una, pero dicen que son horribles.

Amerlía agradeció la oscuridad.
—Supongo.
—Ojalá la hayan matado —añadió él, con seriedad.

Ese tono… no era el de siempre. Amerlía lo miró de reojo. Hasta entonces, Thariel había sido noble, algo brusco, bromista incluso. Pero cuando hablaba de sirenas, algo en él se endurecía. La ligereza desaparecía. En su lugar quedaba una frialdad afilada. Por primera vez, Amerlía no vio a un amigo. Vio a un cazador.

El sonido de un aleteo cortó el aire. Thariel se detuvo en seco. Tomó una rama seca y, con la mano libre, empujó a Amerlía detrás de él.

—¿Qué pasa? —susurró ella, temblando.
Risas agudas respondieron desde los árboles. No venía de un solo punto, sino de varios.
—¡Corre! —gritó Thariel.
Golpeó algo que parecía un palo con alas, estrellándolo contra un tronco.
—¡Drowins! —vociferó mientras partía a otro en dos.

Amerlía corrió. El aire le quemaba los pulmones. El suelo irregular la hacía tropezar. Detrás de ella, los lamentos de Thariel se mezclaban con el aleteo y las risas chillonas que se acercaban cada vez más.

Un dolor punzante le atravesó el tobillo. Cayó rodando, golpeándose la espalda y la cabeza contra una piedra. El mundo estalló en luces blancas. Gritó. Intentó incorporarse, pero la pierna no respondió. La sangre le corría por la frente y se perdía entre las hojas. No escuchó más pasos. Pensó que Thariel estaba muerto. Una risa sonó muy cerca. Un chasquido. Otro. Como señales.

Amerlía levantó la mirada. Una criatura cayó frente a ella. Pequeña. De piel como corteza seca. Ojos naranjas de pupila vertical. Dientes finos como agujas. Emitió un chillido. Y llegaron más.

Thariel irrumpió entre ellas, golpeando con la rama, partiéndolas contra los troncos. Tenía los brazos llenos de arañazos. Una de las criaturas le mordió el cuello. Otra se le aferró a la espalda.

—¡El árbol! —gritó.
Entre la bruma se alzaba el tronco gigantesco de raíces rojizas.

Thariel corrió hacia él, tambaleándose, arrastrando a dos drowins prendidos de su cuerpo. Se arrancó uno del hombro y lo estrelló contra el tronco. Con la otra mano, ensangrentada, golpeó la corteza. La sangre resbaló por la madera. Las raíces vibraron, se iluminaron y se abrieron. Un hueco oscuro apareció entre ellas.

—¡Ame!

Los drowins lo tumbaron antes de que pudiera dar un paso. Lo cubrieron. Lo mordían. Lo hundían contra el suelo. Thariel lanzó un último golpe ciego… y su cuerpo se aflojó de pronto, pesado, inerte bajo las criaturas.

—¡Thariel!

Amerlía se arrastró como pudo. Cada movimiento era una punzada en el tobillo. Alcanzó a Thariel. Se lanzó sobre él, arrancando a los drowins de su espalda con las manos, sin sentir los mordiscos. Empujó su cuerpo inconsciente hacia el hueco.

—¡Entra…!

Lo rodó dentro. Cayó del otro lado sin reaccionar. Las raíces empezaban a cerrarse. Amerlía gritó y se lanzó hacia adelante, arrastrándose por el suelo mientras el espacio se estrechaba. Se deslizó por el hueco justo cuando la madera crujió detrás de ella, cortando de golpe los chillidos. Silencio.

Quedaron tendidos boca abajo, con el pecho contra el suelo frío. Thariel no se movía. Amerlía intentó respirar. El mundo giraba, espeso, distante. Alzó la cabeza apenas. A unos metros, una tenue luz blanca flotaba entre los árboles. Titilaba y parecía acercarse. Por un instante creyó ver una silueta clara recortada en el resplandor.

—Señor zorro… —susurró—. ¿Alquimista?

La luz le atravesó la mirada. El zumbido creció hasta borrarlo todo. Intentó sostenerse. No pudo. La oscuridad cayó de golpe.
—Amerlía… ¿puedes escucharme? Amerlía.

L

a voz la alcanzó desde lejos. Abrió los ojos con esfuerzo. Una luz blanca la encandiló. Un hombre la observaba con atención, pasando una pequeña linterna frente a su rostro.

—¿Dónde estoy…? —preguntó, con la garganta seca.

—En el hospital. Soy Kaleb, tu médico. —Hizo una anotación sin apartar la vista—. Tienes suerte. Un muchacho te encontró inconsciente en medio del bosque.

Amerlía frunció el ceño.
—¿Un muchacho…?
El doctor no respondió. Guardó la linterna y cerró la carpeta. —Iré a avisar a tu padre. Está afuera.

Cuando quedó sola, intentó incorporarse. El dolor la obligó a detenerse. Bajó la mirada: sondas, cables, un collarín rígido alrededor del cuello. Su pie izquierdo estaba enyesado. Vendajes cubrían brazos, costillas, frente. Cada movimiento despertaba punzadas nuevas.

Escuchó pasos en el pasillo. Voces bajas. La puerta se abrió. Micaela entró primero. Llevaba el abrigo sin desabotonar y el cabello recogido a medias. Sus ojos recorrieron a Amerlía con una rapidez profesional: el yeso, el collarín, los monitores. —Tranquila —dijo, bajando la voz —. Estás a salvo.

Ame tragó saliva.
—¿Dónde está…? —intentó.

—Thariel está estable —respondió Micaela, anticipándose —. Costillas fracturadas. Golpes. Está en otra habitación.

El alivio le aflojó el pecho, pero apenas tuvo tiempo de sostenerlo. Detrás de Micaela entró Bastian. Amerlía abrió los ojos de golpe.

—¿Bastian?
Él se volvió hacia ella y sonrió. No fue una sonrisa amable. Fue calculada.
—¿Qué haces aquí? —espetó ella, intentando incorporarse —. ¡Vete!
El dolor le arrancó un gemido. Micaela apoyó una mano en el borde de la camilla, firme.

—Basta, Ame.
Bastian no se inmutó.
—No fue nada —dijo—. Me alegra haber llegado a tiempo.

Amerlía captó la impostación en su voz. La preocupación fingida. La arrogancia debajo.
—¿Cómo nos encontraste? —preguntó, con la garganta ardiéndole—. ¿Me estabas siguiendo?
—Escuché un grito —respondió él, mirando a Micaela sin titubear—. Caminaba por el bosque cuando lo oí.
Hizo una pausa medida.
—Los vi al pie de un árbol enorme, viejo. Amerlía estaba inconsciente. Thariel apenas podía moverse.
Micaela no cambió de expresión. Solo asintió, como si la explicación confirmara algo que ya había deducido. —Esa zona es inestable —dijo—. Hay troncos podridos, raíces expuestas. Con la neblina, cualquiera puede caer.

Amerlía giró apenas el rostro. Micaela le sostuvo la mirada un segundo. Lo justo. Entonces la puerta volvió a abrirse. Esta vez era Joseph.

Al ver a Amerlía, el gesto de su padre se endureció. Luego su mirada cayó en Bastian y se tensó aún más. Por último, se detuvo en Micaela.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, sin ocultar la sorpresa. —Me avisaron antes —respondió ella—. Vine en cuanto pude.

Joseph apretó la mandíbula, pero no discutió. Se acercó a la camilla. Amerlía cerró los ojos un instante. *Va a matarme*, pensó. O peor: iba a decepcionarse.

—¿Tú la trajiste? —preguntó Joseph a Bastian, midiéndolo de arriba abajo.
—Sí —respondió él—. No podía dejarla ahí.
Joseph lo observó unos segundos, como si buscara una grieta. No la encontró. Al final, lo abrazó con fuerza. —Te debo la vida de mi hija.

Bastian correspondió al gesto con una compostura impecable. Luego giró apenas el rostro hacia Amerlía y le dedicó una sonrisa mínima,

contenida. Victoriosa. El alivio la hizo caer de nuevo sobre la camilla.

—¿Qué hacías en ese bosque? —dijo Joseph, con dureza—. Me mentiste. No había ningún campamento, ¿verdad? Amerlía abrió la boca, pero Micaela habló antes.

—Hubo un deslave menor en una de las rutas —dijo, con tono práctico—. Lluvia, terreno saturado. Decidieron salir antes. Thariel iba a volver de todos modos...

Joseph frunció el ceño.

—Aun así —la interrumpió y se dirigió a Ame—, estás castigada. No volverás a salir sola. De la escuela a la casa. Natación obligatoria. Y no verás a Gabrielle.

Amerlía sintió arder los ojos.
—¿Está claro?
Asintió.

—¿Cómo se supone que salga entonces? —explotó—. ¡Vives en la estación!

Joseph respiró hondo.
—Bastian te acompañará. A partir de ahora.
Amerlía giró el rostro hacia él.
—Thariel puede cuidarme. No necesito una niñera.

—Veo que lo hizo. Excelente trabajo —replicó Joseph, señalando el yeso y los cables.
El teléfono de Joseph sonó. Miró la pantalla y maldijo en voz baja.
—Tengo que volver a la estación.

Le hizo un gesto a Micaela. Ella asintió y salió con él. La puerta se cerró. El silencio cayó como una losa. Bastian se sentó frente a la camilla.

—¿Por qué los Drowins te atacaron? —preguntó. Amerlía se tensó.
—¿Qué son los Drowins? ¿Cómo sabes de ellos?

—Son híbridos de hadas y duendes. Pequeños, rápidos. Chupan la sangre hasta secar a sus víctimas. Tuviste suerte. —¿Por qué me sigues? —espetó ella—. ¿Cuándo vas a dejarme en paz?
Bastian miró su teléfono. Un mensaje nuevo.
—Tengo que irme —dijo, levantándose—. Paso por ti en un par de días. Te llevo al instituto.

Y salió. Amerlía quedó sola, con el sonido distante de los monitores y una certeza incómoda creciendo en el pecho: No estaba a salvo. Solo había cambiado de jaula.

B

astian salió del hospital y el aire salino lo golpeó de lleno. A unos metros, el señor y la señora Mckenzie lo esperaban con impaciencia. Al verlo, Imma alzó la mano en un gesto de alivio.

No sabía en qué momento había empezado a importarle su preocupación. Aquellos humanos le habían dado refugio, ropa limpia, comida caliente. Cosas simples. Cosas que nunca había tenido de verdad. Bastian había perdido a sus padres siendo apenas un niño; no conservaba recuerdos claros de ellos, solo la ausencia. Su tío había tomado el control del reino y de su crianza: disciplina, estrategia, combate. Nada de afecto. Nada de consuelo. Solía decirle que el amor era para los débiles, y que esa debilidad fue la razón del final de sus padres.

Nunca le explicó cómo murieron. Había crecido preparado para gobernar, para mandar, para vencer. Y aun así, ahora sentía culpa. Miedo. Porque empezaba a encariñarse con humanos, y un príncipe no podía permitirse eso.

No sabía cuándo había comenzado: si el día en que William le explicó sobre autos, o la primera conversación nocturna en la cocina, o los

platillos de Imma servidos con una sonrisa, o la fiebre que ella le bajó con paños húmedos cuando enfermó.

Lo que no lograba entender era otra cosa. ¿Por qué esa humana? ¿Por qué la protegía una y otra vez? ¿Qué tenía ella que le despertaba ese instinto oscuro de protegerla?

El día estaba despejado. El aire traía el aroma inconfundible del pan recién horneado de la panadería de la señora Prow. Amerlía cerró los ojos al inhalar. No se había dado cuenta de cuánto había extrañado su casa hasta ese instante.

Avanzó con cuidado apoyándose en las muletas. Thariel caminaba detrás de ella, más lento. Sus costillas sanaban rápido —ventajas de haber crecido entre guerreros—, pero el dolor seguía ahí.

Joseph había insistido en que Thariel se quedara con ellos y Amerlía agradecía no estar sola. Además, tenía encima el trabajo final, la investigación sobre mitología que debía entregar en pocos días. Había decidido hacerlo sobre sirenas. ¿Qué mejor oportunidad que aprender sobre su origen con alguien que venía de un mundo que, hasta hacía poco, creyó imposible? Pensaba pedirle ayuda a Thariel, aprovechar para que le enseñara a entender —y quizá a hablar— el idioma marino, por si algún día lo necesitaba.

Joseph abrió la puerta de la casa y entró primero.

—Ame, ¿por qué no le muestras a Thariel su recámara? — pidió Joseph, dejando una maleta pequeña junto a la entrada —. Yo tengo que regresar a la estación.

Habían pasado cuatro días en el hospital, y por eso Joseph había tenido que mandarles mudas de ropa y algunas pertenencias. También incluyó prendas suyas para Thariel, enormes en él. A Amerlía se le apretó el pecho al recordar a Gabrielle.

—De acuerdo —dijo, y condujo a Thariel hacia la habitación de invitados con torpeza, apoyándose en las muletas.

Tiró del cordón izquierdo del ventilador de techo. La luz se encendió de golpe. El cuarto estaba empolvado y lleno de cajas viejas, algunas húmedas, otras vencidas por el tiempo. No recibían visitas. Ese espacio se había convertido, sin planearlo, en un desván. Ni Joseph, con el trabajo, había tenido tiempo de ordenar, ni a Amerlía se le había ocurrido hacerlo antes.

Abrió las cortinas pesadas para dejar entrar luz. El polvo se levantó y le hizo cosquillas en la nariz. Estornudó.

—Lo siento… —refunfuñó, avergonzada, mientras daba palmadas al colchón para quitarle parte del polvo—. Qué manera de recibirte.

—Está perfecto, Ame —dijo Thariel, despreocupado.

Miró el cuarto con detenimiento. La pared era de un azul marino profundo. Estaba cubierta de acuarelas pequeñas, colgadas en distintas direcciones. Las imágenes eran imprecisas, con trazos torpes, como dibujos de un niño. Thariel se acercó a una y leyó el nombre al pie del papel.

—¿Tú los pintaste? —preguntó, pasando a otra imagen. A Amerlía se le calentaron las mejillas. Avanzó a saltitos, apoyándose con cuidado para quedar a su lado.
—Tenía cinco años —dijo—. No sabía que mi papá había guardado todo eso.
Thariel sostuvo la mirada un instante, con algo opaco detrás de los ojos.
—Eres afortunada —murmuró—. Que un padre se preocupe así… y guarde esos recuerdos.

Amerlía no supo qué responder. Thariel había perdido a sus padres siendo niño. Akona había ocupado ese lugar como pudo, pero no era lo mismo. Nunca lo sería.

Thariel descolgó una de las acuarelas y la observó con más cuidado. Predominaban el azul, el turquesa, el celeste. En una se distinguían dos figuras mayores —una madre y un padre— junto a una niña sonriente. En otra, un barco pequeño bajo un cielo con aves. La que sostenía en ese momento mostraba a una niña nadando al atardecer, el rostro radiante. En todas, de fondo, estaba el océano.

Un golpeteo interrumpió el silencio. Luego, pequeñas pisadas rápidas, como ganchos sobre madera. Thariel soltó el dibujo sobre la cama y ambos se fueron hacia la ventana.

Amerlía soltó un grito y, de un tirón, cerró la abertura que había dejado entreabierta para ventilar. Afuera se agolpaba una colonia de cangrejos rojos brillantes y jaibas azules. Golpeaban el vidrio, trepaban unos sobre otros, desesperados. Había cientos… miles… por todas partes: alrededor del marco, en la fachada de la casa, sobre la arena que rodeaba la propiedad.

Thariel los miró, asombrado.
—Nunca había visto algo así —murmuró—. Tendremos que avisar a la guardia costera.
Se sentó en la cama para recuperar el aliento y volvió a mirar el cuadro, como si necesitara aferrarse a algo quieto.

Amerlía asintió sin apartar los ojos de la ventana. Había algo en la forma en que los crustáceos se apilaban, en cómo insistían contra el vidrio, que le erizaba la piel. No sabía por qué, pero sentía que la estaban mirando.

Un maullido la arrancó de golpe de esa idea. Un gato negro entró en la habitación. Amerlía reconoció los ojos brillantes antes de reaccionar.

—¡Mr. Ruffus! —exclamó, feliz, avanzando como pudo para acariciarlo.

La respuesta no fue la que esperaba. El gato erizó el pelo y lanzó un bufido. Le mostró las garras y, antes de que Amerlía pudiera detenerse, le arañó el mentón. El dolor fue rápido, punzante. Ame retrocedió para esquivar otro zarpazo, pero el movimiento la desbalanceó. Cayó sentada de golpe. Se quedó quieta, aturdida. Mr. Ruffus salió disparado de la habitación, como si huyera de algo que solo él podía ver.

—¿Te ayudo a levantarte? —preguntó Thariel.
No esperó respuesta. Ya estaba de pie, ofreciéndole ambas manos. Amerlía las tomó con lentitud, todavía rígida. —¿Es tu gato? —preguntó él.

Amerlía asintió, aún desconcertada. Lo habían adoptado en un centro de animales cuando era cachorro. Ella y su padre lo llevaron a casa hacía ocho años. Desde entonces habían sido inseparables. Hasta ahora.

—Quizá es por mi olor… —murmuró, más para convencerse a sí misma—. Por estar tanto tiempo fuera.

Thariel asintió, satisfecho con esa explicación. Pero Amerlía no. Desde su primera transformación con el Alquimista, algo en ella había cambiado. No sabía exactamente qué, pero lo intuía con una certeza incómoda: las consecuencias de lo que había hecho apenas comenzaban.

—¿Pero por qué quieres investigar precisamente sobre sirenas, habiendo tantos temas fascinantes? —preguntó Thariel.

A

mbos entraron a la biblioteca del pueblo. Cerca de la entrada había una pequeña barra donde servían bebidas y comida. Amerlía pidió un chocolate caliente; Thariel eligió un sándwich de jamón y queso.

—Muchas gracias —dijo Thariel a la mesera, recibiendo la orden sin reparar en la sonrisa insistente con la que ella intentaba coquetearle.

Se fueron al fondo, hacia el área de libros, y luego a las escaleras que llevaban a la planta alta, donde había mesas pequeñas para estudiar. A Ame le pareció diminuta comparada con la biblioteca del instituto, pero seguían en vacaciones y la escuela estaba cerrada.

Antes de que Amerlía pudiera responderle a Thariel, una voz suave se deslizó desde una mesa escondida al fondo. —Llegas tarde.

Ambos giraron la cabeza. Una figura blanquecina se deslizó entre los estantes: Bastian. Llevaba una playera negra y jeans desteñidos. Amerlía sintió que sus ojos le atravesaban la espalda. Se le erizó la piel.

—¿Qué haces aquí? —logró preguntar, con la voz tensa. —¿No recuerdas que tu padre me pidió vigilarlos? — respondió él, riéndose mientras se acercaba.
Thariel lo miró con molestia y cerró los puños, instintivamente. Bastian lo notó; sus ojos se deslizaron hacia él. —¿Y quién es tu perro pulgoso?
Thariel apretó los dientes. Iba a lanzarse sobre él cuando Amerlía le puso una mano en el hombro, frenándolo. —No le digas perro pulgoso a mi amigo Thariel.
—¿Ah, no es tu perro pulgoso? —insistió Bastian con ironía, rodeando a Thariel como si lo inspeccionara.
—¡No! —espetó Amerlía.
—¿Segura? —Bastian ladeó la cabeza—. ¿No te sigue como perro faldero? ¿No se te pega como garrapata?

Volvió a mirarla, midiendo su reacción. Ame tragó saliva. No supo qué contestar. Bastian ya se daba la vuelta cuando ella soltó, como una navaja, una pregunta que no quería hacer.

—¿Acaso te importa?
Bastian se detuvo. Se giró despacio, confundido. La miró como si

acabara de escuchar algo inesperado.
—No —respondió, pero su voz sonó extraña, poco firme. Antes de que Amerlía pudiera decir otra cosa, la voz familiar de una mujer inundó la habitación.
—¿No vienes?

Murgen. Había apoyado una mano en el hombro de Bastian. Amerlía alcanzó a ver sus uñas afiladas, casi como garras. A un lado apareció Marlí, silencioso.

Thariel se quedó mirando a Murgen, sorprendido. Era tan hermosa como Amerlía: ojos jade que recordaban las aguas profundas, cabello rizado y rojo como fuego. Murgen le lanzó una mirada irritada. Thariel bajó la vista al instante, avergonzado.

—¿Qué es lo que quieres hacer en la biblioteca? —preguntó Bastian con curiosidad.

—Eso no te compete —respondió Amerlía, seca—. Si mi papá te pidió que nos vigilaras, no te pidió que te metieras en mis cosas.

Bastian curvó una comisura en una mueca burlona, se dio la vuelta y regresó a su mesa con Marlí y Murgen. Amerlía se movió rápido hacia otra mesa con Thariel. Aun así, sintió a Bastian mirándola de vez en cuando, como si no terminara de irse.

—Thariel —dijo en voz baja—, necesito que me cuentes todo lo que sabes sobre las sirenas.

Sacó hojas en blanco y un bolígrafo. Luego deslizó con cuidado el libro que había sacado de la cabaña de los Drakyr. Thariel frunció el ceño.

—¿De qué es ese libro?
—Lo encontré en la cabaña —respondió Ame—. Es sobre monstruos y mitología marina.

—¿Quién te dijo que era sobre monstruos y mitología marina? —Thariel le arrebató el volumen para verlo más de cerca.

Amerlía miró la portada. Tenía un símbolo de caracol grabado. Parecía hecho de concha nácar y algas marinas. El título estaba escrito en una lengua que ella no podía descifrar. *¿Agarré otro libro por error…? ¿Me imaginé lo demás…?*

Thariel lo abrió. Entre las páginas había conchas incrustadas y pequeños caracoles marinos secos. Amerlía seguía sin entender una sola palabra, pero Thariel recorría el texto como si lo leyera con naturalidad, cada vez más atento.

—No sabía que había distintos reinos en el mar —murmuró, asombrado, sin levantar la vista—. Amerlía… este libro es la historia de uno de los reinos.

—¿De cuál? —preguntó ella, más entusiasmada de lo que habría querido.
—Del reino principal del océano Pacífico —respondió Thariel—. El de la familia Ondravel. El reino de los caracoles.

Bastian, que estaba escuchando, se incorporó de golpe, listo para ir hacia ellos. Marlí y Murgen lo sujetaron, frenándolo. Bastian se quedó inmóvil unos segundos, la mirada fija, y al final volvió a sentarse. Si quería averiguar qué tramaban esos cazadores, lo peor que podía hacer era levantar sospechas.

Thariel siguió leyendo, y Amerlía sintió cómo la curiosidad le crecía por dentro, como un hilo que tiraba de ella.

Según el libro, existían siete reinos: el reino de los pingüinos, en el océano Antártico; el reino de los osos, en el Ártico; el reino del marlín, en el Índico; en el Atlántico, el reino de las estrellas… También mencionaba un reino descrito como inframundo, y otro del que hablaba con un tono distinto: uno salvaje, sin protocolos,

desaparecido desde hacía millones de años. Por un instante, Amerlía pensó en lo fantástico que sería explorarlos.

Su mirada regresó al reino Ondravel. Y con él llegó una sensación hueca en el estómago, un vacío que subía al pecho sin explicación.

El reino de los caracoles era el más importante. El que abarcaba mayor territorio en el Pacífico. El texto estaba escrito en un idioma antiguo que Thariel llamó "Atlénico puro", proveniente de Atlantis. Cada reino tenía dialectos derivados —Kaishen, Sénatl, Aelvían, Drathen—, usados para reforzar identidad y pertenencia. Pero todos, sin excepción, hablaban Atlénico puro: el idioma del reino que regía a los demás.

Amerlía empezó a distinguir algunas palabras y frases que se le hacían familiares:

Naelora shalë thal'ën —El mar purifica la vida. *Kaesh'en Sireth véthra* —El corazón de sirena es poder.

Esa última le atravesó el estómago con un dolor agudo. Tuvo que respirar hondo. Era como si esa frase se la hubieran repetido demasiadas veces.

La risa de Thariel cortó la sensación. Luchaba por ahogarla, pero se le humedecían los ojos. Se limpiaba las lágrimas con la manga.

—¿Qué te da tanta risa? —preguntó Amerlía, intrigada. —La sarta de tonterías que dice este libro —respondió, recobrando el aire. Amerlía frunció el ceño. Thariel se enderezó y dejó el libro a un lado. La expresión se le endureció.

—Aquí dice que fueron los humanos los que iniciaron la guerra —murmuró—. Que por culpa nuestra ellos tuvieron que esconderse. Se hacen las víctimas… cuando fueron ellos quienes rompieron la promesa primero.

—¿Y si es verdad? —preguntó Amerlía.
Thariel la miró con recelo, como si esperara una broma. No la encontró. Su postura se cerró.

—¿Qué quieres decir con eso?
Amerlía vaciló.

—Solo… —dijo con cuidado—. Solo que nadie sabe qué pasó realmente ese día. Pueden haber exagerado. O cambiado las cosas a su conveniencia.

Thariel miró a Ame, perplejo. Amerlía alcanzó a notar cómo se le tensaban los músculos, como si la incomodidad le subiera a la piel.

—¿A qué quieres llegar con todo esto? —soltó.

Se había acercado con los puños cerrados, demasiado cerca, demasiado brusco. Amerlía abrió los ojos, sorprendida. Thariel también pareció impactarse al reconocer su propia reacción. Aflojó las manos de inmediato, las apartó del rostro de su amiga y retrocedió un paso. Respiró hondo. Regresó a su silla con movimientos controlados.

—Claro que mienten —dijo, ahora con la voz más pareja—. Los Drakyr somos incapaces de engañar. En cambio, esos demonios del mar… ellos sí saben manipular.

Amerlía tragó saliva.

—Bueno… —añadió Ame, midiendo las palabras—. También dicen que las sirenas son feas. Y la que yo vi era hermosa.

En la otra mesa, Bastian se tensó. *Ya estuvo con una sirena*. La idea le golpeó la cabeza como una ola fría. Si esa cazadora había tenido contacto directo, tenía que ser más meticuloso que nunca. No podía arriesgar su identidad, ni la de Murgen y Marlí.

Amerlía le lanzó un vistazo rápido por el rabillo del ojo. *No pueden haber escuchado*, pensó. Estaban al otro extremo de la sala. Volvió a mirar. Murgen sonreía, como si Ame acabara de dedicarle un cumplido. La sonrisa era demasiado limpia. A Amerlía le resultó perturbadora. Levantó la vista y se topó con sus ojos. Un escalofrío le recorrió la espalda. Había algo en esa mirada que no quería sostener.

—Creo que la lección se acaba por hoy, Amerlía —dijo Thariel de pronto.

Se levantó con tanta prisa que la silla chilló. Bajó las escaleras casi corriendo, sin darle tiempo a Ame de responder. Amerlía se quedó inmóvil. Lo vio perderse tras la barandilla, salir por la puerta de cristal y doblar la esquina sin mirar atrás.

Thariel avanzó por la calle empedrada con el ceño duro, preguntándose si estaba más molesto por la intromisión de Amerlía en asuntos de su familia… o por el hecho de que ella no le quitaba la mirada de encima a Bastian.

Amerlía cerró los ojos, consternada, y volvió al libro abierto sobre la mesa. *¿Cómo diablos voy a descifrar esto sin Thariel?*

Pasó páginas. Las letras seguían siendo extrañas. Y, al mismo tiempo, demasiado familiares. Las miró una y otra vez, como si por insistencia fueran a revelarse. Resopló, frustrada. Antes de que pudiera cerrar el libro de golpe, una voz odiosa se deslizó sobre su hombro.

—Creo que me equivoqué. Tu perro no era tan fiel, después de todo.

Amerlía levantó la vista. Bastian estaba ahí, pálido como el hielo, con esa media sonrisa que parecía burlarse incluso cuando callaba. A Ame se le dibujó una mueca de desprecio.

Los ojos de Bastian brillaron con una intensidad extraña, como dos brasas detrás del frío. Todo en él era atractivo y, al mismo tiempo,

preocupante. Amerlía no terminaba de decidir qué lado ganaba. Se incorporó, lista para irse.

—¿A dónde vas? —la detuvo.
—Si vas a estar molestándome, mejor me voy —respondió sin mirarlo.

Ya estaba cansada. Y si quería aprobar la materia, lo más sensato era hacer la investigación por su cuenta. Estiró la mano hacia el libro, pero Bastian se le adelantó y apoyó la palma sobre él, bloqueándolo. Amerlía alzó la mirada hasta encontrarse con sus ojos.

—¿Ahora qué quieres? —refunfuñó, cruzándose de brazos. —Voy a ayudarte con el trabajo —dijo él.

Arrastró una silla y se sentó a su lado antes de que ella pudiera protestar. Del otro lado, Murgen apretó los puños. La irritación le subió sin filtro. No podía permitir que una humana patética le quitara el afecto que tanto le había costado ganarse. Marlí, en cambio, observaba la escena con interés, preguntándose qué estaba tramando el príncipe.

Amerlía no supo cómo reaccionar. La presencia de Bastian le provocaba escalofríos. Cerca de él, siempre se volvía torpe, como si le fallaran los reflejos. Se apartó el cabello del rostro y lo miró, confundida.

—¿Por qué quieres ayudarme?
Bastian se recostó en la silla con una actitud deliberadamente relajada. Cruzó los brazos.

—Le prometí a tu padre que entrarías al equipo de natación —dijo—. Pero para eso necesitas buenas calificaciones. Y, según mis fuentes, no vas muy bien.

A Amerlía se le calentaron las mejillas. Apartó la mirada, esperando que él no lo notara. En general tenía buenas notas, pero ese último

ciclo había sido un caos. Por más que lo intentaba, no conseguía concentrarse. Bastian aprovechó su silencio.

—¿Por qué elegiste hacer el trabajo sobre sirenas?

Amerlía lo miró, sorprendida. No esperaba esa pregunta de él. Mucho menos con ese tono. Sintió un impulso de cerrarse, de proteger lo que sabía. No podía permitir que notara cuánto conocía. No podía confiar en nadie.

Se tomó un momento. Podía inventar cualquier cosa. Pero, en lugar de eso, dijo lo que de verdad le pesaba por dentro. —Porque siento que las sirenas son criaturas incomprendidas.

Bastian parpadeó, genuinamente desconcertado. De todas las respuestas, esa era la última que esperaba. Amerlía, al notar su duda, continuó, más despacio.

—Todo lo que se dice de ellas es fatalidad. Que son malvadas. Que atraen marineros y niños por deporte con un canto letal. Que su misión es destruir al mayor número de humanos posible… —su voz bajó un poco—. Pero ¿y si no fuera así? ¿Y si fueran como aquí? Hay gente buena y gente mala. ¿No podría ser igual?

Bastian se quedó quieto. La miró desde otro ángulo. *¿Y si no todos los cazadores son iguales? ¿Y si ella…?*

Le vino a la mente la casa de los McKenzie, el pan tibio, las conversaciones, el cuidado sin condiciones. No todos los humanos eran inútiles ni crueles. Había otros. Había excepciones.

Sus ojos se encontraron. Ame sintió el corazón golpearle el pecho. Por primera vez, Bastian no la miraba como una amenaza. Bajó la vista al libro para cortar la tensión.

Bastian siguió la línea del texto… y se le congeló el rostro. Era el tratado de los Ondravel. El reino de los caracoles. El territorio de

Marina, su prometida, desaparecida hacía trece años. *¿Cómo lo consiguió? ¿Por qué lo tiene?*

Sus ojos descendieron una línea más y, sin pensarlo, leyó en voz baja:
—*El corazón de sirena es poder*…

Se detuvo. Demasiado tarde. Amerlía alzó la mirada lentamente. Bastian sintió el error como un golpe en el estómago. Carraspeó y cerró el libro con cuidado, como si apenas lo estuviera inspeccionando.

—Es atlénico —dijo con ligereza forzada—. Se parece mucho a otras lenguas antiguas. No es tan difícil reconocer ciertas frases.

Amerlía no parpadeó. Bastian desvió la vista hacia la portada, como si analizara el material. Tamborileó los dedos sobre la concha nácar.

—¿De dónde sacaste esto, exactamente? —preguntó, con un tono que intentaba sonar casual.
Amerlía sostuvo su mirada un segundo de más.
—Lo encontré en la biblioteca —respondió, encogiéndose de hombros.

El silencio fue corto, pero pesado. Bastian no le creyó. Se notó en la rigidez de su mandíbula. Aun así, respiró hondo y suavizó la expresión, como si nada tuviera importancia.

—Si quieres buena nota, necesitas algo más sólido que lo que Thariel estaba diciendo. Yo puedo ayudarte a traducirlo. Amerlía lo observó con atención. No solo "reconocía frases". Había leído con demasiada fluidez. Pero no dijo nada. Asintió. —Está bien.

Bastian abrió el libro de nuevo, esta vez con una cautela que no pasó desapercibida. Amerlía sostuvo el bolígrafo entre los dedos, atenta. Entre ambos cayó un silencio contenido, cargado de lo que ninguno se atrevía a preguntar. Sabían que el otro mentía en algo, que la

desconfianza seguía intacta; aun así, decidieron no empujar el límite. Por ahora, les convenía fingir que aquello era solo un trabajo escolar.

L

os días pasaron rápido. Las lecciones con Bastian habían dado frutos. Amerlía jamás habría imaginado que el atlénico le resultaría más fácil que cualquier otro idioma, como si se le acomodara solo, natural, sin esfuerzo.

Thariel ya le había pedido perdón por lo sucedido, pero ella se negó a retomar las lecciones con él. Prefirió seguir con Bastian, quien —para su sorpresa— ya no le resultaba tan repugnante. Thariel, molesto, se alejó argumentando que no podía quedarse a mirar cómo Amerlía tomaba malas decisiones. No era la primera vez que le pasaba algo así. Gabrielle, su mejor amiga, se había alejado sin despedirse. Parecía un patrón familiar: gente que desaparecía y la dejaba con el silencio.

Al día siguiente volvían las clases en el instituto y Amerlía no tenía tiempo para hundirse, aunque de vez en cuando se descubría pensando en Thariel: si lo habrían aceptado de nuevo, si lo estarían castigando por haber dejado escapar a un polizón, si estaba bien.

El primer día de regreso fue duro. Amerlía miraba una y otra vez el banco vacío de su amiga. Ginna, Gema y Gretel preguntaron por Gabrielle, y Ame no supo qué responder. Sin Gabrielle, el acoso en el salón regresó. La soledad se le pegó a la ropa. Su único consuelo era que volvería a nadar.

Observó el reloj del aula hasta que los minutos se arrastraron al fin. Se puso de pie antes de que sonara la chicharra y salió hacia los canales de nado.

No supo si estaba más emocionada por volver a sentir el agua en la piel… o por ver a Bastian otra vez. Su presencia le quitaba peso a la

soledad. Y las lecciones sobre sirenas, tritones y los Ondravel habían creado entre ellos una cercanía incómoda, difícil de ignorar.

Había obtenido una buena calificación en el trabajo final, aunque nunca estuvo segura de si el maestro creyó lo que decía… o si la favoreció por la amistad con Joseph. No lo juzgaba. Ella misma tardó en aceptar lo que había descubierto. Un mundo acuático con reinos y lenguas sonaba imposible. Pero después de lo que había visto —criaturas fantásticas, unicornios, hadas— ya nada le parecía tan descabellado.

Fue a los vestidores. Se puso el traje de baño, la gorra y los goggles. Había llegado antes que los demás y aprovechó la piscina vacía.

Llenó los pulmones y se lanzó de cabeza. El agua fría le recorrió cada centímetro del cuerpo. Sostuvo la respiración, emergió y empezó a bracear. El bienestar fue inmediato, limpio. Allí no existían voces, ni pasillos, ni miradas. Solo ella y el agua.

Un silbato sonó a lo lejos. Amerlía viró y nadó hacia la orilla. Bastian la observaba desde el borde. También estaban varias alumnas, mirándola con reprobación. Entre ellas, Victoria, como siempre saltándose las reglas: era la única con un traje con escote marcado. Ame se impulsó fuera del agua y quedó frente a él.

—Amerlía, no puedes meterte cuando tú quieras —dijo Victoria con voz dulzona—. Hay un horario, ¿no es así, profe?

Amerlía le lanzó una mirada seca. Conocía el juego: quería quedar bien con Bastian. Las demás asintieron, murmurando. Bastian levantó una mano y el grupo se calló.

—Amerlía —dijo él, serio—. Tienes que seguir las reglas o tendré que sacarte del equipo. ¿Está claro?
Ame notó una sonrisa mínima en una comisura, apenas un destello. Pero el tono seguía firme.

—Perdón, profesor —respondió—. No sabía la regla. No volverá a pasar.

—Bien. Las que no estén cambiadas, cámbiense. Las que ya están listas, al agua. Diez vueltas de ida y vuelta como calentamiento.

Iba a silbar de nuevo cuando una figura apareció frente a las gradas.

—Lamento llegar tarde, profesor.
Bastian se quedó inmóvil. Murgen.

Amerlía ya la había visto en la biblioteca, pero aun así la belleza de la chica volvía a sorprenderla: ojos azul verdoso profundos, labios rojos y carnosos, cabello largo que caía como fibras de estambre. Las alumnas la miraron con fascinación… y con recelo.

Bastian, en cambio, parecía irritado. No había en su rostro ni una pizca de agrado.
—Ahorita vuelvo —ordenó—. Voy a mostrarle a su nueva compañera las instalaciones. Ustedes empiecen.
Sujetó a Murgen del brazo y la condujo hacia los vestidores. Las miradas los siguieron como flechas. Victoria los fulminaba.

Amerlía intentó concentrarse en el calentamiento, pero sintió la mirada de Murgen clavándosele encima. Levantó la vista sin querer y sus ojos se encontraron. A Ame se le cerró la garganta.

Bastian aceleró el paso, como si quisiera escapar de ese momento, hasta que ambos desaparecieron de la vista. Cuando estuvieron fuera del radar, Bastian soltó el brazo de Murgen y se giró hacia ella.

—¿Qué crees que estás haciendo?
Murgen sonrió, pícara. Miró hacia la piscina y respondió: —Haciendo lo que le prometí a tus padres… protegerte.

—¿Protegerme? —Bastian soltó una risa ahogada—. ¿Sabes con quién estás hablando? Me he enfrentado a nereidas y monstruos. He

salido victorioso. No necesito que una niña me cuide.

—Sé quién eres, Bastian —dijo Murgen—. Sé todo lo que has hecho. Eres un gran guerrero… y el príncipe heredero del reino de los osos. Pero con ella pierdes el juicio.

—¿De qué demonios hablas? —resopló él.
Murgen ya no lo miraba. Seguía con los ojos a Amerlía, que cumplía los ejercicios en el agua. Bastian entendió.
—Estás loca —dijo, entre dientes—. Ella es una cazadora. La quiero muerta tanto como tú.
—No soy la única que lo nota —insistió Murgen—. Marlí también. Esa humana te importa más de lo que debería.

Bastian apretó la quijada. Sus ojos pasaron de Murgen a Amerlía, que salía del agua rumbo al trampolín para clavarse. Murgen tenía razón, y eso lo enfurecía.

Había salvado a Amerlía más de una vez, y no solo por estrategia. No podía engañarse. Había visto morir a demasiados hombres y mujeres; él mismo había matado en el pasado cerca del Ártico sin titubear. Pero con ella… algo se interponía. Aun así, primero estaban los suyos. Los cazadores debían morir. Era su reino o ellos.

—Ella no me importa —dijo al fin, cruzándose de brazos—. Tengo que ganarme su confianza para dar con la colmena, ¿lo recuerdas? Encontrar a la abeja reina y cortar de raíz. Ese era el plan.

Murgen se acercó y le rodeó el cuello con un brazo, demasiado familiar.
—Demuéstrame que no te importa.
—¿Cómo? —preguntó Bastian, ronco. El nudo en la garganta no se le iba.
Murgen sonrió.
—Mátala.
Bastian tragó saliva. Le apartó el brazo con un movimiento brusco. Sintió un vuelco en el estómago.

—La necesitamos —dijo, intentando sostener el argumento. Murgen lo miró como si ya supiera la verdad. Se acercó a su oído.
—Solo te diré algo, Bas… si no lo haces tú, quizá alguien más se te adelante.
—¿A qué te refieres…? —empezó, sobresaltado.
Murgen lo interrumpió, alzando la voz para que el resto escuchara, como si nada hubiera ocurrido.
—Gracias por enseñarme las instalaciones, profesor. Nos vemos mañana. Estoy emocionada de unirme a esta clase.

Sonrió… con la mirada fija en Amerlía. Ame apartó los ojos de inmediato. El estómago se le contrajo y el pulso se le disparó. Aquella chica le traería problemas. No era una sospecha: era una certeza fría. Murgen se dio la vuelta y se alejó, dejándolo a él con las palabras atoradas en la garganta.

Bastian permaneció inmóvil unos segundos antes de regresar con el grupo y retomar la práctica. Intentó actuar como si nada hubiera ocurrido, pero la incomodidad se le notaba. Por más que se obligaba a concentrarse, su atención regresaba una y otra vez a Amerlía. La advertencia de Murgen seguía latiéndole en la cabeza, y la sensación de estar siendo observado no lo abandonaba.

Se sorprendió siguiéndola mientras nadaba. La fluidez de sus brazadas, la facilidad con que se deslizaba bajo el agua, la forma en que emergía sin esfuerzo. Era demasiado rápida. Demasiado precisa. Era el centro de su atención... y alguien podría notarlo. El miedo a verse descubierto fue suficiente para apurar el final de la clase.

—Eso es todo por hoy —anunció—. Recojan sus cosas y retírense.

No esperó respuestas. Se alejó hacia los vestidores con pasos largos, en medio de miradas desconcertadas y algunos murmullos. Necesitaba distancia.

Se quedó en las regaderas un buen rato. El agua le golpeaba los hombros, constante, y aun así la cabeza no se le callaba. Cada vez

tenía más dudas sobre Amerlía.

La había observado en las prácticas y había cosas que no encajaban. Era demasiado rápida. Sus tiempos eran absurdos: mejores que los de cualquier campeón, quizá incluso mejores que los suyos. Su destreza rozaba lo imposible. Aguantaba la respiración más de seis minutos sin mostrar esfuerzo.

Las palabras de Murgen regresaban una y otra vez, mezcladas con el ruido del agua: *Mátala… si no lo haces tú, quizá alguien más se te adelante*. ¿Qué quiso decir? ¿Se atrevería Murgen a intentarlo?

Un mareo breve lo obligó a bajar la vista hacia el collar y el pequeño frasco que colgaba de él. El efecto de las algas estaba debilitándose. Necesitaba más, o corría el riesgo de transformarse en tritón.

Cerró la llave de la ducha. Se envolvió la toalla alrededor de la cintura, se secó con rapidez y se vistió. Ya no se trataba solo de vigilar a Amerlía. Ahora también debía vigilar a Murgen. Antes de que fuera demasiado tarde.

E

ra miércoles, el primer día que Murgen cruzó esa puerta. Amerlía había querido creer que todo se trataba de amenazas vacías, que jamás se inscribiría en el instituto. Se equivocó.

La primera semana pasó sin incidentes visibles, aunque su presencia no fue precisamente discreta. Su belleza la convirtió de inmediato en tema de conversación entre los alumnos, que no perdían oportunidad de acercarse. Murgen, sin embargo, los ignoraba a todos. Su atención estaba fija en una sola cosa: Bastian.

Amerlía, en cambio, se sentía aliviada. Cada contacto con Bastian la ponía nerviosa, y tenía demasiadas cosas en qué concentrarse: aprender más sobre las sirenas y, sobre todo, dominar el uso del anillo que le había entregado el alquimista. Había encontrado un

capítulo entero dedicado a ello en el libro de los Ondravel, pero jamás se habría atrevido a leerlo frente a Bastian. Había logrado ocultar el anillo sin despertar sospechas. Hasta ahora.

Victoria no veía con buenos ojos que Murgen se moviera como la sombra de Bastian. Desde el primer día decidió ponerle un alto. Había resuelto que él sería suyo y no pensaba permitir que una alumna nueva se interpusiera.

Ocurrió al final del entrenamiento, antes de que entraran a las regaderas. Amerlía había llegado antes que el resto. Se refugió en uno de los cubículos del fondo, aún vestida, apoyada contra la pared fría. No abrió la llave. Necesitaba un momento a solas antes de volver a enfrentar miradas y comentarios.

Poco después entraron Victoria y sus amigas. Las risas rebotaron en los azulejos. Murgen apareció al final, silenciosa. Con un gesto seco, Victoria hizo que las demás chicas abandonaran el área. Cuando quedaron solas, se plantó frente a Murgen.

—No sé si lo sepas —dijo Victoria—, pero Bastian es mío. Murgen la miró y soltó una risa baja.

—¿Te da risa? —Victoria dio un paso adelante, hasta quedar a centímetros de su rostro—. He sido amable porque eres nueva, pero aquí mando yo. Y si te digo que te apartes de Bastian, te apartas.

Murgen entrecerró los ojos.
—Ten cuidado, perro sarnoso —respondió con desprecio. Victoria apretó los dientes.

—Mi papá está en el comité del colegio. Si quiero, hago que te echen como cucaracha. No te conviene meterte conmigo.

Le dio la espalda, entró a un cubículo y cerró la puerta de golpe. Murgen la imitó. Cerró la puerta de su cubículo, retiró la peineta

barroca y dejó caer su cabellera rizada hasta la cintura. El agua comenzó a correr. Sonrió. *Tengo que darle una lección.*

Alzó la peineta por encima del muro de las regaderas y murmuró unas palabras apenas audibles. Pasaron solo unos segundos.

—¡Ahhh!

El alarido atravesó el vestidor. Una nube de vapor comenzó a escapar del cubículo de Victoria. El agua hirviendo le quemaba la piel. Golpeó la puerta desesperada, pero no cedía. Las llaves no respondían.

Amerlía contuvo la respiración y se encogió contra la pared. El corazón le martillaba en los oídos. Las alumnas regresaron corriendo, intentando abrir la puerta. Los gritos se mezclaron con el caos.

Murgen deshizo el conjuro a regañadientes y salió de su cubículo con el cabello mojado, fingiendo confusión. La puerta cedió. Victoria se desplomó sobre el piso mojado. Ya no había gritos. Yacía inmóvil, con el cuerpo enrojecido y el rostro cubierto de ampollas.

Desde el fondo del vestidor, Amerlía no se movió. El ruido, el vapor, las voces… todo la protegía. Nadie miró hacia su cubículo. Había reconocido el murmullo, la vibración breve en el aire. Sabía la verdad. Y sabía también que no podía decir nada. Si lo hacía, su identidad quedaría expuesta.

Bastian llegó al vestidor segundos después, alertado por el alboroto. Se detuvo al ver la escena, el vapor aún flotando, el cuerpo inmóvil en el suelo. Frunció el ceño. Sin decir palabra, se dio la vuelta y salió a buscar ayuda.

Cuando volvió con los enfermeros, Amerlía aprovechó la confusión para deslizarse fuera del cubículo y mezclarse disimuladamente con el resto del grupo. Murgen observaba la escena con una expresión de preocupación cuidadosamente ensayada mientras los camilleros llevaban a Victoria a una ambulancia.

Bastian la tomó del brazo y la apartó del resto.
—¿Qué hiciste? —preguntó en voz baja, tensa.

—No sé de qué hablas —respondió Murgen con inocencia fingida.
—No intentes engañarme —replicó él—. Reconozco esas ampollas.
Murgen dejó de fingir. Sonrió.
—Me costó perfeccionar el conjuro —admitió—. Ya tenía ganas de probarlo.

Luego ladeó la cabeza.
—¿O es que ahora también te preocupa esa humana?

—Victoria era la segunda mejor nadadora —dijo Bastian—. Sin ella, la competencia se complica.
Murgen soltó una risa breve.
—Para entonces ya nos habremos ido. ¿Por qué te importa tanto una competencia?
Bastian guardó silencio.
—No debemos llamar la atención —dijo al fin—. Son más inteligentes de lo que crees.
—Lo sé —respondió Murgen—. Nadie nos vio.
—No pueden ver tu tridente —insistió él—. Sería un desastre si cayera en manos equivocadas.
Murgen abrazó su peineta con fuerza. Sin ella, una sirena no era nada. Bastian dio unos pasos, luego se detuvo y regresó.

—Prométeme que no volverás a hacer nada sin decírmelo. Murgen esquivó su mirada. Él le alzó el mentón con la mano. —Prométemelo.
Murgen asintió.
—Te lo prometo.

Bastian se alejó rumbo al aula. Murgen sonrió para sí. *Prometo no hacer nada… después de acabar con esa cazadora*.
E

l domingo amaneció despejado. El aire conservaba la frescura de la lluvia nocturna y todo olía a tierra mojada. Era uno de esos días que

parecían invitar a hundirse en el mar… y Amerlía no pudo resistirse a sentirlo en la piel.

Se levantó sin hacer ruido. Entre las manos llevaba el libro de la familia Ondravel, el mismo que días atrás le había mostrado algo imposible: al mojarlo por accidente mientras bebía agua, una luz dorada se encendió entre las letras y luego el líquido desapareció, absorbido por la magia del texto. Desde entonces, una vibración persistente le habitaba el pecho. Algo dormía en esas páginas. Algo que el mar podía despertar.

Mr. Ruffus dormía sobre el marco de la ventana, ajeno al mundo. Amerlía caminó con cuidado; el felino tenía la costumbre de saltarle encima como si aún fuera su presa favorita. El aroma a café flotaba en la casa, tibio y familiar. Sobre la barra de la cocina, una rosquilla de chocolate a medio morder confirmaba que Joseph había salido temprano rumbo a la estación.

Ame se puso el traje de baño azul, se enfundó una chaqueta ligera por el frío, tomó la rosquilla y se sirvió un poco de café. Antes de salir, respiró hondo, como si necesitara llenarse de valor, y cerró la puerta con un golpe suave.

El viento salado la recibió de inmediato. Le agitó el cabello y le rozó la piel con una caricia fría. El césped, largo y sin cortar, se mecía con la brisa. La mezcla de tierra húmeda y arena crujía bajo sus pies mientras avanzaba hacia la costa. Las olas rompían una tras otra en la orilla y se retiraban con un siseo, dejando una espuma blanca, temblorosa, antes de deshacerse.

Amerlía se detuvo con los ojos cerrados. El mar la llamaba de una forma que no podía explicar, como una voz antigua resonándole por dentro. No lo pensó. Se quitó la chaqueta, dejó las sandalias abandonadas en la playa y se internó.

El agua estaba fría, pero para ella fue un alivio, como un abrazo conocido. Se sumergió con un movimiento limpio. Emergiendo

apenas lo necesario, giró el anillo y activó el símbolo del agua.

La transformación la recorrió de inmediato: las piernas se unieron, se alargaron, y una gran aleta gris, brillante y cubierta de escamas, sustituyó su forma humana. Amerlía se dejó hundir, apretando el libro contra el pecho.

Bajo el océano, el texto resplandecía con un brillo nacarado, como si respondiera a su presencia. Nadó hacia lo profundo; cuanto más se alejaba de la luz, más se iluminaba su cabello, encendiéndose como una lámpara submarina.

Al mirar hacia arriba, vio pasar un barco enorme. Proyectaba sombras ondulantes, pesadas, que se deslizaban como monstruos dormidos. A su alrededor, el mundo era un silencio azul: algas agitándose como banderas, corales que destellaban colores imposibles, peces curiosos que la observaban desde lejos. No había nadie. Solo ella y el océano.

Abrió el libro de concha nácar. Las letras ya no eran las mismas que había visto en tierra. Ahora ardían con una luz dorada, intensa, casi palpitante. Había textos que antes no existían; las páginas se revelaban como si el mar les devolviera su forma verdadera.

Un mapa se desplegó ante sus ojos, marcando la ubicación exacta de cada reino. Más adelante aparecían hechizos antiguos, rituales olvidados y advertencias en una lengua que parecía cantar.

Pasó la página. Encontró un capítulo dedicado al anillo del alquimista. Allí se explicaban los cinco íconos: tierra, agua, fuego, hielo y aire. Cada símbolo resplandecía con un brillo distinto, como si reconociera a su portadora.

Amerlía buscó el apartado del agua y comenzó a leer. Cada palabra parecía hundírsele en la mente y despertar algo que llevaba demasiado tiempo dormido. En la sección dedicada al anillo aparecía el dibujo de un objeto parecido a un tenedor. Arriba, junto a la ilustración, se leía una palabra en la lengua marina, ya no tan extraña

para ella: *tridente*. Debajo, varios hechizos acompañaban la descripción. A un costado, una anotación pequeña: "Para activar el anillo y convertirlo en tridente, pronuncia las siguientes palabras: *antate-tente*".

El corazón de Amerlía dio un salto. Recordó a Bastian y a Murgen gritando esa misma frase cuando intentaron borrarle la memoria, y un estremecimiento le recorrió el cuerpo. No sabía si aquello era peligroso, pero la fascinación —y el deseo de sentir el poder del anillo — la empujaron a seguir.

Se aclaró la garganta. Era la primera vez que intentaba hablar bajo el agua y la sensación resultaba torpe, ajena. Le tomó varios intentos coordinar la boca y la lengua en la profundidad. Aun así, insistió.

—*Ante… entre… amante enter… antate vente…* —murmuró, tratando de imitar el sonido.

Probó una y otra vez. Elevó la voz, incluso gritó, pero no ocurrió nada. El agua permaneció quieta, como si aguardara pacientemente a que lo dijera bien.

Amerlía cerró los ojos y dejó que el frío le recorriera el cuerpo como una caricia. Trató de recordar la voz de Bastian: el acento, el ritmo, el corte exacto entre sílabas. No era solo pronunciación. Era una vibración. Una intención.

El anillo comenzó a calentarse en su dedo. Amerlía abrió los ojos.
—*Antate-tente* —susurró, firme.

El océano pareció contener el aliento. Una corriente suave se arremolinó a su alrededor, levantando arena del fondo. El anillo brilló con un destello azul que se expandió como un latido. Amerlía sintió el tirón de la magia recorrerle el brazo y subirle hasta el pecho, como si algo antiguo despertara dentro de sus huesos.

El metal se deformó, estirándose sobre su piel como si tuviera vida propia. Amerlía dio un respingo, pero no pudo apartar la mano. Era como si el océano entero la sostuviera. El brillo se intensificó. El anillo se abrió en tres filamentos que crecieron, se alargaron y se trenzaron como raíces luminosas hasta tomar forma. La vibración se volvió un zumbido profundo, casi un rugido.

Con un chasquido sordo que se perdió entre burbujas, el arma quedó completa. Un tridente. Ligero. Azul profundo, como si contuviera estrellas atrapadas en cristal. Amerlía lo sostuvo con ambas manos. El pulso le golpeaba con tanta fuerza que sintió que podría sacudirla entera. En ese instante lo supo: el tridente no era solo un arma. Era una llave. Y al activarlo había puesto en marcha algo que todavía no comprendía.

Muy lejos, en las profundidades donde el océano se volvía espeso y la luz se extinguía por completo, una vibración atravesó el agua como un eco. No fue un sonido, sino una presión súbita, un pulso que recorrió grietas, corrientes y abismos. Criaturas que dormían desde hacía siglos se removieron en sus refugios. Algo había sido llamado.

Más abajo aún, más allá de las fosas conocidas, un volcán marino exhaló un aliento caliente. Ríos de lava azul recorrieron sus fisuras. El vapor denso ascendió despacio, como si el fondo del mar respirara. Aquel lugar no pertenecía al océano. Era territorio del inframundo marino.

En una cámara tallada entre roca volcánica y huesos blanqueados, Helvera alzó la cabeza.

La mitad izquierda de su rostro era piel seca y hundida, como si la muerte hubiera intentado reclamarla y se hubiese detenido a medio camino. La otra mitad estaba cubierta de conchas oscuras, fragmentos de coral marchito y algas petrificadas que crecían dentro de su carne. Su brazo derecho era puro hueso envuelto en sombras; el izquierdo, un mapa vivo de costras, escamas negras y algas que parecían moverse por sí mismas.

En el centro de una mesa reposaba un frasco de cristal opaco. Dentro, un remolino de luz azul —esencia de sirena robada hacía muchos años— vibró de pronto. Golpeó las paredes del frasco como si quisiera escapar.

—¿Qué…? —murmuró Helvera.
La esencia lanzó otro pulso. La bruja retrocedió un paso, sorprendida… y luego sonrió.
—Así que algo ha despertado tu poder.

Con un dedo huesudo trazó un círculo en el agua. Las sombras del volcán se estiraron obedientes y envolvieron el frasco. Helvera recitó un conjuro en una lengua que el mar había olvidado, pero que el inframundo todavía recordaba.

—Muéstrame —ordenó—. Muéstrame dónde estás.

El interior del frasco se abrió como un ojo. Primero apareció un resplandor. Luego, la silueta de un tridente recién creado. Finalmente, el camino hacia un pequeño pueblo costero.

Helvera ladeó la cabeza. Las conchas crujieron. Las algas vivas se agitaron como serpientes.
—Ya te tengo —susurró.
Y el volcán marino respondió con un retumbo profundo, como si el inframundo celebrara el inicio de la cacería.
L

a noche había caído temprano y la playa parecía un lienzo vacío. Amerlía caminaba despacio, dejando que la brisa fresca le golpeara el rostro. Sus pies se hundían en la arena húmeda y cada paso pesaba más que el anterior.

Debería sentirse feliz. Era su cumpleaños. Pero el mundo parecía empeñado en recordarle lo contrario. Joseph no había llegado a casa a tiempo, atrapado en otro turno obligado en la estación. “Prometo

compensarlo", había escrito. Amerlía había leído el mensaje tantas veces que las palabras ya no parecían reales.

Thariel tampoco llamó. Y Gabrielle… ella siempre se acordaba. Siempre, incluso estando en el clan. Pero esa noche no hubo mensajes. Ni una palabra.

Amerlía alzó la vista al cielo. Había pocas estrellas y el aire conservaba el olor de la lluvia reciente.
—Feliz cumpleaños para mí —susurró, pateando un trozo de madera arrastrado por la marea.

Entonces el mar se encendió. Primero, una luz azulada bajo el agua. Luego otra. Y otra más. Pequeños destellos comenzaron a avanzar paralelos a la orilla, formando líneas ondulantes que parecían seguir un ritmo.

Amerlía se detuvo. El desfile de medusas. Lo mismo cada año. A la misma hora. En su cumpleaños. Eran como globos vivos, translúcidos, brillando en tonos azules, lilas y blancos. Algunas subían tanto que Amerlía podía ver cómo sus tentáculos se agitaban con suavidad bajo la superficie.

—Es para mí… ¿verdad? —murmuró.

La sensación le apretó el pecho: dulce y dolorosa al mismo tiempo. No sabía por qué lo sentía así, pero era como si el océano la estuviera mirando. Como si no estuviera tan sola como creía. Como si algo, muy dentro del agua, conociera su origen… aunque ella aún no pudiera recordarlo del todo.

Se sentó y abrazó sus piernas. Las lágrimas le ardían en los ojos, pero no quería llorar. No esa noche. No frente al único espectáculo que parecía celebrarla. La magia se rompió con el sonido de pasos irregulares a su espalda.

—Oye… —arrastró una voz masculina, espesa de alcohol.

Amerlía se puso de pie de golpe. Un chico de unos veinte años se acercaba con una sonrisa torcida y los ojos vidriosos. Tropezó un par de veces en la arena, pero no dejó de avanzar.

—¿Qué hace una chica tan linda… sola a esta hora? —dijo, tambaleándose.

Amerlía retrocedió.
—Me voy —murmuró.

—¿A dónde vas? —El chico la sujetó del brazo antes de que pudiera correr—. No te vayas… apenas estoy empezando a divertirme.

Amerlía tiró de su brazo, pero él apretó más fuerte. El miedo le subió por la garganta, seco y asfixiante. El olor a alcohol la mareó.

—Suéltame —exigió, con la voz quebrada.
—Vamos, no seas así…

Entonces el mar volvió a brillar. Pero no era el desfile. Era algo distinto. Más rápido. Más vivo. Más decidido. Sombras pequeñas emergieron entre las olas. Al principio Amerlía no entendió qué veía. Luego escuchó el chasquido de pinzas. Cangrejos. Jaibas. Decenas. Avanzaban directo hacia ellos.

—¿Pero qué…? —balbuceó el chico.

Los animales treparon por sus piernas, por la ropa, por los brazos. El chico soltó a Amerlía de inmediato y comenzó a gritar. Intentó arrancárselos, pero los cangrejos parecían furiosos, obedeciendo un llamado invisible.

Amerlía se cubrió la boca con ambas manos. El chico cayó en la arena, pataleó, gritó más fuerte. Las pinzas dejaron cortes profundos, arrancándole sangre. Al final logró levantarse y correr hacia el malecón, suplicando ayuda.

Amerlía quedó sola otra vez. Temblaba. El corazón le golpeaba desbocado en el pecho. *¿Qué fue eso…? ¿Por qué me defendieron?*

Minutos después aparecieron ambulancias y curiosos. Alguien se llevó al chico al hospital. Otros comenzaron a murmurar historias exageradas.

Amerlía se alejó de la multitud. No quería explicaciones. No quería preguntas. Caminó por el malecón con pasos cortos, abrazándose a sí misma. La noche estaba más fría. Las luces amarillas de los faroles se distorsionaban con cada respiración entrecortada. Quería irse a casa. Quería llorar. Quería desaparecer.

Pero la desgracia no había terminado.
—¡Ahí está! —gritó alguien a su espalda.

Amerlía se giró con el estómago encogido. Cuatro jóvenes avanzaban hacia ella, los rostros endurecidos, los puños cerrados.

—Te metiste con la persona equivocada —escupió uno—. Estás muerta, niña.
—Yo no hice nada —balbuceó Amerlía, retrocediendo.

La acorralaron contra la orilla del malecón. Detrás, el mar golpeaba las rocas con fuerza. No había gente cerca. No había por dónde correr. Uno levantó la mano, dispuesto a golpearla. Amerlía cerró los ojos. El golpe nunca llegó. Una mano firme detuvo el puño en el aire.

—Creo que están equivocados —dijo una voz fría, casi melódica.

Amerlía abrió los ojos. Bastian. Tenía el cabello empapado, gotas resbalándole por la piel. Sus ojos verde miel destellaban como lunas extrañas. No había ira en su expresión. Había poder.

—Tú no te metas… —Uno de los chicos le lanzó un puñetazo directo al rostro.

El chasquido del hueso quebrándose resonó en la noche. El chico gritó y cayó al suelo, sujetándose la mano rota. Bastian no parpadeó. Los demás retrocedieron.

Bastian bajó la mirada y extendió una mano hacia el mar. El agua respondió. Un remolino se formó al instante, como si el océano hubiera estado esperando una orden. Las olas se elevaron en un brazo líquido gigantesco que atrapó a los cuatro jóvenes, los arrastró como muñecos de trapo y los lanzó violentamente al agua.

Amerlía gritó y cayó de rodillas, temblando.
—Amerlía —susurró Bastian, acercándose.

Ella retrocedió un poco, pero él se arrodilló a su lado con cuidado. Le rodeó los hombros con un brazo firme, cálido. Amerlía se quebró.

—Shh… —murmuró él—. Ya estás a salvo. No voy a dejar que te hagan daño.

Ella se aferró a él con manos temblorosas. Su respiración se rompía contra el pecho de Bastian mientras él la sostenía, como si fuera el único refugio en medio de la tormenta.

A unos metros, entre las rocas y la sombra del malecón, alguien observaba. Murgen. Los ojos cargados de veneno. Los labios apretados. Los dedos clavados en la piedra por la rabia. Ver a Bastian abrazando a Amerlía la consumía por dentro.

—Esa humana… —susurró, con una sonrisa torcida—. Juro que la voy a borrar del camino.
Y el mar, oscuro y profundo, pareció guardar su promesa.
L

a música resonaba suavemente en los audífonos de Amerlía, envolviéndola en una burbuja íntima que la aislaba del mundo. Estaba sentada en el suelo, recargada contra la cabecera de la cama, con las luces apagadas y apenas la claridad de la mañana filtrándose

entre las cortinas. Ese silencio acompañado de notas marinas era su refugio cuando se sentía sola… y esa mañana, más que nunca, necesitaba desaparecer.

No oyó la puerta principal cerrarse detrás de su padre. Joseph salió apresurado rumbo al trabajo, como todos los días, sin saber que, a unos metros de la casa, alguien lo observaba con una paciencia malsana. Murgen.

Camuflada entre la bruma del amanecer, llevaba allí desde antes de que saliera el sol. Permanecía inmóvil bajo un árbol, siguiendo cada movimiento. Sus ojos fríos acompañaron a Joseph hasta que el auto se perdió en la calle vacía.

—Por fin —murmuró, relamiéndose los colmillos finos, afilados como los de un pez león.

Se deslizó hasta la entrada como una sombra húmeda. Al extender la mano, el tridente oculto tras un destello turquesa vibró con suavidad. La cerradura cedió con un chasquido ahogado, como si la puerta se rindiera ante su presencia.

Al cruzar el umbral, un sonido ronco y amenazante la detuvo. Mr. Ruffus se había interpuesto en su camino. El lomo erizado, los ojos encendidos como brasas.

—¡Aparta, criatura horrenda! —escupió Murgen, arrugando la nariz con asco—. Los gatos… siempre huelen a traición y a pescado muerto.

El felino avanzó un paso más, siseando, como si fuera el verdadero guardián de la casa. Murgen retrocedió un instante, sorprendida. Luego su expresión se endureció. Con un movimiento seco, lo pateó. Mr. Ruffus salió disparado por el pasillo y huyó despavorido hacia el exterior.

—Siempre odié a los gatos —murmuró ella, estremeciéndose—. Nos odian primero. Lo presienten en nuestra sangre.

Sonrió.
—Ahora sí.

Se plantó en el centro de la sala, levantó el tridente y lo clavó con fuerza contra el suelo. La casa vibró. Desde las puntas del arma brotaron filamentos de luz marina que treparon por paredes y ventanas, sellándolas una a una. La vivienda crujió, contrayéndose bajo un domo invisible.

El aire se volvió húmedo. Luego, líquido. Una fina cascada comenzó a caer del techo, como si la casa hubiera sido sumergida bajo el mar. El agua aumentó con rapidez, más densa, más turbulenta. Cojines, libros, tazas y fotografías flotaron. En segundos, la sala se convirtió en una pecera gigantesca.

Murgen dejó escapar una carcajada suave y cruel. Salió por la puerta principal y la cerró con un hechizo. A cada paso que daba, el nivel del agua dentro de la casa seguía subiendo.

En su habitación, Amerlía cambió de canción sin levantar la vista. Se quitó uno de los audífonos. Algo no estaba bien. Un cosquilleo le recorrió la nuca. Alzó la mirada y vio, a través del umbral, un hilo de agua deslizándose lentamente por el pasillo. Frunció el ceño. Se puso de pie y se quitó los audífonos.

—¿Papá? ¿Mr. Ruffus?

Al abrir la puerta, un muro de agua la embistió de lleno. Todo ocurrió en un segundo. La ola la lanzó contra la pared, la desorientó, la cubrió. Amerlía abrió la boca para gritar, pero el agua entró antes que el aire. Los pulmones le ardieron.

Se aferró a un solo impulso: la ventana. Nadó hacia ella, desesperada. Empujó. No cedió. Sellada. Tragó más agua. La vista se

le nubló. Sentía un peso brutal arrastrándola hacia abajo, aunque flotaba dentro de su propia casa. Cuando el inconsciente comenzó a envolverla, un destello cruzó su mente. El anillo.

Braceó como pudo hasta la cómoda, luchando contra la corriente que la hacía girar sin control. Abrió el cajón de un tirón y encontró el metal frío. Lo colocó en su dedo y lo giró.

El dolor en los pulmones desapareció de inmediato. Su cuerpo se relajó. Las piernas se fusionaron. Las escamas verde jade resplandecieron bajo la marea artificial. Ahora podía respirar. Y pensar.

La casa seguía llenándose. La sala era un remolino de objetos: sillones, plantas arrancadas, la televisión flotando como un cadáver. Un mar desatado en cuatro paredes. Debía salir. Ya.

Recordó la chimenea. Nadó hacia ella, ágil, precisa, como si siempre hubiera pertenecido al agua. Se deslizó por el conducto estrecho y ascendió. El hechizo que sellaba la casa tembló cuando sus escamas rozaron el borde, pero no cedió.

Con un último impulso, emergió por arriba. Un chorro de agua la expulsó al exterior. Cayó detrás de un arbusto, fuera de toda vista. Giró el anillo. Las piernas regresaron, temblorosas pero firmes. Tosió, empapada, con el corazón desbocado. Murgen aún no había notado la fuga.

—Ya basta, Murgen.

La voz de Bastian sonó a su espalda como un trueno contenido. Murgen se giró lentamente. El príncipe estaba a pocos metros. Su rostro era una sombra dura, cargada de furia contenida. El agua a su alrededor vibraba con su enojo.

—¿Vienes a defenderla? —farfulló ella, ladeando la cabeza —. Qué adorable.

Bastian no respondió. Extendió la mano. Un torrente de agua brotó de su palma y rodeó el tridente de Murgen, drenando la energía del hechizo. El nivel del agua dentro de la casa se detuvo. Los objetos comenzaron a descender, recuperando su lugar.

Murgen apretó los dientes. El poder de Bastian era más antiguo. Más estable. Más profundo. Cuando la magia se disipó por completo, Murgen se lanzó hacia la puerta y entró de golpe.

—¡¿Dónde está?!

La casa estaba vacía. No había rastro de Amerlía. Ni una huella húmeda. Murgen quedó inmóvil, incrédula. Detrás de ella, Bastian cerró los ojos y suspiró aliviado.

Amerlía estaba viva. Y había escapado sola.
E

l hechizo se había disipado. La casa volvía, lentamente, a su estado normal. Murgen, jadeante, recorría con la mirada cada rincón vacío, como si se negara a aceptar la ausencia. Bastian, detrás de ella, exhaló un alivio silencioso. Afuera, oculta entre arbustos y sombras, Amerlía respiraba con dificultad. Aún tenía el sabor del agua en los labios humanos.

Entonces ocurrió. Un sonido atravesó el aire. Un estruendo. Un grito. Luego muchos más. Bastian alzó la cabeza de golpe. Murgen giró hacia la calle, alerta. Más allá, donde permanecía escondida, Amerlía se incorporó con dificultad, afinando el oído.

—¿Qué… fue eso? —susurró.

Otro grito, más cercano. Luego el chirrido metálico de algo enorme siendo desgarrado. Un camión salió volando por encima de las casas.

Bastian retrocedió un paso cuando el vehículo, oxidado y retorcido como si hubiera sido comprimido por fuerzas descomunales, cayó a

pocos metros con un impacto que hizo vibrar el suelo. Murgen se apartó hacia un costado, cubriéndose del polvo y los fragmentos. Amerlía se agachó instintivamente al sentir la onda expansiva sacudir la tierra bajo sus pies.

—¿Qué está pasando…? —murmuró, llevándose las manos al pecho.

Entonces las vieron. Eran gigantescas. Hinchadas. Brillantes. Criaturas de caparazón oscuro, húmedo, casi aceitoso, que reflejaban la luz como acero mojado. Tenían cuerpos segmentados y desproporcionados, con patas largas y articuladas que se clavaban en el pavimento como lanzas vivas. Del extremo de sus bocas emergía un pico rígido, afilado, demasiado preciso para ser natural.

Una de ellas se abalanzó sobre un automóvil estacionado. Tocó la carrocería con el pico, expulsó un líquido verdoso… y el metal se deshizo en segundos, convertido en una espuma negra que humeaba al contacto con el aire.

La gente corría por las calles del pueblo. Algunos descalzos, otros aún con ropa de casa. Gritaban. Tropezaban. Caían. El pánico estaba tatuado en cada rostro.

—Esto no es normal —murmuró Bastian, avanzando un paso—. No pertenecen aquí.
—Ni al mar —añadió Murgen, entrecerrando los ojos—. Esto huele a magia antigua. Y sucia.

Un llanto atravesó el caos. Agudo. Desesperado. Un bebé. Una niña pequeña, no mayor de dos años, estaba sentada en el suelo, cubierta de polvo y lágrimas. Una de las criaturas avanzaba hacia ella, torpe pero veloz, moviendo el pico en círculos, saboreando el aire.

Amerlía contuvo el aliento. La bestia alzó la cabeza. ¡BANG! Un disparo cortó el aire. La criatura chilló, un sonido viscoso y antinatural, y retrocedió, dejando caer gotas de veneno que corroían el suelo.

Un segundo disparo la obligó a huir en zigzag, perdiéndose entre sombras y escombros. Entre el humo apareció una figura femenina. Micaela. El arma aún humeaba en sus manos. Respiraba agitada.

—¡Atrás, cosa inmunda! —gritó, antes de correr hacia la niña y levantarla en brazos.
Amerlía permaneció inmóvil unos segundos. Luego dio un paso al frente.
—¿Qué… qué está pasando? —susurró, sin saber a quién se dirigía.

Bastian intentó alcanzarla.
—Amerlía, espera.

Pero ella ya corría. Salió a la calle sin pensar, dejando atrás la casa destrozada. Esquivó escombros, fuego, algas arrastradas como si un tsunami hubiera golpeado minutos antes. El aire olía a sal, químicos y metal quemado. El miedo se transformó en adrenalina.

—¡Papá! —gritó al distinguir una silueta conocida. Joseph forcejeaba para levantar una viga caída que aprisionaba a un hombre mayor.

—¡Papá! ¡Aquí!
Bastian se tensó.
—¡Amerlía, regresa!
Murgen soltó una risa baja, cruel.
—Déjala. Veamos cuánto dura.

El caos aumentaba. El cielo estaba cubierto de humo gris. Alarmas aullaban en la distancia. Vehículos incendiados explotaban. Bomberos luchaban contra las llamas. Las criaturas se movían entre las sombras, saltando, destrozando, invisibles para quienes no sabían mirar.

Amerlía corrió hacia su padre. Joseph, de espaldas, no vio cuando una de aquellas cosas se alzó detrás de él, elevando el pico.

—¡Papá, atrás! —rugió ella.

La criatura bajó su pico letal con un chillido agudo. Y entonces, como un rayo azul, Micaela apareció formando una barrera humana. Aún sostenía a la niña cuando se interpuso entre la bestia y Joseph. Alzó el arma para disparar, pero no tuvo tiempo.

El pico atravesó su pecho con un sonido húmedo. El cuerpo se arqueó hacia atrás. Por un instante quedó de pie, con los ojos abiertos, incrédulos. Luego cayó. Joseph la atrapó antes de que tocara el suelo.

—¡No… no… Micaela! —aulló, con la voz rota.

La sostuvo entre sus brazos, temblando, negándose a aceptar lo evidente. La criatura se alejó, indiferente. Amerlía quedó petrificada. Bastian llegó a la escena y se detuvo, sin saber cómo acercarse a ese dolor humano.

Entonces el mar rugió. No fue un sonido cualquiera. Fue profundo, escalofriante. Desde la costa, el agua comenzó a elevarse en espiral, formando una tromba gigantesca, gris y electrificada. Rayos estallaban desde su interior, desgarrando el cielo. La gente vaciló. Algunos dejaron de correr. El viento se volvió helado.

La tromba tomó forma. Casi humana. Casi consciente. Y desde lo profundo, una voz femenina resonó, sobrenatural, haciendo vibrar la piel de todos. Una voz que Amerlía conocía sin saber por qué.

—Marina… Marina Ondravel… ¡Muéstrate!

El mar se tragó el último rayo y el silencio cayó como un golpe. Amerlía sintió, por primera vez, una furia inexplicable brotarle del pecho.

La tromba seguía girando con violencia sobrenatural, levantando espuma gris y truenos que atravesaban el cielo como cuchillas. Todo el pueblo quedó inmóvil, paralizado, mirando aquella monstruosidad que parecía viva.

Entonces, desde el centro de la tormenta, la voz emergió de nuevo. Retumbante. Inhumana.
—Marina… ¡Entrégate!

El nombre cayó sobre la tierra como un impacto. Amerlía sintió que la sangre se le congelaba. El sonido se le metió en los huesos, reverberando dentro de su pecho de una forma imposible.

—¿Marina…? —murmuró desorientada—. ¿Quién es Marina Ondravel?
Bastian palideció de inmediato. Murgen entrecerró los ojos, evaluando cada reacción.

Los murmullos se mezclaron con gritos, llanto y el rugido del mar. Amerlía dio un paso atrás, empapada por el viento salado.

—Yo… yo no conozco a nadie llamada Marina —balbuceó—. ¿Por qué siento esto? ¿Por qué…?

Bastian la tomó por los hombros.
—Amerlía, escúchame.
Ella lo empujó, desesperada.

—¿Qué está pasando, Bastian? ¿Por qué vino hacia nosotros? ¿Qué les hicimos?
—Marina Ondravel… ¡Entrégate!

Las criaturas reanudaron el ataque. Otra de ellas se acercaba peligrosamente a Joseph, que seguía arrodillado junto al cuerpo de Micaela.

—¡Padre! —gritó Amerlía.

El monstruo alzó su pico para atravesarlo… Un rayo descendió desde la tromba y explotó en la playa, haciendo temblar todo el pueblo. La criatura se detuvo en seco. No solo ella. Todas. Parecían aguardar una orden.

El remolino se inclinó hacia tierra, como si un ojo gigantesco buscara a alguien. Amerlía sintió que la tormenta la miraba. La voz volvió a resonar.

—Marina… Solo tú… Tienes tres días. Si no te entregas… este pueblo entero colapsará.

Un trueno final iluminó todo como si fuera de día. La tromba se deshizo en un torbellino de espuma que dejó al mar en un silencio absoluto. Las criaturas comenzaron a retroceder. Una a una. Sin ruido. Desapareciendo entre humo y ruinas como si nunca hubieran estado allí.

Amerlía cayó de rodillas sobre la arena. Nadie sabía quién era Marina Ondravel. Pero todos sabían una cosa: El reloj había comenzado a correr.

E

l cielo seguía gris, como si la tormenta de la tromba marina se hubiera negado a abandonar el pueblo. Amerlía caminaba junto a Joseph mientras la gente comenzaba a retirarse del funeral. Las flores sobre el ataúd de Micaela parecían más marchitas que nunca, humedecidas por el viento salado que venía del mar. Joseph no había dicho casi nada. Tenía los ojos enrojecidos, cansados, rotos por dentro.

Amerlía apretó su mano. Sintió el temblor.
—Papá… —susurró.
Él no respondió.

Cuando estaban por salir del panteón, una figura conocida apareció entre las lápidas. Thariel. La miró con los ojos empañados por un dolor que Amerlía nunca le había visto. En cuanto la tuvo cerca, la rodeó con los brazos, fuerte, casi desesperado.

—Era mi tía, Amerlía… —dijo con la voz quebrada—. Lo siento. Lo siento tanto…

A Amerlía se le formó un nudo en la garganta.
—Lo sé… —respondió—. Yo también la quería mucho.

Se quedaron abrazados un largo momento bajo el cielo nublado. Cuando se separaron, Amerlía respiró hondo. —Necesito estar un rato con mi papá. ¿Nos vemos en casa?

Thariel asintió, pasándose una mano por el cabello, intentando ocultar la tristeza. Amerlía regresó junto a Joseph. Él se incorporó sin decir palabra y ambos comenzaron a caminar entre los senderos del panteón. Las lápidas antiguas estaban cubiertas de musgo. Las ramas de los árboles se mecían con el viento húmedo. Joseph habló al fin.

—Micaela… siempre les solapó todo a ti y a Gabrielle — intentó sonreír, pero la expresión se quebró—. Yo sabía de sus travesuras. Todas. Pero nunca pude hacerme el estricto con ustedes.

—Papá… —Amerlía respiró hondo, sintiendo el corazón golpearle el pecho—. Sé que soy adoptada. Sé que no soy tu hija biológica. ¿Por qué nunca me lo dijiste?

Joseph se detuvo. La lluvia comenzó a caer en gotas gruesas, oscuras, golpeando las hojas como dedos tamborileando sobre un tambor.

—Vámonos al coche —dijo con suavidad—. No quiero que te enfermes.

Caminaron rápido hasta el vehículo. Al cerrar las puertas, el sonido de la lluvia los envolvió como un manto. Joseph se giró hacia ella. Tenía los ojos enrojecidos por el llanto contenido.

—Amerlía… yo nunca te oculté la verdad por vergüenza — tragó saliva—. Fue miedo. Miedo de perderte.
Ella no dijo nada.
—El día que te encontré… estabas en la orilla del mar. Dentro de una… ostra marina gigante.

Amerlía abrió los ojos.
—¿Una… ostra?
Joseph asintió.
—Estabas sola. Envueltita en una manta. Y tenías esto.

Sacó del bolsillo un pequeño estuche. Antes de que lo abriera, algo se encendió en el pecho de Amerlía. Joseph colocó en su mano un collar plateado, delicado. Tenía una M tallada junto a un emblema que ella reconoció al instante: el símbolo del reino Ondravel.

El mundo pareció detenerse. Ese símbolo… lo había visto antes. En libros sobre criaturas marinas. Era real. Y ahora estaba en sus manos.

—Fue una bendición —continuó Joseph, con lágrimas corriéndole por las mejillas—. Tu madre y yo no podíamos tener hijos. Y tú… tú fuiste el milagro más grande de nuestras vidas. Siempre te vi como mi hija. Siempre lo serás.

Amerlía se lanzó hacia él y lo abrazó con fuerza, hundiendo el rostro contra su pecho.

—Te amo, papá.
Él la rodeó con los brazos temblorosos.

—Perdóname por no estar más presente… —murmuró—. Pero eres mi vida, Amerlía. Siempre lo has sido.
Ella volvió a mirar el collar. La letra M. El símbolo. La historia de la ostra marina. Pertenecía al reino Ondravel.

Aún no entendía quién era Marina, ni qué tenía que ver con todo aquello. Pero sabía algo con absoluta certeza: Nada de esto podía ser

coincidencia. El monstruo había hablado. La amenaza seguía en pie. Y el tiempo se estaba acabando.

E

l tercer y último día del plazo amaneció… demasiado normal. El sol brillaba tenue entre nubes delgadas. Los obreros trabajaban en las calles, reparando postes, vidrios y fachadas destruidas. El olor a humo aún se mezclaba con la brisa marina. No había rastro de las criaturas. No había trombas, ni relámpagos, ni voces reclamando a Marina Ondravel.

Pero la calma sabía a mentira. Y todos en el pueblo lo sabían. Nadie estaba realmente tranquilo. Joseph estaba más ausente que nunca, yendo y viniendo entre escombros, ayudando a heridos, coordinando reparaciones. Amerlía apenas lo veía: solo pasaba por casa para bañarse y dormir unas horas. Aun así, el mundo seguía girando.

Por eso, entre discusiones breves y silencios largos con su padre, Amerlía estaba sentada en su salón de clases, intentando fingir que era un día normal. Los alumnos murmuraban nerviosos, pegados a sus teléfonos.

Victoria había regresado a la escuela. Tenía la mitad del rostro cubierto de quemaduras y cicatrices. Caminaba despacio, como si existir le doliera. Nadie se atrevía a mirarla demasiado tiempo.

Thariel no se separaba de Amerlía.
—No pienso dejarte sola —le había dicho esa mañana.

Del otro lado del pasillo, Marlí caminaba junto a Bastian, vigilándolo como un guardián silencioso. Sus ojos recorrían cada sombra. Todo parecía sostenerse en un equilibrio frágil.

Hasta que la luz se apagó. Un chasquido seco. El proyector se oscureció. Los ventiladores se detuvieron. Un murmullo inquieto recorrió el aula.

—¿Un apagón? —preguntó alguien.

Amerlía sintió un escalofrío. El cielo, que segundos antes era azul, se había vuelto completamente negro. Denso. Antinatural. Como medianoche en pleno día. Un trueno sacudió los cristales. Y entonces comenzaron los gritos. Primero lejanos. Luego cerca. Demasiado cerca. Después… las pisadas. Ese sonido húmedo, rápido, asqueroso. Amerlía lo reconoció al instante.

Un golpe sacudió la ventana del salón. Algo oscuro quedó estampado en el vidrio: sangre, todavía tibia. Los estudiantes gritaron. El profesor salió corriendo al pasillo… y no dio dos pasos antes de ser atrapado.

Un chico, Rodrigo, apareció en la puerta del aula, con un rostro de espanto.
—¡Ábranme! ¡Ábran…!

No alcanzó a terminar. Una criatura lo atrapó por la cintura, lo levantó y lo partió en dos con un solo tirón. El grito quedó ahogado en carne y hueso. El pánico estalló. Los alumnos se aplastaron contra las paredes.

Entonces, tres haces de luz verde atravesaron el pasillo como lanzas ardientes. Tres tridentes volaron por el aire, descargando chorros de energía que hicieron estrellarse a las criaturas contra los muros con un estruendo seco.

—¡Atrás! —rugió una voz conocida.

Marlí, Bastian y Murgen aparecieron en la entrada, empapados, furiosos, con los tridentes en alto. Los estudiantes quedaron paralizados, sin saber si huir de ellos… o correr hacia ellos.

Bastian llegó hasta Amerlía y la sujetó del brazo. Thariel reaccionó de inmediato, intentando apartarla.

—¡Cuidado, Amerlía! ¡Son apestados! ¡Son monstruos del mar, no te acerques!

Murgen dio un paso al frente. Sus ojos ardían.
—Repite eso otra vez, humano.
—Murgen, no —ordenó Bastian sin mirarla—. Ahora no.

Ella apretó la mandíbula y bajó el tridente a regañadientes. En ese instante, dos criaturas irrumpieron por la ventana. El vidrio estalló en una lluvia filosa. Un cuerpo cayó al suelo.

—¡No! ¡No!

Victoria se desplomó, abrazando a su mejor amiga muerta, la sangre empapándole la falda. Una de las criaturas avanzó hacia ella. Thariel se interpuso, empujándola a un lado. El pico descendió. Él logró bloquear el golpe con su brazo, pero el impacto lo lanzó contra los pupitres. La madera se partió bajo su espalda. La criatura volvió a alzar el pico, esta vez directo a su garganta.

—¡Thariel! —gritó Amerlía.
Una lanza cruzó el aire como un relámpago.
—¡Deja a mi hermano en paz!

El arma, marcada con runas ardientes, atravesó a la criatura y la estrelló contra la pared con un crujido. Gabrielle estaba de pie. Respiraba con fuerza. Era la misma… y no lo era. Su cuerpo estaba cubierto de tatuajes negros que parecían moverse bajo la piel.

Amerlía se quedó helada. Gabrielle la miró. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Y algo más. Distancia.
—¿Fuiste… elegida? —susurró Thariel desde el suelo, aún aturdido.
Gabrielle no respondió. Remató a la última criatura y cerró la puerta del aula de un golpe. Se volvió hacia Amerlía. —Necesitaremos provisiones. ¿Puedes ayudarme? Antes de que nos rodeen otra vez.
Bastian y Marlí se posicionaron con los tridentes, formando un escudo.

—Síganme —ordenó Gabrielle, sin esperar respuesta. Avanzaron por pasillos oscuros, iluminados solo por los destellos verdes. El aire olía a sangre y metal quemado.

Llegaron al cuarto de seguridad: gasas, alcohol, medicamentos, agua, bengalas… y armas. El lugar estaba abandonado. Algunas aulas cercanas tenían cuerpos en el suelo. Cuando quedaron a solas, Amerlía dio un paso hacia Gabrielle.

—¿Por qué te fuiste? —la voz se le quebró—. ¿Por qué me dejaste sin decir nada?

Gabrielle evitó mirarla.
—Tú tampoco fuiste honesta.
—¿Qué quieres decir?
Gabrielle dejó caer la mochila. Alzó la vista.
—Que no me dijiste que eras una de ellos.
—¿Una de… qué?
—Una sirena, Amerlía.
El corazón de Ame se detuvo.
—¿Cómo… lo supiste?
—Desde que te vi en el clan. Con el alquimista.
Amerlía retrocedió, horrorizada.
—¿Desde el inicio lo sabías y no me dijiste nada?

—¿Y qué querías que hiciera? —replicó Gabrielle, tensa—. ¿Elegirte a ti o elegir a mi familia? Yo también pertenezco a algo. Algo mucho más grande de lo que imaginas.

—¡Yo también soy tu familia! —gritó Amerlía—. Se supone que somos mejores amigas.
Gabrielle apretó los labios.

—Guardé tu secreto. No se lo dije al clan para protegerte. ¿Sabes cuánto arriesgué? Y aun así… tu existencia ponía en peligro todo lo que soy.

Amerlía bajó la mirada.
—Yo no sabía que era una sirena…

La figura de Thariel apareció en la puerta y les arrancó la atención. Respiraba agitado, con un bat de béisbol apoyado en el hombro como si acabara de ganar una batalla.

Detrás de él, desde la sombra del pasillo, se alzaba una criatura enorme, casi envolviéndolo con su silueta. En silencio, el pico descendía con precisión letal hacia su cuello.

—¡Miren lo que encon…!
El grito de Gabrielle lo interrumpió.
—¡Thariel! ¡Detrás de ti!

Amerlía tardó más en comprender lo que veía que en actuar. En un único impulso, arrancó la lanza de las manos de Gabrielle y giró sobre sí misma. El arma surcó el aire junto al hombro de Thariel y atravesó a la criatura antes de que pudiera tocarlo. El impacto la lanzó contra la pared con un crujido brutal.

El bat cayó al suelo. Ambos hermanos quedaron inmóviles. Thariel tardó un segundo en entender. Se llevó la mano al cuello intacto. Miró la criatura empalada. Luego la lanza vibrando aún contra el muro. Finalmente, a Amerlía.

—¿Cómo… cómo hiciste eso? —se atrevió a hablar—¿Eres... una cazadora?

Gabrielle respondió por ella.
—No. Es una de ellos.
Thariel quedó helado.
—Entonces… lo que vi… era real.

—Por favor —pidió Amerlía—. No le digan nada a los demás. Todavía no estoy lista.
Gabrielle y Thariel intercambiaron una mirada tensa. Asintieron.

En ese momento, Bastian apareció en la puerta. Se detuvo al ver la criatura empalada, pero no preguntó nada.
—Ya sabemos cómo salir —anunció Bastian—. La biblioteca está a unos locales. Si llegamos ahí, podremos refugiarnos. Amerlía respiró hondo. El tercer día había llegado. Y la guerra acababa de comenzar.
L

os pasillos del instituto se habían transformado en un laberinto oscuro, húmedo y asfixiante. El aire estaba impregnado de un olor metálico y ácido que quemaba la garganta. Restos de vidrio, sangre y escombros cubrían el suelo.

Bastian avanzaba al frente con el tridente en alto, la punta brillando en un verde profundo. Marlí caminaba a su lado, atento a cada sombra, a cada crujido. Murgen flotaba apenas unos centímetros sobre el piso, los ojos encendidos, el arma vibrando con impaciencia.

Detrás de ellos avanzaban Thariel, Amerlía y Gabrielle. Victoria caminaba en silencio, ida, con el rostro desencajado. Ginna y Gretel la sostenían por los brazos. Más atrás, unos quince alumnos y tres maestros sobrevivientes se movían como un solo cuerpo tembloroso. Nadie hablaba. Nadie lloraba ya. El miedo había agotado las lágrimas.

—La biblioteca está a unos edificios de aquí —susurró Bastian—. Si salimos al estacionamiento y cruzamos por el área administrativa, podremos llegar.

—"Podremos…" —murmuró Murgen, con una sonrisa torcida—. Aquí nada es seguro.

Avanzaron. Cada aula era un escenario de horror: puertas arrancadas, pupitres volcados, marcas de garras en las paredes. En algunos salones aún se escuchaban sonidos suaves… respiraciones entrecortadas, o algo masticando en la oscuridad. Amerlía tragó saliva. El techo crujió.

—Eso no me gusta —susurró uno de los maestros.

Bastian alzó la mano. Todos se detuvieron. Silencio. Un silencio tan denso que parecía absorber el aire. Entonces, el techo se resquebrajó con un estruendo seco. Cientos de cuerpos oscuros se precipitaron desde arriba como una lluvia viva. Las criaturas chillaban, chocaban entre sí, golpeaban el suelo con sus patas afiladas.

—¡Corran! —gritó Victoria.

Marlí levantó el tridente y descargó un rayo de energía que barrió el pasillo, derribando a varias de ellas. Murgen lanzó una oleada mágica que abrió un corredor temporal entre los insectos.

—¡Muévanse ahora!

Thariel tomó a Amerlía del brazo y la jaló. Corrieron, esquivando cuerpos, saltando charcos de veneno humeante. Los maestros empujaban a los alumnos hacia adelante, cayendo y levantándose. Una criatura saltó directo hacia Victoria.

—¡Victoria, abajo! —gritó Amerlía.

Gabrielle reaccionó antes que nadie. Lanzó su arma con una precisión brutal. La criatura estalló en un charco verde ácido. Victoria cayó de rodillas, temblando.

—Arriba —ordenó Gabrielle, sujetándola—. No pienso dejar que mueras también.

Llegaron a las puertas dobles del estacionamiento. —¡Están atoradas! —gritó uno de los maestros.
Las criaturas ya los rodeaban. Murgen apretó el tridente. —Apártense.

Una explosión verde destrozó las puertas. El aire frío del exterior entró de golpe. Salieron al estacionamiento, cubierto de autos volcados, humo y vidrios rotos. Entonces, la tierra tembló.

Amerlía se volvió. Desde el techo del edificio emergía algo distinto. Más grande. Más pesado. Una criatura colosal, con alas desgarradas y un aguijón negro y afilado.

—Eso… —susurró Thariel— no es como las otras. —Es una reina — dijo Bastian, tenso—. Y es mucho más letal.
La reina alzó el aguijón. Las demás criaturas se apartaron, obedientes.
—¿Puedo matarla ya? —siseó Murgen.
—No —respondió Bastian—. Si peleamos aquí, los humanos morirán.
Amerlía miró la reja abierta del estacionamiento. Más allá, la calle. Y al final, no muy lejos, la biblioteca.
—¡Vamos! —gritó.

Corrieron. La reina chilló y lanzó un chorro de veneno. Amerlía lo vio venir. No pensó. Se movió. Empujó a Victoria y a Thariel fuera de la trayectoria. El veneno impactó un auto, derritiéndolo en segundos.

—Eso habría sido nosotros… —jadeó Thariel.
Murgen lanzó un rayo que obligó a la reina a retroceder. —¡Sigan!

Llegaron a la calle principal. La biblioteca estaba cerca. Entonces el cielo rugió como antes. Bastian se detuvo en seco. —No es la reina… —susurró—. Es algo peor.

Un rayo cayó tan cerca que el suelo se abrió. Los alumnos gritaban. Gabrielle alcanzó a sujetar a un niño antes de que cayera. Y entonces, la voz.

—Marina…
El viento se detuvo. Las criaturas quedaron inmóviles. Amerlía sintió que el mundo se cerraba sobre ella nuevamente. —¡Tenemos que entrar ya! —ordenó Bastian.

Cruzaron la calle y entraron a la biblioteca. Gabrielle cerró las puertas de golpe. Silencio. Dentro, solo respiraciones agitadas y el crujir del edificio viejo. Murgen irrumpió.

—Esa maldita Marina está viva. Hay que encontrarla y entregarla.
—¡No! —rugió Bastian—. Es mi prometida. Y la protegeremos.

Amerlía sintió un vacío helado en el pecho. *¿Prometida?* Se dejó caer en una silla rota, como si las piernas ya no la sostuvieran. Gabrielle se sentó a su lado.

—¿Desde cuándo eres cazadora? —murmuró Amerlía. —Desde que mi tía murió —respondió Gabrielle—. Ella también lo era.

La voz volvió a resonar afuera, más cercana.
—Marina Ondravel… entrégate.

Amerlía sintió que el nombre le atravesaba el pecho. Una tibieza respondió bajo su piel. Casi sin pensarlo, se llevó la mano al cuello. Sus dedos encontraron el collar bajo la camiseta y lo arrastraron hacia fuera. La M plateada quedó suspendida entre ellos, latiendo con un fulgor tenue.

Miró a Gabrielle.
—Creo… —murmuró, con la voz quebrada— que esto no es mío.
Con un movimiento torpe, se lo quitó por la cabeza y extendió la mano hacia ella.
—Tú entiendes esto mejor que yo.

Los ojos de Gabrielle se abrieron apenas al reconocer el emblema. No preguntó nada. Cerró los dedos alrededor del collar y lo sostuvo un instante, como midiendo su peso.

—Tenemos que pensar en un plan —exclamó en voz alta al levantarse.
—No sigo órdenes de humanos —bufó Murgen.
Gabrielle se abalanzó sobre ella sin dudarlo. Rodaron entre libros y estantes, derribando una pila de enciclopedias. —¡Basta! —gritó Bastian, separándolas—. O cooperamos, o morimos.

El edificio vibró.
—Marina Ondravel… tu tiempo se agota.
Gabrielle volvió junto a Amerlía y la abrazó con fuerza. —Te quiero muchísimo —susurró—. Nunca lo olvides.

Algo se quebró dentro de Amerlía. Gabrielle se apartó antes de que pudiera detenerla y caminó hacia las puertas destrozadas. Ante la mirada desconcertada de todos, se detuvo en el umbral.

—Aquí estoy —gritó—. Yo soy Marina.

Un chillido profundo sacudió el suelo. Desde las sombras emergió la reina. Sus múltiples ojos se fijaron en Gabrielle. Una de sus tenazas descendió y la atrapó con facilidad brutal.

—¡Gabrielle! —gritó Amerlía, rompiéndose.

La criatura se dio la vuelta, arrastrándola consigo. Una a una, las demás siguieron su retirada, saltando hacia la noche, hacia el mar. El último sonido fue el batir húmedo de alas alejándose. Después… nada.

E

l cielo comenzaba a despejarse lentamente, como si la tormenta de la última hora hubiera sido solo un mal sueño. Las nubes negras se disipaban y el mar, aunque aún oscuro y revuelto, dejaba de rugir. A lo lejos, las criaturas saltaban de regreso al océano, hundiéndose una a una en las profundidades, arrastrando consigo restos de metal, humo y silencio.

Amerlía apenas lo percibía. Tenía las manos temblorosas, la ropa empapada de sal, polvo y sangre ajena. El mundo seguía moviéndose a su alrededor, pero dentro de ella todo estaba detenido. Una sola frase le golpeaba el pecho, una y otra vez, como una marea cruel: *Gabrielle se fue. Por mi culpa.*

Avanzó tambaleándose hasta la orilla del mar. Las rodillas le fallaron y cayó en cuclillas sobre la arena húmeda. Las olas le mojaron los pies sin cuidado alguno. Sollozó en silencio, con el rostro entre las manos.

El collar. La letra M. El emblema. ¿Por qué lo tenía ella? ¿Por qué Gabrielle lo había entendido antes que nadie? ¿Quién era Marina… y por qué su nombre parecía latir dentro de su cuerpo?

La gente comenzó a salir de sus escondites. Heridos, cubiertos de ceniza, algunos llorando, otros simplemente caminando sin rumbo. El pueblo parecía un campo de guerra.

—¡Amerlía!

La voz de Joseph la atravesó como un ancla. Corrió hacia ella, con la ropa empapada y el rostro gris de cansancio. Se arrodilló a su lado y la rodeó con cuidado, como si temiera que se deshiciera entre sus brazos.

—Aquí estoy… ya estoy contigo —susurró.
Amerlía se aferró a él con una fuerza desesperada.

—Se ha ido, papá… —dijo entre sollozos—. Gabrielle… se la llevaron.
Joseph no respondió. Solo la sostuvo.

Bastian se aproximó lentamente. Ya no llevaba el tridente visible. Murgen y Marlí lo siguieron en silencio. Por primera vez, el príncipe no intentó ocultar la angustia que le tensaba el rostro.

Thariel, en cambio, avanzó con los puños cerrados, furioso, dispuesto a exigir respuestas. Pero se detuvo al encontrarse con la mirada de Bastian: afilada, contenida, peligrosa. Retrocedió un paso. Luego otro. Finalmente se dio la vuelta y se internó en el bosque sin mirar atrás, tragándose la rabia.

Amerlía respiró hondo. Un pensamiento se impuso con una claridad dolorosa. *Gabrielle se sacrificó por mí.* No podía seguir huyendo.

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y se puso de pie. No era calma lo que sentía. Era determinación.
—No… —susurró, casi para sí—. Esto no ha terminado.

Joseph frunció el ceño.
—Amerlía, ¿qué haces? Detente.
Ella no respondió. Caminó hacia el mar.
—Amerlía… —dijo Bastian, dando un paso adelante—. No...

El agua le cubrió los tobillos. Luego las piernas. Luego la cintura. Amerlía no miró atrás. Se sumergió.

Bajo el agua, giró el anillo. Una luz azul envolvió su cuerpo. La transformación fue inmediata: la piel vibró, las piernas se unieron, las escamas surgieron como reflejos de jade. El mar la recibió sin resistencia.

Joseph gritó su nombre, avanzando hasta que el fondo desapareció bajo sus pies.
—¡Amerlía! ¡Regresa, hija!
El océano no respondió. Bastian intentó lanzarse tras ella, pero Murgen y Marlí lo sujetaron.

—¡Suéltenme! —rugió—. ¡Suéltenme!
—No, alteza —dijo Marlí con la voz rota—. No ahora.

Bastian dejó de luchar. Cayó de rodillas sobre la arena y, por primera vez, lloró. Sin orgullo. Sin corona.

Los gritos llegaron hasta Amerlía como ecos distantes, deformados por el agua. No se volvió. Por un instante, imaginó lo que estarían pensando en la orilla. El modo en que Joseph habría corrido tras ella. El rostro de Bastian al verla desaparecer. Cerró los ojos. *Quizá sea mejor así.* Y siguió nadando.

Nadó sin detenerse, guiada por un instinto que apenas comprendía. La luz del atardecer se filtraba en verdes y violetas. El agua estaba

fría. Viva.

Emergió lejos, junto a una roca enorme cubierta de musgo, donde el mar se encontraba con el bosque. Estaba a punto de tomar aire cuando escuchó un motor. Se ocultó entre las sombras.

Un bote se acercó y se detuvo junto a la roca. Thariel. La miró con una mezcla de ira, incredulidad y algo parecido al asco.

—Con que tenía razón mi hermana —escupió—. Eres una de ellos.

Amerlía desvió la mirada.
—¿Qué haces aquí? —preguntó con cansancio.
Thariel señaló la roca.
—Este era el sitio favorito de Gabrielle cuando era niña.

Amerlía miró la roca. Lo sintió. Como si algo de ella aún permaneciera allí.

—¿Qué harás ahora? —preguntó él.
Amerlía alzó la cabeza.
—Iré a buscarla. No descansaré hasta encontrarla. —¿A tu enemiga?
—No —respondió con firmeza—. Es mi hermana. Thariel guardó silencio. Luego, contra toda lógica, asintió. —Iré contigo.
—No puedes nadar tan lejos.
—Yo iré por tierra —dijo—. Tú por agua.
Amerlía asintió. Algo nuevo se encendió en su pecho. —¿Por dónde empezamos?
Thariel encendió el motor y miró al horizonte.
—Hacia el Ártico.

Amerlía se sumergió de nuevo. La cola brilló. Las profundidades se abrieron ante ella. No miró atrás. El verdadero viaje apenas comenzaba.